

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

---

# PSICOLOGÍA ÉTNICA

POR

CH. LETOURNEAU

Profesor de la Escuela de Antropología

Traducción de

Anselmo Lorenzo

---

SEGUNDA PARTE



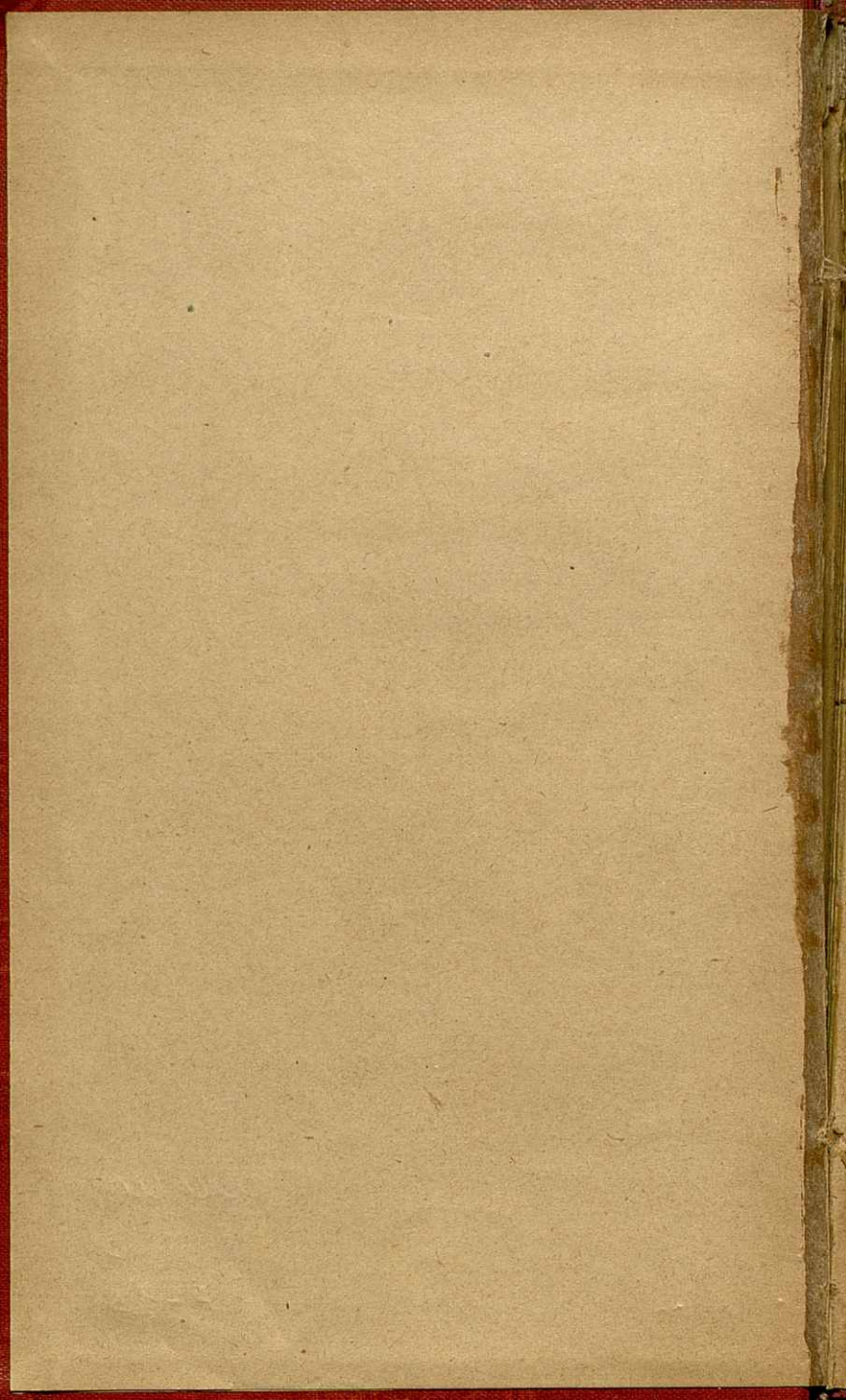
BARCELONA  
Calle de Balleón, núm. 56  
1908



KONACIO

R. 00013

Nº 7/29

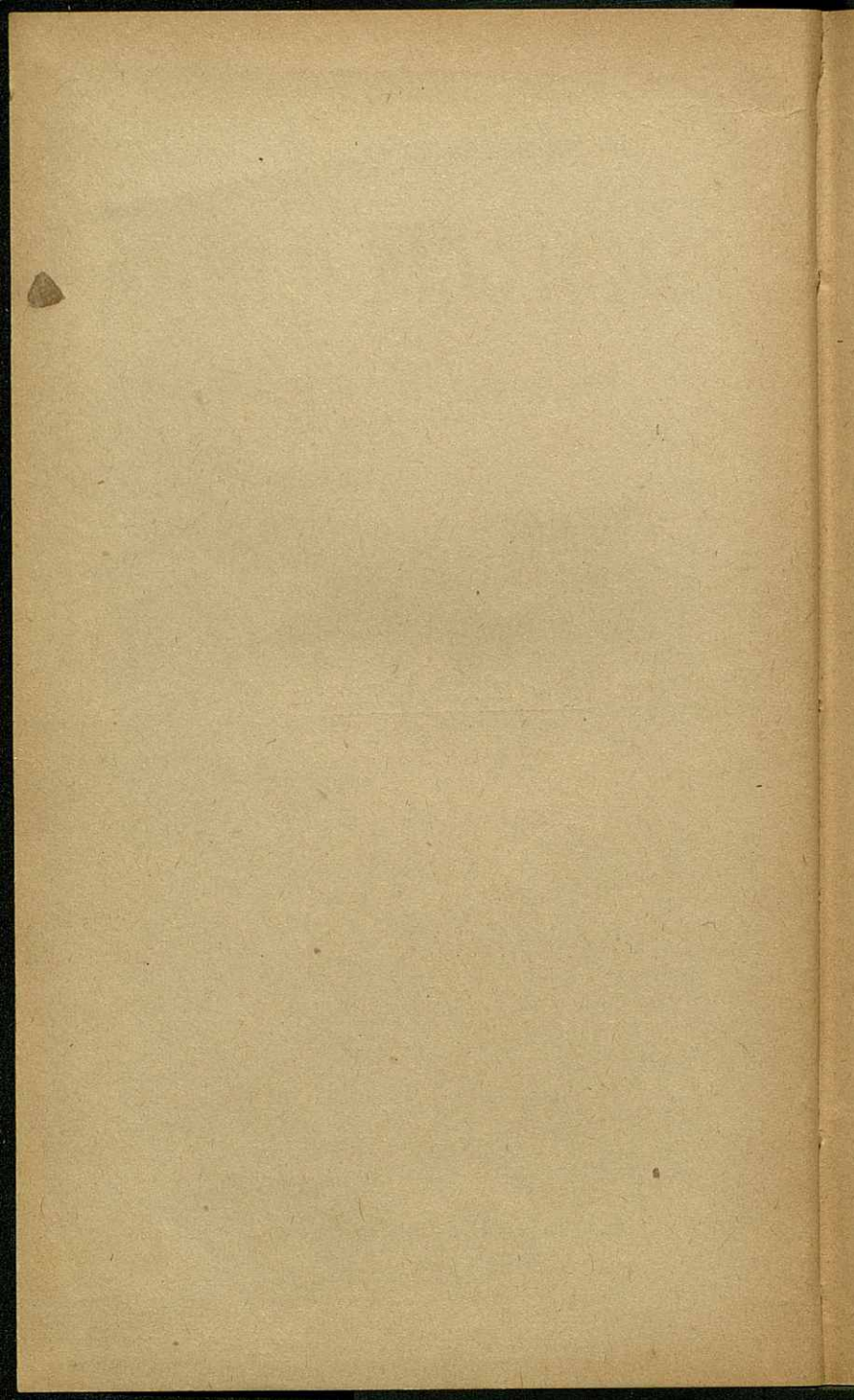


PSICOLOGÍA ÉTNICA

R-00013

N-7 / 30

MFN 310



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

# PSICOLOGÍA ÉTNICA

POR CH. LETOURNEAU

PROFESOR DE LA ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

TRADUCCIÓN DE

ANSELMO LORENZO

## SEGUNDA PARTE

De la mentalidad en los papus.  
De la mentalidad en los polinesios.  
La mentalidad de los indios de América.  
Los perichinos,

*¿Qué es el hombre primitivo?  
Un civilizado infantil.*

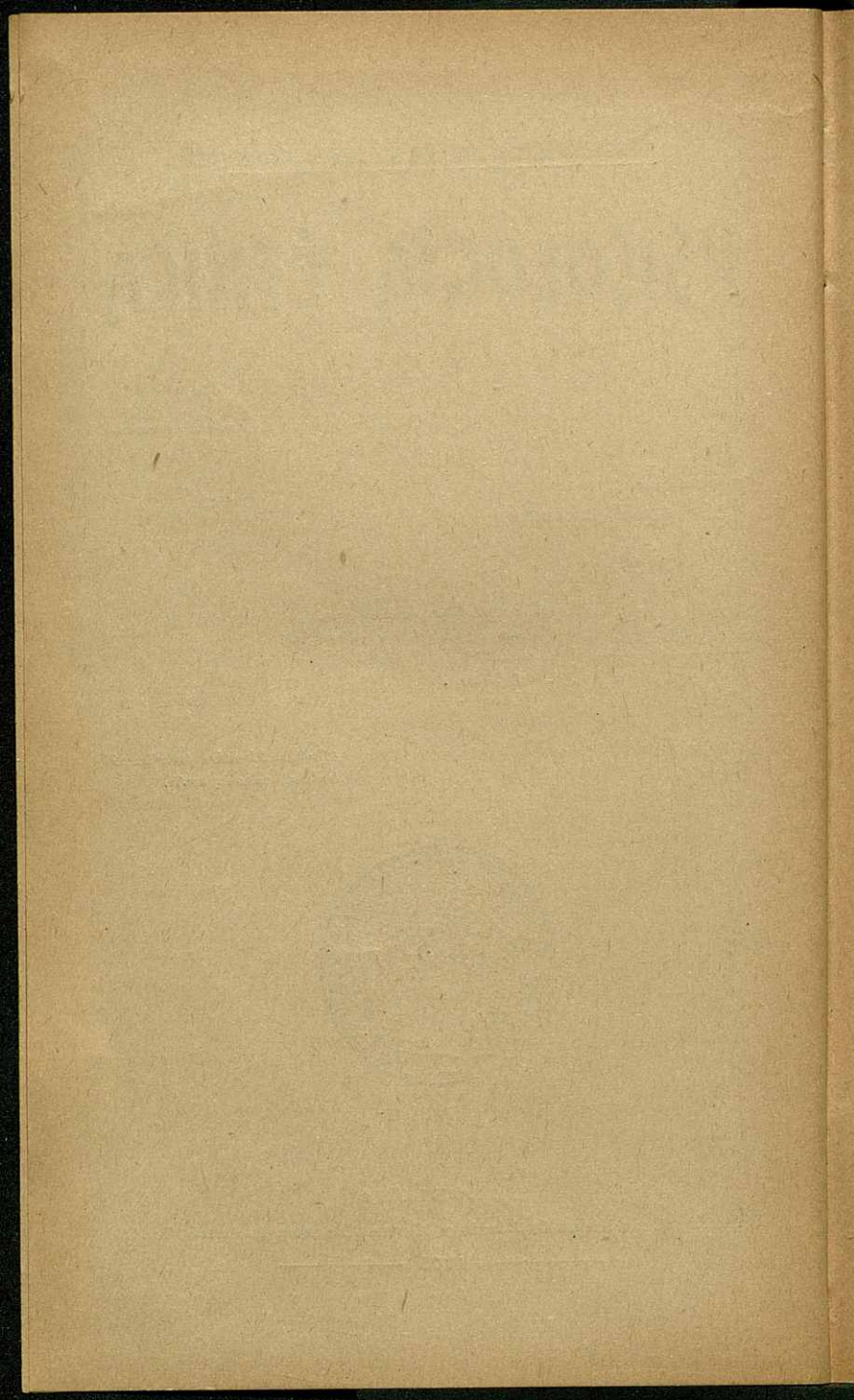
Ch. L.



BARCELONA

Imprenta Elzeviriana de Borrás y Mestres, Rambla de Cataluña, 14

1905



# PSICOLOGÍA ÉTNICA

---

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO PRIMERO

#### De la mentalidad en los papus

SUMARIO. — I. *De la Papuasía*: los caracteres psíquicos del papu. — II. *De la vida nutritiva en Papuasía*: la energía de las necesidades nutritivas en el papu; sus alimentos y su cocina; su geofagia. — III. *Vida sensitiva*: glotonería del papu; su música instrumental y vocal; danzas mímicas; el gusto de los colores vivos; artes gráficas y plásticas. — IV. *El matrimonio, la familia, la sociabilidad*: la exogamia del clan; clanes dispersos; singularidades del parentesco; supervivencias del matrimonio colectivo; costumbres altruistas; carácter del papu; creaciones industriales; moneda; debilidad intelectual; numeración.

#### I. — DE LA PAPUASIA

Después de haber estudiado, en el precedente capítulo, el hombre negro de Africa, en este me ocuparé del negro melanesio y en el siguiente del polinesio, que es un mongoloide. Para ser rigurosamente lógico, hubiera debido informarme

del papu antes de pasar al negro de Africa, que, por lo demás, se le parece mucho desde el punto de vista anatómico. En efecto, el negro de la Papuasía, considerado sociológicamente, tiene analogía directa con el australiano, como pronto veremos; pero, bajo otros aspectos, gran parte de su grosera civilización, muy superior á la del australiano, le viene de los mongoloides polinesios, de que es difícil separarle. En sociología comparada, nos encontramos á la vista de esas civilizaciones mestizas de que es forzoso hacerse cargo.

Casi no es necesario recordar que, de una parte, el papu es pariente del negro africano por sus cabellos ensortijados y el color de la piel, pero también es análogo al australiano por ciertas particularidades óseas y sobre todo por diversos rasgos de costumbres. Sabido es que esta raza papu, cuyo origen es aún desconocido, ocupa muchos archipiélagos del Océano Pacífico, al Este y al Norte de Australia; especialmente Nueva Guinea, Nueva Caledonia, etc.

## II. — DE LA VIDA NUTRITIVA EN PAPUASIA

En razón de su dispersión en un vasto espacio, las pequeñas sociedades papus han evolucionado desigualmente, porque en todas partes la segregación secular es favorable á la diferenciación, tanto mental como físicamente; no obstante, las semejanzas preponderan sobre las diferencias, y, por la

mentalidad, por el cuerpo y por la organización social, las poblaciones de todos los archipiélagos papus acusan un mismo origen; es, pues, posible hacer de ellas una descripción general.

En el papu, como en el australiano, que pueden reunirse bajo la denominación de melanesios, las necesidades nutritivas son muy exigentes, y apaciguarlas es tarea muy ardua. Aunque la despensa del papu esté menos provista que la del australiano, la glotonería no es menor en el uno que en el otro; y los papus de Nueva Irlanda comen sin la menor repugnancia grandes lagartos apenas tostados. Antes de asar los diferentes animales, perros, cerdos, aves, reptiles de que disponen, no se toman la molestia de prepararlos; tal como se presentan los arrojan sobre las brasas y los despedazan á dentelladas en cuanto la cocción está un poco adelantada <sup>1</sup>. Más expertos en esto que los australianos, los papus, ó, por mejor decir, sus mujeres, saben fabricar cacharros y aun adornarlos con toscos dibujos, y tienen cazuelas, es decir, lo indispensable para iniciarse en el arte culinario; pero, de una edad anterior precerámica, de que no han salido aún, conservan la costumbre del horno primitivo, del agujero guarnecido de piedras ardientes sobre las cuales se pone á asar el animal, cubriéndole con otras piedras calientes y con tierra <sup>2</sup>. El papu come mucho, y aunque es pescador y agricultor, con frecuencia se ve reducido al pobre régimen de los australianos del litoral, á los cangrejos, á las

1 Duperrey, *Histoire universelle des voyages*, vol. XVIII, p. 145.

2 De Rochas, *Nouvelle-Caledonie*, p. 144.

conchas, á los erizos de mar, etc. <sup>1</sup>. Esta dieta le es muy penosa, porque su apetito es insaciable; comería todo el día, y, en cuanto puede, hace diariamente una gran comida, una comida enorme, en que consume tantos alimentos como tres europeos <sup>2</sup>; pero, en cambio, no tiene la pretensión de comer todos los días, y sabe soportar pacientemente la escasez y hasta la carencia absoluta. En caso de apuro es geófago, y acalla las reclamaciones de su estómago tragando bolas de una tierra que contiene alumbre y está cargada de detritus orgánicos <sup>3</sup>.

Lo que domina en el negro oceánico es, pues, la vida nutritiva y sus apetitos tiránicos. Sin embargo, esas necesidades primordiales no oprimen absolutamente la mentalidad del papu; á su lado y aun á su pesar, han conquistado un lugar las necesidades sensitivas.

### III. — VIDA SENSITIVA

A la voracidad del canaca mézclase un poco de golosina, glotonería de niño: le gustan las substancias azucaradas y se pasa la vida masticando caña de azúcar <sup>4</sup>. Que les gusta el azúcar significa que distinguen entre los sabores en lugar de ingurgitar sin escoger todo lo que es comestible, y esto

---

1 De Rochas, *Nouvelle-Calédonie*, p. 141.

2 *Ibid.*, p. 121. — Binck, *Quest. sociol.*, in *Bull. Soc. d'Anthropologie*, 1888.

3 De Rochas, *loc. cit.*, p. 138.

4 Moncelon, *Quest. Soc.*, in *Bull. S. d'Anthrop.*, 1886.

es un progreso psíquico, que el australiano no ha realizado aún. El papu es también más músico que el indígena de Australia, el cual no hace aún más que sospechar el tam-tam, puesto que no sabe construirle y le reemplaza sencillamente golpeando sobre una piel extendida sobre sus desnudos muslos. En Nueva Caledonia, por el contrario, la música instrumental se desprende del simple ruido, y para acompañar la danza y el canto se improvisan orquestas con todo lo que tienen á mano: ramas de palma, que golpean cadenciosamente á la moda australiana, y hojas aplicadas á la boca y sobre las que se sopla, y, por último, saben hacer una flauta de caña con un solo agujero <sup>1</sup>. El canaca ha probado, pues, la música instrumental, aunque el ruido solo, el ruido agudo y estridente baste á entusiasmarle <sup>2</sup>. También canta mucho, á propósito de todo <sup>3</sup>, y compone música sin palabras <sup>4</sup>, tonadas que modula para sí solo, aunque sea capaz de crear verdaderas poesías cantadas, sea por una voz sola, sea en coro, y á veces hasta en coros alternados <sup>5</sup>. Pero el gran placer en Papuasía es la danza: las danzas son nacionales é interesan al clan entero; todos los hombres toman parte en ellas, como hacen los australianos en sus *corroborys*, y, también como en Australia, hay entre los canacas danzas mímicas en que, cualquiera que sea el número de los dan-

---

1 L. Michel, *Legendes*, etc.

2 Moncelon, *loc. cit.*, p. 348.

3 *Ibid.*, p. 354.

4 Codrington, *The Melanestians*, p. 334.

5 *Ibid.*, p. 335.

zantes, la medida se observa con extrema precisión <sup>1</sup>. Estas danzas de los papus representan en mímica todas las ocupaciones sociales: los trabajos agrícolas, los combates, hasta los festines de caníbales que siguen ordinariamente á la victoria en las islas donde se practica aún la antropofagia <sup>2</sup>.

El papu, así como gusta de los ruidos violentos, prefiere los colores vivos, el amarillo, sobre todo el rojo <sup>3</sup>; le gusta mucho también el adorno, adornándose más el hombre que la mujer, únicamente sin duda porque es el amo <sup>4</sup>.

En país papu las artes gráficas y plásticas están aún en la infancia: las primeras están representadas por groseros dibujos trazados sobre las paredes de las grutas, etc.; las segundas están más adelantadas y aun, entre todas las poblaciones salvajes, los papus se distinguen por su habilidad en adornar con esculturas sus piraguas, sus cabañas, sus utensilios de madera y por el gusto que despliegan en sus trabajos de escultura ornamental.

Se ve, pues, que el papu difiere muy ventajosamente del australiano por el desarrollo relativo de su vida sensitiva. Por la vida moral y afectiva también le supera notablemente, porque ha individualizado su matrimonio y casi se ha desprendido de la promiscuidad primitiva.

---

1 Moncelon, *loc. cit.*, p. 354.

2 De Rochas, *Nouvelle-Caledonie*, p. 273.

3 Bink. *loc. cit.*, p. 383.

4 Moncelon, *loc. cit.*, p. 350.

IV. — EL MATRIMONIO, LA FAMILIA, LA SOCIABILIDAD

Un buen observador, pero que no había estudiado comparativamente los orígenes de la familia, no ha podido comprender por qué está rigurosamente prohibido en Nueva Caledonia á los hermanos y hermanas reunirse ni aun en presencia de terceras personas <sup>1</sup>. Sabemos ahora que se trata de una prohibición que data de la edad del clan primitivo, tal como se ha encontrado existente en Australia. Ese clan es rigurosamente exogámico: todo comercio sexual está absolutamente prohibido entre las personas que le componen, y, aunque el clan ya no existe apenas en Papuasias bajo su forma primera, esta prohibición ha sobrevivido en todos los archipiélagos, sólo que se ha convertido en puramente tradicional. Hace ya mucho tiempo, en efecto, que los papus abandonaron la costumbre del matrimonio colectivo entre clanes, y hasta han perdido su recuerdo <sup>2</sup>; en ellos, la forma original de la familia, la familia uterina, no es ya el confuso parentesco de las edades remotas, y no me apartaría mucho de mi asunto diciendo algo acerca de esto.

No existen ya en Papuasias clanes claramente determinados que tengan una vida y una habitación común, pero se encuentra allí todavía lo que puede llamarse clanes dispersos, es decir, grupos de personas que, aunque no vivan juntas y á veces hasta

1 De Rochas, *loc. cit.*, p. 288.

2 Codrington, *Melanesians (Anthropology)*, p. 27.

no residiendo en la misma isla, se reconocen, no obstante, como unidas por una consanguinidad uterina. Pues esos grupos han permanecido rigurosamente exogámicos, y aunque las costumbres sean generalmente bastante libres; aunque la moral papu tolere, sin aprobarlo, el comercio íntimo y libre entre los jóvenes de ambos sexos, lo hace únicamente en los límites en que es permitido el matrimonio: fuera de ahí se comete falta grave, hay incesto <sup>1</sup>. Con mayor motivo se ultrajaría esa moral contrayendo un matrimonio prohibido, endogámico.

El lenguaje melanesio conserva aún la huella de un tiempo en que unos grupos consanguíneos y exogámicos tenían una habitación común; por eso una mujer papu no debe ser «del mismo lado de la casa» que su marido; se le dice «á la puerta <sup>2</sup>».

Sin embargo, como el parentesco por el padre no se tiene en cuenta, sucede frecuentemente que la regla exogámica permite el matrimonio entre ciertos consanguíneos muy próximos según nuestras ideas de Europa, y se da el caso de que dos primos hermanos, un hijo de un hermano y el otro de una hermana no se consideren parientes (*sogoi*); porque la descendencia materna es la única tomada en consideración, y esos primos son hijos de diferentes madres. Por el contrario, los hijos de dos hermanas son parientes y no pueden casarse <sup>3</sup>. En virtud del mismo sistema de filiación materna, un

---

1 Codrington, *Melanesians (Anthropology)*, p. 23.

2 *Ibid.*, *loc. cit.* p. 25.

3 *Ibid.*, p. 29.

hombre no es pariente de sus hijos; sino, al contrario, pariente de los hijos de su hermana; por eso para éstos lleva el título de *baba* ó *papa* <sup>1</sup>.

Una anécdota me servirá para evidenciar el sistema del parentesco uterino entre los melanesios de la Papuasía. Se trata de un neo-hebridiano, llamado *Qatu*, que presentó un día á su mujer dos niños gemelos, hijos de su hermana. La mujer de *Qatu*, poco al corriente sin duda acerca del parentesco uterino, preguntó á su marido: «¿Son estos mis hijos ó mis maridos?» A lo que respondió *Qatu*: «Seguramente son tus maridos, puesto que son hijos de mi hermana <sup>2</sup>». Lo que significa: «Entre tú y estos niños no hay ninguna consanguinidad uterina; pertenecen, pues, á un grupo en que tienes el derecho de tomar un marido».

Para un melanesio, todas las mujeres, al menos las de su generación, son hermanas ó esposas, y para una melanesia, todos los hombres son hermanos ó maridos <sup>3</sup>. Hay en esto evidentemente una tradición que se remonta á esos clanes conyugales que hemos encontrado en Australia, y claramente lo atestigua un hecho, á saber: que aun hoy todo melanesio se inclina á creer que tiene virtualmente cierto derecho de comercio íntimo con todas las mujeres que no son casadas y que hubieran podido ser sus mujeres <sup>4</sup>.

Encontramos, pues, en Papuasía un conjunto de

---

1 Moncelon, *loc. cit.*

2 Cedrington, *loc. cit.*, p. 22.

3 *Ibid.*, p. 22.

4 *Ibid.*

reglas y de ideas sociales, tan particulares y tan interesantes, que se me dispensará haberlas expuesto brevemente, aunque separándome un poco de mi objeto. Por lo demás esta manera unilateral de comprender la descendencia nos informa indirectamente sobre la mentalidad papu, porque psicológicamente es prueba de gran debilidad intelectual.

En efecto, una interpretación tan rudimentaria de la consanguinidad es forzosamente producto de una raza casi incapaz todavía de observar los fenómenos reales, y sobre todo de relacionarlos en conjunto, ni de relacionar exactamente el efecto con la causa.

Ahora bien, se ha demostrado la existencia de la familia uterina y de la exogamia en todas las razas actualmente inferiores y al origen de las otras. Esta concepción responde, pues, rigurosamente á una fase de la evolución mental. Después, en el curso de este libro y hablando de las leyendas míticas relativas á la generación, señalaré rasgos más patentes aún de incapacidad intelectual.

Pero la naturaleza, es decir, la manifestación espontánea de los sentimientos, no deja de contradecir las aberraciones del razonamiento en los salvajes lo mismo que en los civilizados, y por eso, el hombre, que conforme con el sistema de la filiación uterina no es pariente de sus hijos y parece debiera desinteresarse completamente de ellos, es, por el contrario, el que más los cuida, y, mientras las mujeres, que en la Nueva Caledonia desatienden su progenitura, los hombres acarician sus hijos, los pasean, los entretienen, los adiestran en el ejer-

cicio de la honda <sup>1</sup>, y les dan una primera educación práctica apropiada al género de vida que les espera y que ha conservado más de una supervivencia moral del antiguo clan desaparecido.

En Papuasía ha cesado de existir el clan como organismo social, pero seguramente después de una duración larguísima, y debido sin duda á su influencia educadora existen en el cerebro de los negros insulares ciertas tendencias altruistas, creadas antiguamente por la vida comunitaria de los primitivos. La hospitalidad, por ejemplo, es entre los papus una virtud que ha llegado á ser instintiva. En Nueva Caledonia todo transeunte, á la hora de la única comida vespertina, puede entrar en una cabaña cualquiera y sentarse cerca de la marmita familiar. Hasta hay perezosos que van de cabaña en cabaña llevando una vida de parásitos, y si bien es verdad que se les tiene en menor estima y que hasta se les llama irónicamente «golondrinas», jamás se les niega la pitanza diaria que reclaman en virtud de la costumbre ancestral <sup>2</sup>. Del mismo modo en Nueva Guinea es común pagar las deudas de un amigo insolvente sin que éste quede obligado moralmente más que al simple pago del adelanto hecho por sus amigos sin el menor interés, á pesar de que el préstamo á interés, hasta usurario, sea muy practicado entre los neo-guineanos <sup>3</sup>. Hasta hace pocos años los papus sacrificaban sus padres ancianos, á su petición y por piedad filial,

---

1 Moncelon, *loc. cit.*, p. 357.

2 *Ibid.*

3 Bink, *loc. cit.*—Codrington, *loc. cit.*

únicamente por librarlos de una existencia convertida en pesada carga <sup>1</sup>. En la actualidad ha desaparecido ese parricidio acostumbrado y de buena intención; pero todavía se desembarazan de los esclavos viejos que persisten en vivir después de haber quedado inútiles para el servicio <sup>2</sup>. Esto demuestra que la organización social de los papus está en vías de transición: el clan primitivo ha desaparecido, y la tribu monárquica está mal fundada aún, excepto en Nueva Caledonia <sup>3</sup>. En otros países el poder personal resulta solamente, sea del vigor de los jefes, sea de la numerosa parentela que hace con ellos causa común <sup>4</sup>.

Los hechos que acabo de exponer dan pobre opinión del desarrollo mental del papu, y efectivamente, el negro oceánico ha conservado la mayor parte de los rasgos psíquicos del hombre primitivo. Sobre todo es impulsivo, demostrativo en palabra y en acción: sus gritos y sus ruidosas carcajadas son incesantes <sup>5</sup>. En extremo imprevisor, apenas piensa en el día siguiente, fiando su alimento al mar y al cocotero <sup>6</sup>; por eso sufre con frecuencia la escasez <sup>7</sup>, que, por otra parte, soporta, como la enfermedad, con una resignación pasiva <sup>8</sup>.

Como ya no es cuestión, en la Papuasias actual,

---

1 Wilkes, *United States exploring expedition*, I, p. 95.

2 Bink, Moncelon, *loc. cit.*

3 Moncelon, *loc. cit.*

4 Bink, *loc. cit.*—Codrington, *loc. cit.*, pp. 46-47.

5 Wallace, *Malay Archipelago*, t. II, p. 247.

6 De Rochas, *loc. cit.*, p. 165.

7 Moncelon, *loc. cit.*, p. 346.

8 De Rochas, *loc. cit.*

de la fraternidad igualitaria del clan antiguo; como los jefes pueden permitirse todo, el papu ha adquirido una cualidad defensiva, la desconfianza, que se manifiesta hasta en sus actos más insignificantes en apariencia; por eso la urbanidad neo-caledoniana prescribe pasar siempre el primero, para demostrar á los compañeros y á los visitantes que no se teme ser atacado por ellos ni tampoco ser atacado por detrás <sup>1</sup>.

En el canaca, la inteligencia propiamente dicha está poco desarrollada, al menos en sus manifestaciones abstractas; pero en lo práctico, excede con mucho á la del australiano. Como éste último, el papu pesca todavía con la azagaya, á pesar de que conoce la caña y la red <sup>2</sup>; pero su industria es muy superior á la del pobre indígena australiano. Habiendo llegado plenamente al período de la piedra pulimentada, conoce la alfarería, la onda y el arco; sus piraguas están bien construídas y provistas de un balancín, que es una invención muy ingeniosa <sup>3</sup> al mismo tiempo que la característica industrial de la Papuasía <sup>4</sup>. La doble piragua polinesia, maravilla de la industria primitiva, no es tampoco desconocida; pero es probablemente una importación <sup>5</sup>. En algunas islas tienen ya monedas primitivas: *cauris* en Nueva Caledonia; *nattes* monetarias en otros países <sup>6</sup>. Por último y sobre todo, el papu

---

1 De Rochas, *loc. cit.*, p. 163.

2 Bink, *loc. cit.*, p. 400.

3 *Ibid.*, pp. 394-400.

4 Codrington, *loc. cit.*, p. 291.

5 Moncelon, *loc. cit.* p. 372.

6 De Rochas, *loc. cit.*—Codrington, *loc. cit.*, p. 323.

es agricultor; sabe cultivar el *taro*, la batata, etc., y, para irrigar sus plantaciones, recurre á procedimientos muy ingeniosos <sup>1</sup>, llegando hasta el empleo de abonos ó por mejor decir de bonificaciones <sup>2</sup>.

Pero cuando no se trata de industria práctica ó de utilizaciones materiales, el papu vuelve á ser un niño grande, y sus concepciones anímicas son las de todas las razas primitivas: cree que el hombre tiene dos espíritus, primero su sombra, que es «el espíritu sombrío,» y su reflejo, su imagen reflejada en el agua, «espíritu brillante,» que no abandona al cuerpo sino á su pesar, y que por un llamamiento conveniente puede atraerle en el momento de la muerte <sup>3</sup>. La inteligencia del papu es también muy limitada, y su memoria de los lugares es, sin embargo, muy buena, como la del australiano; pero la memoria abstracta, nuestra memoria escolar, es muy débil, particularmente en el sexo masculino <sup>4</sup>. Los neo-caledonios daban sin dificultad á Cook el nombre del distrito en que habitaban, pero no pudieron nombrarle la isla entera <sup>5</sup>. No conocen su edad y no tienen otro año que el intervalo que transcurre entre dos cosechas de batatas. Como medida cronológica, los neo-caledonios conocen el mes lunar (De Rochas); pero los neo-guineanos no tenían medio de apreciar el tiempo <sup>6</sup>. Añadamos

---

1 Moncelon, *loc. cit.*, p. 372.

2 De Rochas, *loc. cit.*

3 H. Spencer, *Sociol.*, I, p. 198.

4 Bing *loc. cit.*, p. 404.

5 Coock, *Hist. univ. voy.*, vol. VIII, p. 451.

6 Bing, *loc. cit.*, p. 409.

que las lenguas de la Papuasía son aglutinantes, como las de Australia, y carecen también de expresiones generales <sup>1</sup>.

La numeración papu es digital y decimal, y además mímica. Así en las islas Banks se comienza á contar por *uno*, bajando sucesivamente los dedos hasta *diez*, número que se indica juntando las manos. En Saa, es una operación complicadísima contar la cosecha de los *yams*; he aquí como se verifica: dos hombres cuentan al mismo tiempo hasta cinco, ó sea diez, y anotan en seguida las decenas, diciendo «uno, dos, tres <sup>2</sup>;» para marcar mejor la decena se sienta un hombre cada vez que á ella se llega; después á diez decenas ó sea á ciento, se sirven de un *yam* como signo mnemónico <sup>3</sup>. En Nueva Caledonia, las tribus más hábiles en numeración tienen nueve nombres de número; para *diez* se dice «las manos;» pasando de diez se comienza de nuevo, y para expresar *veinte* se dice «un hombre». Algunos matemáticos distinguidos del país pueden llegar así hasta *ciento*, pero con la ayuda de palos decenarios clavados en el suelo ó de muescas señaladas en un palo <sup>4</sup>. La menos inteligente de las tribus neo-caledonias sólo tienen cuatro nombres de números y para *cinco* dicen «una mano»; para *diez*, «las manos»; para *quince*, adelantan un pie, y para *veinte*, adelantan el otro pie diciendo «un hombre». No logran contar sino

---

1 Bing, *loc. cit.*, p. 409.

2 Codrington, *loc. cit.*, p. 353

3 De Rochas, *loc. cit.*, p. 192.

4 *Ibid.*, p. 193.

por medio de una grosera mímica mnemónica, y cuando á pesar de todo, el calculador se embrolla y se detiene, manifiesta su impotencia por una locución que literalmente significa «ya no hay más granos de arena», que equivale á decir «más allá es lo inexplicable». De todos los informes y testimonios que acabo de resumir, resulta con evidencia que el melanesio de la Papuasias está intelectualmente á poca mayor altura que el australiano; dominado aún por la vida animal nutritiva, comienza penosamente á desprenderse de ese estado, pero los instintos de la bestia han quedado en él muy poderosos, mientras que, al contrario, los lados afectivos é intelectuales de la mentalidad se acusan débilmente aún.

---

## CAPÍTULO II

### De la mentalidad en los polinesios

SUMARIO. — I. *Carácter infantil y sensitivo*: impulsividad y movilidad; violencia de las necesidades genésicas; sociabilidad; el paraíso polinesio. — II. *La familia en Polinesia*: matrimonio colectivo y sistema de parentesco; debilidad del amor material; la filiación uterina. — III. *De la inteligencia polinesia*: el espiritismo polinesio; puerilidad de la mitología. — IV. *La vida afectiva*: impresionabilidad fugitiva; el don de las lágrimas; la costumbre del infanticidio. — V. *Las obras intelectuales*: caracteres inferiores del lenguaje; numeración; los bardos y su memoria. — VI. *La industria*: relativa habilidad industrial; alumbrado artificial. — VII. *Evolución mental de los primitivos*; el niño y el primitivo.

#### I.— SU CARÁCTER INFANTIL Y SENSITIVO

La violencia de la acción refleja, la imposibilidad de dominarse y la extrema movilidad que hemos encontrado hasta aquí en las razas primitivas, son también los rasgos dominantes del carácter, del impulso mental en los polinesios de todos los archipiélagos. Se ha notado, por ejemplo, entre los noukahivios, la efervescencia y la inmediata calma de los impulsos apasionados <sup>1</sup>. En Samoa, la más ligera disputa produce una riña sangrienta <sup>2</sup>. En

<sup>1</sup> Radiguet, *Derniers sauvages*.

<sup>2</sup> La Perouse, *Hist. univ. voy.*, vol. XIII, p. 117.

Taiti nadie es capaz de guardar un secreto, de modo que un crimen cualquiera se divulga en cuanto se comete <sup>1</sup>. «Todo les choca, escribe Bougainville hablando de los taitianos, nada les fija; no hemos podido conseguir que fijen la atención dos minutos seguidos ninguno de ellos; toda reflexión les es insoportable <sup>2</sup>». Cook había dicho antes <sup>3</sup>: «Son siempre como niños, prontos para expresar con lágrimas todos los movimientos del alma, que les agitan fuertemente, y, como los niños, parecen olvidar esas lágrimas en cuanto las han vertido.» A causa de la misma movilidad, los polinesios están siempre alegres, porque los sucesos dolorosos no dejan en ellos huellas duraderas <sup>4</sup>. Perseverar en una empresa cualquiera es superior á sus fuerzas <sup>5</sup>; y lo único de que parecen cuidarse es de lo que les causa placer; pero nótese que el placer no es el puramente nutritivo de las razas completamente inferiores: el polinesio había ascendido un grado en la jerarquía de las necesidades dominantes; necesitaba placeres sensitivos, y el más vivo de todos, el placer genésico, le preocupaba constantemente. La mayor parte de las diversiones adoptadas por los polinesios tenían por objeto exaltar la inclinación al amor sensual; pero en general el canto, la danza, los espectáculos y representaciones mímicas les deleitaban y llenaban su vida. La música les

---

1 Wake, *Evol. of morality*, I. p. 84.

2 *Voyages de Bougainville*, p. 246 (edition des communes).

3 Cook, *Hist. univ. voy.* vol. V, p. 127.

4 Cook, *loc. cit.*, vol. X, (tercer viaje, p. 222).

5 Mœrenhout, *Voy. aux îles*, t. II, p. 46.

atraía en gran manera, pero necesitaban melodías sencillas, cantos y los sonidos de un instrumento único, sobre todo su flauta nasal (*vivo*)<sup>1</sup>.

La sociabilidad de esos niños grandes estaba muy desarrollada, especialmente en Taiti: de la mañana á la noche la playa estaba cubierta de indígenas que jugaban, nadaban, luchaban y cantaban, siempre afables, atentos y amables unos con otros, divirtiéndose juntos sin que jamás se suscitase la menor disputa, y á la noche todos se recogían para comenzar la misma ocupación al día siguiente<sup>2</sup>.

Taiti, pues, antes de la llegada de los europeos, era una especie de Edén en que se solazaba una población infantil y sensual. El paraíso imaginario de los polinesios, el paraíso de ultratumba, no era, por supuesto, sino el reflejo, embellecido, de la realidad insular; era «el *Rouhontou* perfumado» situado en el aire sobre una alta montaña de Raiatea, y, como todos los paraísos, el *Rouhontou* era invisible, sin que eso impidiera que se tuvieran sobre él informes detalladísimos y precisos. Helos aquí resumidos: el sol paradisiaco era hermoso y brillante; el aire, embalsamado y puro; en aquella deliciosa mansión, la enfermedad, el dolor, la tristeza y la vejez eran desconocidas; allí se encontraban flores nunca marchitas, frutos siempre en sazón, alimentos exquisitos y abundantes. Las sombras dichosas vivían en aquel fluído jardín en medio de danzas, cantos y fiestas con mujeres eternamente bellas y amorosas. Por desgracia ese paraíso tan

---

1 Cook, *loc. cit.*

2 Mœrenhout, *loc. cit.*, t. II, p. 414.

apetecible estaba casi exclusivamente reservado á los ricos y á los poderosos; la plebe no confiaba mucho en entrar en él, esperando después de la muerte el aniquilamiento completo ó á lo más la supervivencia en un sombrío imperio de tinieblas, el *Po*, de donde los sacerdotes no podían sacarles sino mediante costosísimos regalos <sup>1</sup>. En este último concepto, los polinesios, sin saberlo, habían concordado con razas muy superiores, pero que también habían tenido su infancia guardando de ella más de una supervivencia.

## II. — LA FAMILIA EN POLINESIA

A creer las coloreadas descripciones que los navegantes del siglo pasado nos dejaron acerca de las costumbres polinesias, costumbres tan sensuales, creeríase que reinaba el amor libre sin trabas en todos los archipiélagos. Nada de eso; los polinesios tenían un sistema de matrimonio y de familia, que se ha tardado mucho en comprender y que, indudablemente, había tenido por base original el matrimonio colectivo de los clanes exogámicos, subsistentes aún en Australia y cuyos evidentes vestigios se observan aún en Papuasía.

El clan primario no existía ya en Polinesia, pero en Hawai estaba aún reemplazado por grupos de hombres y de mujeres unidas en matrimonio colectivo. Los observadores y viajeros nos dicen que esos

---

1 Mørenhout, *loc. cit.*, vol. I, p. 434.

grupos se componían respectivamente de hermanos y hermanas, pero es probable que, mal informados acerca de la familia uterina, tomaron demasiado á la letra las palabras «hermano» y «hermana», que en ese sistema de parentesco suelen ser genéricos y aplicables á todos los miembros de una misma sección. Las palabras «padre, madre, hijo, hija», designan, en efecto, en Hawai, más bien la situación de un individuo en el grupo familiar que los grados de consanguinidad de una persona con otra <sup>1</sup>. El vocabulario havayano no menciona sino cinco grados de parentesco, mejor dicho cinco secciones, á saber: abuelos, padres, hermanos y hermanas, hijos y nietos <sup>2</sup>. No se tienen términos especiales para designar «el padre» ó «la madre», siendo necesario decir «padre macho» y «padre hembra <sup>3</sup>»; y como la filiación era todavía uterina, el padre y el hijo ya no eran parientes <sup>4</sup>, como entre los papus.

Se nos asegura también, y los misioneros refieren el hecho con horror, que á veces, y especialmente en la familia real, los hermanos se casaban con las hermanas; pero como no se trataba de monogamia, sobre todo entre los grandes, es probable que esos matrimonios incestuosos, según nuestras ideas, no soliesen practicarse sino entre hermanos de madres diferentes, y, por consecuencia, entrarían en el sistema de la familia uterina.

Ese primitivo sistema de parentesco influiría for-

---

1 Giraud-Teulon, *Origines du mariage et de la famille*, p. 58.

2 *Ibid. loc. cit.*, p. 58.

3 P. Morgan, *Ancient Societies*, p. 374.

4 Varigny, *Quatorze ans aux îles Scindwich*, p. 14.

zosamente sobre la moralidad; ensanchándole demasiado debilitaría el amor de los padres hacia su progenitura; pero en cambio los hijos tenían gran número de personas constituidas en más ó menos proporción en sus protectores. Las mujeres, en compensación, no sentían por sus hijos la ternura exclusiva á que estamos acostumbrados y que nos parece natural; por eso nos dicen que con frecuencia los padres se ocupaban de los hijos más que las madres <sup>1</sup>.

Al mismo tiempo, la filiación maternal, razón y clave del sistema, nos permite comprender ciertos rasgos de las costumbres que han admirado á los europeos, especialmente viendo ciertos jefes despojados de su título y de su autoridad en cuanto les nacía un hijo varón, no siendo dicho jefe, á partir de aquel momento, más que un regente que tributaba á su hijo homenaje de respeto, no teniendo siquiera derecho á permanecer en su presencia sin descubrirse hasta la cintura como un inferior <sup>2</sup>. No hay duda que, desde el punto de vista de las ideas europeas, esta conducta es absurda, pero es estrictamente lógica en el régimen de filiación uterina. La subalternización del padre sólo era obligatoria en el caso de matrimonio entre un jefe inferior y una mujer de rango superior, porque en tal matrimonio, no siendo el padre presunto padre de su hijo y representando éste una estirpe más elevada, no podía negar homenaje á su hijo,

---

1 Dumont d'Urville, *Voy. «Astrolabe»*, II, p. 347 (piezas).

2 Cook, *Hist. univ. voy.*, t. VII, p. 417. — Moerenhout, *loc. cit.* tomo. II, pp. 13-15.

personificación del dominio feudal. Dada la concepción de la familia uterina, estas costumbres, para nosotros tan singulares, son rigurosamente lógicas. Hasta puede afirmarse que han debido ser las de nuestros remotos progenitorés de raza blanca; porque el estadio de la familia uterina es necesario en la evolución social de todas las razas, y ha debido tener en todos los países análogas consecuencias.

### III. — DE LA INTELIGENCIA POLINESIA

Aunque aproximándose por sus rasgos principales al estado mental habitual á los primitivos, el de los polinesios ofrece, sin embargo, algunas particularidades que importa notar. Por su animismo y su espiritismo, los polinesios se parecen á todas las razas aun poco desarrolladas. En su opinión, el espíritu del hombre era sencillamente su sombra, soldada al cuerpo débilmente, porque podía separarse durante el sueño, siendo esta una libertad cuyo uso no descuidaba nunca; hasta los sueños no eran más que reflejo de las aventuras corridas, de las sensaciones percibidas por la sombra vagabunda <sup>1</sup>. Esa misma concepción infantil servía también para explicar la existencia de los dioses, consideradas como sombras definitivamente emancipadas al mismo tiempo que inteligentes é inmortales <sup>2</sup>. Estas sombras divinizadas eran muy numerosas y vo-

1 H. Spencer, *Sociologie*, p. 195.

2 Dumont d'Urville, *loc. cit.* (piezas justificativas), p. 196.

luntariamente malévolas. Todos los accidentes incómodos ó funestos, la muerte repentina lo mismo que un tropezón, resultaban celadas atribuidas á algún *eatoua* <sup>1</sup>. Destruir radicalmente las sombras de los enemigos muertos era, pues, una precaución de alta importancia, y los neo-zelandeses evocaban su necesidad para justificar su canibalismo <sup>2</sup>. No era necesario devorar enteramente el cadáver del enemigo, pero era preciso al menos probar su sangre, porque con ella se incorporaba su sombra, su *eatoua* <sup>3</sup>.

El mismo animismo infantil había inspirado el conjunto de las concepciones míticas, completamente antropomórficas ó zoomórficas, que he descrito en otro lugar <sup>4</sup>. Los dioses se habían entretenido en pescar los archipiélagos polinesios, y con sus anzuelos de nácar los habían sacado del fondo del mar. Cuando se ocultaba la luna al final de cada lunación, era porque un dios la destrozaba; cuando desaparecían las estrellas debajo del horizonte es que eran comidas por tiburones celestes, cuyos voraces animales no eran otra cosa que las dos grandes manchas meridionales de la vía láctea <sup>5</sup>. Por explicaciones de ese género, á la vez pueriles y anímicas, los polinesios se daban cuenta de todos los fenómenos naturales. Su inteligencia era corta y débil, pero muy pintoresca; necesitaba imágenes

---

1 Cook, *loc. cit.*, vol. X, p. 241 (tercer viaje).

2 Tylor, *New-Zeland*, p. 101.

3 Dumont d'Urville, *loc. cit.*, p. 305.

4 Ch. Litourneau, *L'Evolution religieuse*.

5 Mœrenhout, *Voy. aux îles*, pp. 179-180.

y comparaciones para apoyar sus pobres razonamientos <sup>1</sup> de pobres seres sobre todo sensitivos y sensuales. Por esta parte estaban tan ricamente dotados, como lo estaban mal respecto del afectivo, que hemos de examinar ahora.

#### IV. — LA VIDA AFECTIVA

Como hemos visto, la vida sensitiva, sobre todo la vida erótica, era desbordante y tiránica en el alma polinesia; pero no sucedía lo mismo con la vida afectiva, sea que los apetitos sensuales absorbiesen toda la energía mental, sea que haya cierto antagonismo entre la sensación y el sentimiento. No es que la llamada impresionabilidad moral fuese obtusa entre los polinesios, antes al contrario, era muy viva, pero de una vivacidad efímera, que se agotaba en una corta explosión y frecuentemente no guardaba proporción con su causa. Así ocurría que á la muerte de un pariente ó de un amigo se arañaban el rostro, se mortificaban el cuerpo, lloraban horas enteras, y luego, bruscamente y sin transición, se entregaban á la más loca alegría, como nuestros niños, que prorrumpen en la risa más alborozada cuando tienen las mejillas bañadas en lágrimas. Del mismo modo, la vuelta de un amigo después de una corta ausencia, determinaba una verdadera explosión de alegría.

Se ha llegado á creer que los polinesios poseían

---

1 Véase mi *Evolution littéraire*.

en alto grado el don de las lágrimas, es decir, que podían llorar á voluntad; porque lloraban sobre todo en las ocasiones en que los convencionalismos de su país lo exigían, mientras que en el curso ordinario de la vida daban numerosas pruebas de insensibilidad moral, hasta de crueldad.

Sabido es que en los archipiélagos polinesios era completa la libertad del infanticidio y que se usaba de ella ampliamente, sobre todo para las niñas. Muchas madres mataban regularmente sus tres primeras hijas y otras declaraban con perfecta indiferencia que se habían desembarazado de seis hijos, y se ha visto quien había sacrificado hasta doce <sup>1</sup>. Había matadores profesionales de niños que recorrían las islas ofreciendo sus servicios á las recién paridas que pudieran necesitarlos <sup>2</sup>.

Al mismo tiempo se tenía horror á los enfermos y á los ancianos. En cuanto los padres viejos se hacían inútiles, se les expulsaba y abandonaba sin atender sus quejas y lamentos, llegando á veces hasta enterrarlos vivos <sup>3</sup>.

De todos estos hechos, cuya enumeración podría fácilmente prolongarse, nos vemos obligados á concluir que los polinesios tenían mucha más sensibilidad que corazón, correlación psíquica que, por otra parte, se observa frecuentemente en los individuos de todo país.

---

1 Mærenhout, *loc. cit.*, pp. 187-189.

2 *Ibid.*, t. II, 187.

3 *Ibid.*, p. 190.

V. — LAS OBRAS INTELECTUALES

Respecto de la inteligencia, los polinesios estaban mejor dotados que del afecto. Su lengua, aglutinante, como las de la mayor parte de los salvajes de toda raza, es decir, todavía en vía de formación, estaba caracterizada por una particularidad infantil, la duplicación de las sílabas. Su vocabulario era notable por la carencia de expresiones morales de carácter elevado; por ejemplo, no se encontraban en él palabras para expresar las ideas de justicia ó de injusticia, de crueldad ó de humanidad <sup>1</sup>; pero les gustaba el bello lenguaje; tenían escuelas de retórica, y el mejor elogio que pudieran hacer de un jefe muerto consistía en ponderar su elocuencia: «¡era un hombre, decían, que hablaba bien! <sup>2</sup> » Al mismo tiempo su lenguaje era, más que metafórico, lleno de comparaciones, que daban cuerpo á su pensamiento y hasta eran necesarias para comprenderse y ser comprendidos.

En Polinesia la numeración era digital, como lo es en todas partes entre los primitivos; era también decimal y completa y hubiera podido servir para nombrar millones. Se ha pretendido, y aún se pretende en el día, en virtud de una teoría construída harto apresuradamente, que los polinesios sean todos de origen malayo. En efecto, las lenguas habladas por ambas razas tienen analogías;

---

1 Mariner, *Tonga Island*, pp. 145-155.

2 Mœrenhout. *loc. cit.* t. I, p. 411

pero en los primeros nombres de números, se nota una desemejanza que está en discordancia con el supuesto origen malayo: de uno á cuatro, las expresiones numéricas concuerdan en ambas lenguas, pero el malayo, para decir cinco emplea una palabra especial, diferente de la palabra *rima* ó *lima*, que en los dialectos de la Polinesia quiere decir á la vez *mano* y *cinco* <sup>1</sup>. En Polinesia, para contar, se ayudan con palitos, como se hace en las islas Fidji; se tenía también, y esta práctica recuerda los *quipos* del Perú antiguo, cordelitos con nudos que servían de medios mnemónicos y sin duda numéricos, y se proveía de estos cordelitos anudados á los enviados para recordarles los detalles de la misión de que estaban encargados <sup>2</sup>. Un taitiano llamado Oedidi, que Cook llevó consigo á Inglaterra durante su segundo viaje, tenía una especie de diario de ruta, reuniendo y guardando palitos conmemorativos, cada uno de los cuales le recordaban una isla, un país <sup>3</sup>.

La extremada movilidad de los polinesios era poco compatible con la fijeza, la tenacidad de las impresiones mentales y de los recuerdos; por eso admiraban mucho las buenas memorias; según ellos la memoria era un don de los dioses. En Nueva Zelanda se llegaba á tener en estima los ancianos, considerándolos como registros vivos del pasado <sup>4</sup>. En Taiti y en los otros archipiélagos

---

1 Mørenhout, *loc. cit.*, t. II, p. 185.

2 *Ibid.*, t. II, p. 185.

3 Cook, *Hist. univ. des voy.*, vol. VIII, p. 122 (segundo viaje).

4 *New Zealanders*, (Londres 1830), p. 399.

existían familias de bardos profesionales (*harepo*), cuya memoria, siempre grande, era una recopilación de tradiciones, de leyendas y de poesías <sup>1</sup>. Sus padres les habían formado desde muy tierna edad para esa función, escogiendo los hijos mejor dotados respecto de la memoria. Además, y en virtud de la opinión que hacía de la memoria un don divino, se tenía cuidado, á la muerte de un *harepo*, de aplicar sobre su boca la boca del niño que había de sucederle, para que aspirase al paso el alma de su padre <sup>2</sup> y las cualidades de esta alma.

## VI. — LA INDUSTRIA

A pesar de los lados débiles de su carácter y de su inteligencia, los polinesios habían sabido crearse una industria bastante notable para ser primitivos: no habían excedido indudablemente la edad de la piedra pulimentada, la alfarería les había quedado desconocida, pero sus casas, sus habitaciones, eran sencillas, elegantes y sanas; sus piraguas dobles podían luchar en velocidad y solidez en el mar con los barcos europeos del siglo XVIII, y con ellas, guiándose por la dirección de las estrellas y por la dirección de las olas levantadas por los vientos alisios, emprendían y llevaban á buen término largas travesías.

Se nos ha descrito cómo se arreglaban esos

---

<sup>1</sup> Moerenhout, *loc. cit.*, t. I, p. 411.—A. Lesson, *Les Polynesiens*, t. IV, p. 307.

<sup>2</sup> *Ibid.*, t. I, p. 506.

niños grandes para fabricar tablas: para economizar tiempo y trabajo quemaban uno de los extremos de un tronco de árbol de madera dura hasta que comenzaba á hendirse; después le hendían por completo con cuñas y luego sólo faltaba aplanar las hojas desprendidas. Pero esto representaba mucho trabajo; el filo de las hachas de piedra se mellaba pronto y era necesario afilarle á cada instante, y al efecto le frotaban sobre una piedra dura, pulimentada y mojada <sup>1</sup>. Para los mismos usos les servían de cuchillos los dientes de tiburón puestos en mango <sup>2</sup>. Conócense también sus bonitas telas de papel y sus armas de piedra; distinguiéndose sobre todo de los demás salvajes por un invento, que puede llamarse invención de civilizado: su luminar, su bujía primitiva, formada de nueces oleaginosas ensartadas y superpuestas <sup>3</sup>. La idea de hacerse de la noche el día artificial es en extremo rara en los primitivos, que por lo común se contentan con la luz del fuego y no suelen velar.

En un capítulo anterior hemos visto los cafres bechuanas burlarse de los europeos, porque malgastaban excelente sebo para hacer velas en lugar de comérselo ó engrasarse el cuerpo.

## VII. — LA EVOLUCIÓN MENTAL DE LOS PRIMITIVOS

Hasta aquí hemos estudiado cuatro tipos humanos bien caracterizados: el australiano, el negro

---

1 Wallis, *Hist. univ. des voy.*, vol. III, p. 373.

2 Cook *ibid.* vol. X, p. 319.

3 *Ibid.*, p. 301 (tercer viaje).

de Africa, el papu y el polinesio. El negro africano es de tipo compuesto, ó por mejor decir, no tiene tipo bien determinado, porque en el extenso continente que ocupa ha sido modificado, alterado y diferenciado por muchas y diversas influencias, sobre todo por muchas mezclas. No sucede lo mismo con las otras tres razas de la Australia, de la Papuasía y de la Polinesia. Aquí observamos una gradación mental muy clara: el australiano, muy inferior, animal bajo muchos aspectos, es con mucho el más pobremente dotado; sus necesidades nutritivas, exigentes y por lo general mal satisfechas, no le han dejado la posibilidad de desarrollarse mentalmente; por los tres géneros de actividad psíquica que el hombre se diferencia de las bestias, á saber: las necesidades sensitivas, afectivas é intelectuales, ha permanecido en el último grado de la escala humana. Únicamente, sobre los otros primitivos, ha creado y conservado intacta la estrecha organización del clan primitivo, y, en ese medio social, escuela primaria de todas las civilizaciones, ha adquirido ciertas inclinaciones morales, hasta altruistas, que no razona, pero á las que obedece dócilmente, como lo hacen nuestros animales domésticos suficientemente adiestrados.

Quizá no sea demasiado aventurarse considerar al papu como descendiente mejorado del australiano: de él ha conservado fielmente las huellas morales, originarias del clan primitivo y algunos sentimientos de altruismo social. Sobre todo ha sabido crear ó adoptar toda una industria desconocida en Australia, al mismo tiempo que su nume-

ración relativamente compleja acusa un notable progreso intelectual. Por el contrario, respecto de los sentimientos afectivos, su desenvolvimiento ha sido escaso.

La misma apreciación puede aplicarse al polinesio, que se distingue de los tipos precedentes sobre todo por el predominio de la vida sensitiva y hasta sensual. Todas estas razas primitivas tienen un fondo psíquico común: la movilidad, la impresionabilidad y la imprevisión del niño. Sin embargo, confrontadas y seriadas, señalan los jalones de un principio de evolución progresiva, que veremos acentuarse cada vez más á medida que ascendamos en la jerarquía de las razas humanas.

---

## CAPÍTULO III

### La mentalidad de los indios de América

SUMARIO. — I. *Los fuegianos*: su incuriosidad; extrema debilidad intelectual; impotencia numérica; industria rudimentaria; bestialidad nutritiva; rasgos de altruismo; carencia de organización social; impulsividad animal.—II. *Los indios de la América del Sud*: clanes igualitarios; tribus monárquicas; mentalidad infantil; debilidad mental é imaginación viva; animismo grosero; numeración primitiva y digital; gusto y aptitud para la música; sociabilidad; la cuvada.—III. *La educación moral en el clan piel roja*: el clan igualitario y altruista de los pieles rojas; su organización; el estoicismo piel roja; moral de los grupos comunitarios.—IV. *El clan primitivo y la civilización*: la edad del clan y su evolución; solidaridad y altruismo en el seno del clan; la acción educadora del clan primario; las invenciones realizadas durante la edad del clan.

#### I. — LOS FUEGIANOS

Al comenzar estos estudios de psicología étnica, hube de examinar primeramente la mentalidad del australiano indígena, porque constituye una de las variedades humanas á la vez más humildes y mejor conocidas, el tipo más inferior de las razas negras. Pero el salvajismo bestial no es en modo alguno el atributo especial del negro: cualquiera que sea su color, el hombre ha tenido antepasados animales y, aún en el día, por sus variedades más inferiores, el hombre amarillo se rebaja á un nivel inferior al

australiano; aunque las razas y subrazas mongólicas forman la mayoría numérica del género humano y que una de ellas haya creado la civilización china. En efecto, existen en la Tierra del Fuego mongoloides tan poco desarrollados, que merecen la calificación de antropoides. Por su grosería misma esos salvajes nos interesan é importa describirlos. Ya hemos visto que la impulsividad de estos indios es completamente comparable á la de los animales; pero se aproximan más á ellos por otros caracteres psíquicos, especialmente por una carencia absoluta de curiosidad.

Cook lo notó y lo hizo notar en sus dos primeros viajes: «Iban, dice, de un punto á otro del barco y miraban todos los objetos sin manifestar admiración ni placer <sup>1</sup>.» «En nada fijaron su atención; aceptaron cuentas de vidrio sin gratitud y sin concederles valor alguno; entregándonos con la misma indiferencia sus armas y sus pieles de buey marino... Ni en sus miradas ni en sus ademanes sorprendimos ningún signo de admiración á la vista de todos los objetos que contenía el barco, que debían parecer maravillosos á unos salvajes. Todo su aspecto anunciaba la estupidez y la indiferencia <sup>2</sup>.» Por su parte Darwin nos dice que los fuegianos son difíciles de interrogar, no comprenden la menor alternativa y responden irracionalmente á las preguntas <sup>3</sup>, que repiten maquinalmente imitando el tono y la actitud de su interlocutor,

---

1 Cook, *Hist. univ. voy.*, (primer viaje), t. IV, p. 51.

2 *Ibid.*, (segundo viaje), vol. IX, p. 68.

3 Darwin, *Voy. d'un naturaliste*, p. 228.

como suelen hacerlo nuestros idiotas <sup>1</sup>. Según Fitzroy, los fuegianos son enteramente incapaces de ejercer comprobación mental, y aceptan como ley y sin examen todo lo que dicen sus ancianos <sup>2</sup>. Su memoria es de las más cortas, y su facultad de atención muy débil; ahora considérese, como es sabido, que el grado de aptitud para la educación entre los animales puede medirse por el mayor ó menor desarrollo de la fuerza de atención.

Entre los primitivos, el grado de desarrollo de la capacidad aritmética mide bien la fuerza ó la debilidad de la inteligencia propiamente dicha, y, teniendo en cuenta esta consideración, un viajero, casi parcial para los fuegianos, nos dice que su numeración no pasa de tres; que, por consecuencia, no pueden contar sus dedos, ni aun los de una sola mano; que aprenden con mucha dificultad á contar y á leer, y que no tienen otra medida del tiempo que el día y la noche <sup>3</sup>. Para los civilizados, ese grado de impotencia mental es característico de la primera infancia, y como los niños, los fuegianos parecen dotados de gran facilidad para aprender lenguas; por supuesto por la práctica sola y sin gramática. Al menos, una joven fuegiana aprendió casi al vuelo un corto vocabulario de palabras portuguesas y españolas durante una corta estancia en Río y en Montevideo del vapor *Beagle*, á cuyo bordo iba Darwin.

---

1 H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 123.

2 Fitzroy, *Narrative*, t. II, p. 178.

3 Hyades, *Ethnographie des Fuegiens* (*Bull. Soc. d'Anthrop.*, 1887), p. 340 y *passim*.

La industria de un pueblo ó de una raza da clara idea de la inteligencia práctica de esta raza ó de este pueblo; de su facultad de observar, de raciocinar y sobre todo de prever; esta última aptitud está estrechamente unida al grado de la evolución mental. Los fuegianos no sobresalen en este concepto, y su industria es de lo más rudimentario que se conoce: su arco, de que se sirven muy poco, es seguramente una importación, y lo mismo sucederá con la honda, que sólo usan los hombres, porque las fuegianas tiran piedras con la mano. Constituye un signo notable de escasez de inteligencia desdeñar el arco, á pesar de su gran superioridad balística sobre la honda.

Las piraguas fuegianas, como las de los australianos, son de corteza de árbol, pero su forma está mejor combinada; las hojas que forman las bordas, no sólo están enlazadas, sino que además están cosidas y consolidadas por una armazón de madera. En conjunto, la piragua fuegiana construída de ese modo, lastrada con arcilla que permite encender fuego, no es sólo un aparato flotante improvisado como la barca australiana, sino una embarcación duradera. Las armas fuegianas son muy primitivas: palos armados con puntas de sílex, de hueso ó de conchas sirven de arpones, lanzas ó azagayas, á las cuales puede unirse un palo grueso, que es como una maza grosera. El gran invento de las primeras edades de la humanidad es conocido de los fuegianos: saben hacer fuego; de ahí procede el nombre europeo de su país; pero, como los australianos, lo encienden con mucho trabajo, y en

el momento de su descubrimiento llevaban siempre consigo alguna substancia en ignición. Sus procedimientos para procurarse el fuego quizá sean importaciones, como el uso del arco, porque han variado; lo que constituye el único cambio notable observado en los fuegianos desde 1520. En aquella fecha empleaban el procedimiento por fricción rápida de dos palos bien secos, que después describiré; actualmente han adoptado el procedimiento por percusión de un sílex, con un trozo de piritita ferruginosa <sup>1</sup>. Este segundo modo de pirogenia es más propio que el otro del clima húmedo de la Tierra del Fuego; pero es presumible que sea una imitación del eslabón y la yesca que usan todavía los marinos europeos.

Acerca de ciertos aspectos de su vida nutritiva los fuegianos se rebajan al nivel de las bestias. Como los australianos del litoral, viven principalmente de los mariscos crudos, y no se toman la molestia de cocer los animales que caen en sus manos, marítimos, volátiles ó terrestres. Sobre este asunto, diversos viajeros han expuesto hechos típicos: el navegante Wallis ha visto un fuegiano comerse un pez vivo, lo mismo que hubiese podido hacerlo un buey marino <sup>2</sup>; una fuegiana y sus hijos devoraban á bocados pájaros crudos, cuya sangre chorreaba sobre los cuerpos de los hambrientos <sup>3</sup>; un gran grupo comía con avidez trozos de carne putrefacta de una ballena encallada en la costa, que uno de

---

1 Wallis, *Hist. univ. voy.*, t. III, p. 270.

2 *Ibid.*, p. 230.

3 Cordes y de Werth, *ibid.*, t. XVI, p. 230.

ellos desprendía á dentelladas <sup>1</sup>; y con gran satisfacción comían la grasa y bebían el aceite rancio extraído de los bueyes marinos <sup>2</sup>. Por último, y para pintar de una vez la bestialidad repugnante de los fuegianos, citaré textualmente un pasaje escrito por un antiguo viajero. «De tal modo viven como los animales, que si se encuentran juntos algunos y uno tiene gana de orinar, lo hace sobre los otros sin reparo, á menos que el paciente no se retire <sup>3</sup>.» Y en esto no han progresado los fuegianos, porque no hace muchos años, un barco francés transportó al Havre una colección de ellos destinada á una exhibición en el Jardín de Aclimatación de París, y en una carta que fué leída en la Sociedad de Antropología, uno de los empleados de á bordo refería ese mismo rasgo de costumbres más que bestiales, que anteriormente había chocado al capitán J. Lhermite.

No obstante, á pesar de su extremada grosería, los fuegianos son superiores á las bestias por algunas virtudes sociales. Se les ve ayudarse mutuamente y cuidar sus enfermos; en sus chozas, todo visitante tiene derecho á un sitio y á una ración alimenticia; si tienen la suerte de atrapar una ballena en la playa, se pasan cortesmente los trozos, lo que no suelen hacer los animales. Pero entre los fuegianos no se encuentra la menor huella de las rigurosas obligaciones sociales en vigor en los clanes australianos, debido á que los pobres indios

---

1 Byron, *ibid.*, t. II, p. 446.

2 Cook, *ibid.*, t. IX, p. 69.

3 J. Lhermite, *ibid.*, t. XVII, p. 319.

de la Tierra del Fuego no tienen aún clanes organizados; viven en hordas familiares á la manera de los grandes monos de los cuales son tan comparables, y, sin embargo, acabamos de ver, que por cierto sentimiento de solidaridad social, se elevan un poco y se separan psíquicamente del animal y del niño de tierna edad.

Para terminar esta descripción, señalaré aún un carácter común á los salvajes fuegianos y á los animales, la impulsividad. En un capítulo anterior estudiando la psicología de las bestias, hemos visto que, en los animales, el hecho primordial de la fisiología de los centros nerviosos es la acción refleja, consciente ó inconsciente, es decir, la reacción motriz é instantánea por la cual los organismos más inferiores (actinia, medusa, asteria, etc.) responden á una excitación nerviosa venida de fuera. Pues la distensión refleja no es menos maquinal en los fuegianos que las especies más inferiores en la escala animal.

En general, esta acción refleja tiene importancia en el hombre, aun fuera de la vida nutritiva y en los individuos más desarrollados, pero se contiene y se dirige tanto mejor cuanto más moralizado é inteligente es el ser. Por el contrario, en el primitivo, más generalmente en el hombre inculto, la distensión refleja se efectúa más ó menos como la de un resorte mecánico que escapa á todo examen. A esta imposibilidad de dominarse á sí mismo, han de atribuirse muchos actos, á la vez absurdos y atroces, de los salvajes más inferiores que admiran al viajero civilizado. Así se han podido observar en los fue-

gianos diversas manifestaciones de esta impulsividad animal ó infantil: citaré algunos.

A pesar de su extrema grosería, los indios de la Tierra del Fuego, manifiestan cierto afecto hacia su progenitura, sentimiento instintivo muy poderoso aun entre los animales; pues uno de los primeros viajeros europeos que han visitado la Tierra del Fuego, refiere que un día, en su presencia, un niño fuegiano que por inadvertencia derribó un cesto que contenía lo que él llamaba «huevos de mar», probablemente equinos, su padre que estaba allí cerca, le cogió bruscamente y le rompió la cabeza contra una roca<sup>1</sup>. Este acto de salvajismo más que bestial autoriza para referirle á un movimiento reflejo impulsivo y casi inconsciente. Un siglo después que Byron, Darwin pudo observar en la Tierra del Fuego actos procedentes de la misma irrefrenable impulsividad.

«Exactamente lo mismo que las bestias silvestres, dice el gran naturalista hablando de los fuegianos, no reparan en el número; porque todo individuo que se ve atacado, en lugar de retirarse, trata de romper la cabeza á su adversario con un piedra, lo mismo que un tigre procuraría destrozarle en circunstancias análogas<sup>2</sup>.» Estos ejemplos de impulsividad primitiva son típicos, y conviene recordarlos. En grado menor, todas las razas y hasta todos los individuos inferiores están sujetos á cometer actos análogos. Se necesita una buena y larga cultura

---

1 Byron (citado por Darwin), *Voy. d'un naturaliste*, p. 232.

2 Darwin, *Voy. d'un naturaliste*, p. 236.

mental para atenuar primeramente y abolir después, cuando los resultados se hacen hereditarios, esa impulsividad irrefrenable en el animal, en el niño y en el hombre primitivo.

## II. — LOS INDIOS DE LA AMÉRICA DEL SUD

El estúpido indio de la Tierra del Fuego nos lleva muy lejos hacia atrás, al origen mismo de las sociedades, á la edad completamente primitiva de la horda. Este tipo humano tan inferior, no se encuentra apenas ya en el resto del continente americano, á excepción quizá del alto Orinoco, donde algunas miserables bandas sin organización social ni industria, los sirianos y guaharibos, llevan una existencia de todo en todo animal <sup>1</sup>.

En la América del Sud, á partir del estrecho de Magallanes, todos los indios han pasado ya ese estado bestial; tienen una organización política que, en Patagonia y también entre los charruas y los araucanos, principia por el clan republicano, pasa después al tipo de la tribu monárquica, y es tanto más monárquico cuanto más se acerca á la región ecuatorial. En efecto, los pequeños grupos más meridionales, los de la *pampa*, han conservado aún costumbres perfectamente igualitarias. Charruas, patagones ó araucanos no se dan jefes sino para las expediciones guerreras, y todas las decisiones que interesan á la comunidad se toman por

---

1 Chaffaugon, *Congrès de géographie du Havre*, 1887.

su consejo de notables. Por desgracia sabemos poco de esas pequeñas sociedades, que, no obstante, parecen ser clanes organizados. Más al norte, en todo el resto de la América del Sud, no se encuentran sino tribus monárquicas; sólo que el jefe, unas veces es electivo, como sucede en la tribu de los chiquitos, y otras hereditario, como el de los guaranis del Brasil. En resumen, el régimen republicano primitivo no ha persistido sino entre los nómadas, es decir, en grupos que apenas tienen industria y ninguna agricultura. Pero lo que sobre todo nos interesa es su estado mental.

Los indios nómadas son famosos por su carácter feroz, pero esa crueldad se ejerce principalmente sobre los enemigos y en particular sobre los prisioneros de raza blanca. A pesar de eso, manifiestan respecto de sus hijos, á quienes no corrigen jamás, una paciencia extremada <sup>1</sup>.

En todas esas poblaciones indígenas de la América meridional son ordinarios los rasgos infantiles del carácter y de la inteligencia; entre ellas hay muchas tan impulsivas como los fuegianos, habiéndose visto un indio tupis morder con rabia una piedra contra la cual había tropezado, exactamente lo mismo que hacen nuestros perros. Su imprevisión es también extrema: á este propósito se cita oportunamente una observación hecha entre los caraibes, quienes por la mañana vendían sus hamacas más baratas que por la noche <sup>2</sup>, y también

---

1 D'Orbigny, *Homme amér.*, t. I, p. 192.

2 H. Spencer, *Sociol.*, t. I, p. 82.—Labat, *Nouv. voy. aux isles de l'Asie*, t. I, p. 218.

la necesidad en que se encontraron los jesuítas del Paraguay de vigilar á sus neófitos indios, quienes se olvidaban de desuncir sus bueyes de labor y hasta se los comían cuando tenían hambre <sup>1</sup>. También los indígenas del Brasil no pensaban más que en sus necesidades de cada día y parecían absolutamente incapaces de reflexionar y de deducir de sus percepciones algo que les fuera provechoso <sup>2</sup>.

Como los australianos, la mayor parte de esos indios no podían concebir la idea de la muerte natural; siempre la atribuían á brujería y la vengaban sobre el presunto culpable <sup>3</sup>.

También, como en Australia, sólo se encuentra en el vocabulario de las tribus brasileñas palabras concretas que designan los animales, las plantas y los objetos que pertenecen al medio exterior, pero sin expresiones que tengan un sentido general, como «color, espíritu» <sup>4</sup>. Estos indios raciocinan muy poco, pero su imaginación, que es sencillamente una memoria muy coloreada, revivifica poderosamente las sensaciones anteriormente experimentadas. Bastaba, por ejemplo, que uno de sus brujos amenazase á los abipones con cambiarse en tigre y devorarles, para alucinar al auditorio y excitar su imaginación hasta el punto de parecerles que asistían á la metamorfosis, *velan* la piel del brujo adquirir las manchas del felino, alargarse las uñas hasta convertirse en garras, y acababan

---

1 Charlevoix, *Hist. du Paraguay*, liv. V, p. 246.

2 H. Spencer, *loc. cit.*, pp. 120-121.

3 Stevenson, *Travels in South America*, t. I, p. 60.

4 Spix y Martius (citado por Labat, *op. cit.*, p. 426.

por oír los rugidos del hombre transformado en tigre: se estaba en estado de sugestión <sup>1</sup>.

Con una impresionabilidad tan viva, los indios de la América del Sud habían de ser animistas, como lo son todos los primitivos. Para ellos, todos los seres del mundo exterior que les habían impresionado fuertemente, eran vivos, particularmente los astros. Los patagones, por ejemplo, creían que el Sol era una mujer; la Luna, un hombre; la constelación de la Cruz del Sud, un casobar, y las estrellas próximas eran perros que perseguían al casobar celeste <sup>2</sup>. Esas poblaciones eran, pues, de una mentalidad tan infantil, que los españoles agitaban la cuestión de saber si eran ó no seres racionales, y para resolver este punto se recurrió á la omnisciencia pontificia; por lo cual el papa Paulo III tuvo á bien declarar que los indios eran hombres, verdaderos hombres (*veros homines*), por tanto, dignos de recibir el bautismo y de ser después tratados como cristianos <sup>3</sup>.

La incapacidad de los indios de la América meridional para los números era grandísima. Quizá debería hacerse una excepción para los patagones, los puelches y los araucanos, que poseían una numeración extensa que llegaba hasta ciento y hasta mil; pero eso era un legado tradicional de la antigua civilización de los Incas, no la habían inventado ellos <sup>4</sup>. Aparte de estos exceptuados, en todo

---

1 Dobritzhofer, *Abipones*, t. II, p. 77.

2 A. d'Orbigny, *loc. cit.*, t. II, p. 102.

3 *Voyage à la Terre ferme* t. I., p. 341.

4 A. d'Orbigny, t. II, p. 19.

el territorio apenas se tenían algunos nombres de número, siempre de base digital. Los abipones no tenían en su lengua más que tres expresiones numéricas, á saber: «los dedos de un emuo», para decir cuatro; «los dedos de una mano», para decir cinco; por último, para decir veinte, «los dedos de las manos y de los pies». Estos indios, pues, no habían pasado del estadio aritmético de las unidades colectivas no analizadas aún <sup>1</sup>. Sin embargo, los abipones, sobre este punto, estaban más adelantados que otros naturales. Los botocudos no tenían más que dos expresiones numéricas, «uno y dos», pasando de ahí decían «muchos». <sup>2</sup> Los indios de Colombia llegaban hasta «tres», y para las cantidades mayores mostraban su cabeza, mímica que significaba evidentemente: «tan imposible de contar como mis cabellos» <sup>3</sup>.

Había otros indios cuya aptitud matemática estaba algo más desarrollada: los tamanas del Orinoco decían: «uno, dos, tres, cuatro», después «una mano». Para «seis», decían «uno de la otra mano»; para «diez», «dos manos»; para «once», «uno del pie», y esto extendiendo las dos manos y adelantando un pie; para «veinte», «un indio», y así sucesivamente: «dos, tres, cuatro indios» <sup>4</sup>.

Cito estos hechos á título de ejemplares típicos; nada más fácil que multiplicarlos.

Los indios de que hablo estaban, pues, muy mal

1 Dobritzhofer, *loc. cit.*, t. II, p. 171.

2 Tylor, *Orig. civ.*, t. I, p. 280.

3 Mollien, *Hist. univ. voy.*, vol. XLII, p. 412.

4 E. B. Tylor, *Civil. prim.*, p. 282.

dotados intelectualmente; lo estaban mejor respecto de la música; hasta tenían ansia de música. Sabido es que en el Paraguay los misioneros jesuitas se aprovecharon de esa afición, cazándolos, puede decirse, con el reclamo de los cantos religiosos, quedando luego la música como el gran atractivo de las *misiones* organizadas. Los indios, dice Charlevoix, cantaban instintivamente «como las aves». Pues los misioneros pusieron en música toda la doctrina cristiana, y cada pueblo tuvo su escuela de canto llano y de música. En fin, los indígenas aprendieron á cantar sobre las notas y hasta á fabricar instrumentos de música <sup>1</sup>. Como buenos psicólogos, los jesuitas habían unido la danza á la música, y en frecuentes y solemnes ceremonias, las procesiones salían danzando y pasaban bajo arcos de triunfo, en medio de fieras encadenadas, etc.; prácticas bien adaptadas todas á la mentalidad de los salvajes, que, como dice Charlevoix, y lo creemos fácilmente, eran verdaderos niños <sup>2</sup>.

También, como los niños, la mayor parte de esas tribus eran crueles para sus enemigos; algunos martirizaban á sus prisioneros á la manera de los pieles rojas; pero entre ellos, al contrario, los individuos de un mismo grupo eran muy sociables; aprovechaban con avidez todas las ocasiones para reunirse y beber juntos su *chicha*, su cerveza de maíz. El trabajo agrícola se efectuaba también por ayuda mutua; se hacía una fiesta, y cada

---

1 Charlevoix, *Hist. du Paraguay*, t. II, lib. V, p. 257.

2 *Ibid.*, p. 246.

indio, á su vez, invitaba á sus vecinos á labrar su campo. Durante ese trabajo colectivo, el propietario no trabajaba, y sin abandonar su hamaca, dirigía á los trabajadores. Terminada la tarea, se pasaba el resto del día danzando y bebiendo *chicha* previamente preparada por las mujeres <sup>1</sup>.

No hay duda que esos poblados indios no se encontraban ya en la fase sociológica del clan comunitario é igualitario, pero no habían salido del todo. La costumbre tan primitiva de la *cuvada*, de esa curiosa práctica por la cual el hombre atestigua su paternidad haciéndose cuidar cuando pare su mujer, indica que la familia paternal era aún apenas sospechada. Pero la familia uterina, que la precede siempre y en todas partes, coincide con el matrimonio colectivo de clan á clan que hemos encontrado en vigor entre los australianos. Pues la *cuvada* era muy común en la América meridional, sobre todo en el Brasil, donde ha sido observada, entre los caraibes, por Brett; los torvados, por Martius; los abipones, por Dobritzhofer, etc.

### III. — LA EDUCACIÓN MORAL POR EL CLAN EN LOS PIELES ROJAS

Que haya sido el clan la primera forma social, la sucesora directa de la anarquía de la horda animal, no es fácil negarlo; pero en el día, después de haber hecho la primera educación del género huma-

---

1 A. d'Orbigny, *loc. cit.*, t. II, p. 328.

no. el régimen del clan casi ha desaparecido. Unicamente los australianos, que han podido vivir miles y miles de años lejos de los grandes centros civilizadores, han guardado hasta nuestros días ese primer tipo de sociedad, que ha sido el de la infancia de la humanidad. Ya hemos visto en qué sentido había modificado el régimen del clan la mentalidad del hombre en Australia. Otro hecho de génesis moral del mismo género nos es suministrado en la América septentrional por el clan piel roja. Hablaré de este clan como si existiese aún, aunque ya casi ha desaparecido, como la raza de la cual había constituido durante mucho tiempo el régimen social.

En el clan de los pieles rojas, como en el australiano, las leyes escritas de los civilizados son reemplazadas por costumbres obligatorias, más imperativas que leyes y por cuya observancia vela todo el mundo, porque regulan todo lo que ha interesado á la comunidad. En el clan de los pieles rojas la solidaridad es extremada; piensan y dicen que entre miembros de un mismo clan todo debe ser común, y conforman su conducta con esta máxima. Las *cabanas* (porque la habitación del clan es común) se ayudan mutuamente con la más extrema liberalidad y se parten en caso necesario su último bocado<sup>1</sup>; la más amplia hospitalidad es á la vez un deber y un derecho, llegando á ser en ellos una convicción innata que todo es de todos. A este propósito dice Charlevoix: «El *mío* y el *tuyo*, esas palabras

---

1 Lafitau, *Mœurs des sauvages*, t. II, p. 90.

frías, como dice San Juan Crisóstomo, no son aún conocidas de los salvajes: el cuidado que tienen de los huérfanos, de las viudas y de los inválidos; la hospitalidad que ejercen de manera tan admirable, no son para ellos sino consecuencia de la persuasión en que están de que todo debe de ser común entre los hombres»<sup>1</sup>. El testimonio de Lafitau confirma el de Charlevoix: «En tiempo de caza, dice, si un clan piel roja bien provisto encuentra una *cabaña* (otro clan) menos afortunado, los miembros del primer grupo parten lo que poseen con el otro sin esperar que se les pida»<sup>2</sup>. Lahontan abunda en el mismo sentido: «Los salvajes no conocen el tuyo ni el mío, y puede decirse que lo que es del uno es del otro. Cuando un salvaje no ha sido afortunado en la caza del castor, sus colegas le socorren sin petición previa. Si un fusil se estropea y se inutiliza, cada cual se apresura á ofrecerle otro. Si sus hijos son cautivados ó muertos por los enemigos, se le dan tantos esclavos como necesita para su subsistencia. No hay sino los que son cristianos, y que permanecen á las puertas de las ciudades, que hayan adoptado el uso del dinero; los otros no quieren tocarle ni verle, y le llaman «la serpiente de los franceses...» Se extrañan de que los unos tengan más bienes que los otros y que los que tienen más sean más estimados que los que tienen menos... No se querellan, ni se maltratan, ni se roban y no murmuran jamás unos de otros»<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Charlevoix, *Hist. de la Nouvelle France* (diario de un viaje), t. VI, p. 16.

<sup>2</sup> Lafitau, *loc. cit.*, t. III, p. 87.

<sup>3</sup> *Voyage de Lahontan*, t. II, pp. 105-106.

Hasta en nuestros días, los últimos clanes observados conservaban aún esos sentimientos de estrecha solidaridad. Los omahas y los ponkas no abandonan jamás los ancianos ó inválidos, como lo hacen otros salvajes que no viven ya en el régimen del clan. Los navajos de Nuevo Méjico hasta tenían un asilo público, confiado á agentes especiales de ambos sexos y abierto á los enfermos y á los huérfanos <sup>1</sup>.

Estos sentimientos altruistas, estos hábitos comunitarios han valido á los pieles rojas la calificación de ingratos dada por los europeos, entre quienes la práctica y los abusos inveterados de la propiedad individual han abolido casi por completo las virtudes sociales que son la base del clan primitivo. En efecto, cuando de las fortalezas ó de los depósitos de los blancos daban éstos víveres á los pieles rojas, aceptábanlos sencillamente sin manifestar ningún sentimiento de reconocimiento: lo aceptaban del mismo modo que lo hubieran dado, como la cosa más natural <sup>2</sup>.

Pero la moral del clan piel roja no se preocupaba solamente de las necesidades materiales: en la pequeña sociedad del clan igualitario, comunitario y casi anárquico, la opinión pública exigía la rigurosa práctica del talión, sin la cual la seguridad hubiese estado constantemente en peligro. Cada uno tenía el deber estricto de vengar sus propias inju-

---

1 O. Dorsey, *Omaha Sociology* (Smithsonian Institution, 1886).

2 Bancroft, *Native races*, t. I, p. 583.

rias y no podía exceptuarse de ello sin incurrir en la censura y en la vergüenza <sup>1</sup>.

Pero en el interior del clan las violencias eran raras, al menos antes de que los blancos hubiesen introducido entre los indios el uso de las bebidas espirituosas. Las querellas eran entonces excepcionales y el asesinato casi desconocido. Si se cometía uno, en virtud de la costumbre del talión, era indispensable la muerte, sea del asesino, si era miembro del clan, sea la de un hombre de su clan si era extranjero, puesto que la pequeña sociedad del clan <sup>2</sup> era solidaria de los actos de todos sus miembros. En el caso en que el asunto se arreglara pacíficamente, por medio de presentes convenientes, el asesino había de someterse á una severa expiación que duraba años. Durante todo ese tiempo de penitencia había de andar descalzo, no podía comer caliente, tener las manos pegadas al cuerpo y no peinarse, y mientras se efectuaban las grandes cazas colectivas, el arrepentido culpable había de levantar su tienda un cuarto de milla separada de las otras. Nadie hubiera querido comer con él: de hecho estaba excomulgado; por eso se le oía frecuentemente gritar y lamentarse en sus momentos de desesperación. Terminado el período de expiación, uno de los parientes de la víctima decía al culpable oyendo sus quejas: «Basta; ven entre nosotros: calza mocasins (especie de calzado del país) y ponte una buena ropa».

---

1 Lafitau, *loc. cit.*

2 Catlin, *La vie chez les Indiens*, p. 13

Pero el clan, tan solidario, no protegía sus miembros sino si eran dignos de protección, desinteresándose, por ejemplo, de lo que podía suceder á un pendenciero por costumbre. También tenía el clan en consideración las circunstancias, especialmente la alevosía del crimen cometido; por ello, el asesinato de una mujer ó de un niño, eran tenidos por particularmente culpables <sup>1</sup>.

Para evitar en todo lo posible las querellas intestinas, la moral del piel roja prescribía no contradecir jamás á nadie, dijera lo que quisiera; pero este silencio deferente no implicaba en ningún modo la aquiescencia á la opinión expresada. Cuando los primeros misioneros comenzaron á catequizar á los indios, éstos les escuchaban cortesmente al principio, en tanto que no pretendieron demostrarles lo absurdo de sus creencias paganas; pero entonces les reprocharon amargamente su falta de cortesía <sup>2</sup>, diciendo que ya que les habían tolerado tranquilamente la exposición de cosas increíbles, su deber era por lo menos obrar del mismo modo.

Para refrenar sin duda la impulsividad habitual á los primitivos de toda raza, los clanes pieles rojas hacían profesión de tener en alta estima sobre todo la impassibilidad estoica, el absoluto dominio de sí mismo, y un hombre no alcanzaba alguna consideración si no poseía esas cualidades de carácter; de ese modo se habían esforzado por adquirirlas, y se habían hecho muy comunes, dándose el caso que

---

<sup>1</sup> O. Dorsey, *loc. cit.*, pp. 369-370.

<sup>2</sup> Charlevoix, *Hist. Nouv. France*, Lafitau,

cuando después de haber errado algunos días un guerrero sin encontrar el menor alimento, estenuado y hambriento, entraba en una «cabaña», se sentaba en silencio, y se retiraba después sin pedir nada si no se le habían adivinado sus necesidades <sup>1</sup>. De vuelta de una expedición militar, en que hubiera perdido hijos, parientes, etc., un hombre debía entrar tranquilamente en su «cabaña», sentarse cerca de su mujer y, antes de decirle nada, esperar largo tiempo, muchas horas, hasta que al fin en pocas palabras y negligentemente le daba las noticias que la mujer esperaba con extrema impaciencia <sup>2</sup>. En todas las circunstancias de la vida, hasta en las más críticas, un hombre debía conservar en su aspecto exterior la más perfecta tranquilidad. Sabido es que esa estoica igualdad de alma no la perdían los pieles rojas ni en medio de los más atroces tormentos. Ordinariamente el prisionero, atado á un poste, y rodeado de una multitud ruidosa de hombres y mujeres que, para atormentarle, rivalizaban en ingeniosa crueldad, no manifestaba ninguna debilidad, antes al contrario, insultaba á todos recordando con orgullo á sus verdugos los nombres de sus parientes y amigos á quienes había matado, les desafiaba á que le arrancaran una queja y entonaba tranquilamente su canto de muerte. Por lo común el suplicio, que los victimarios hacían durar todo lo posible, días, hasta semanas, consistía en quemar poco á poco con ascuas todo el cuerpo del pa-

---

1 H. Murray, *Character of nations*, p. 298.

2 *Ibid.*, p. 292.

ciente, de pies á cabeza. El punto de honor del paciente consistía en no proferir una queja, y el de sus verdugos estaba en inventar un suplicio asaz cruel para arrancarle gritos, lo que lograban alguna vez con gran alegría, pero el caso era muy raro. Ordinariamente los guerreros pieles rojas realizaban prácticamente el heroísmo teórico de los estoicos, diciendo y probando al dolor que no era un mal <sup>1</sup>. Quien puede lo más puede lo menos; así soportaban los indios con la placidez más perfecta la muerte natural, de la que hacían casi una fiesta en la que pronunciaban ellos mismos su oración fúnebre, daban consejos á sus hijos y se despedían de todos. En esta ocasión gastaban en un gran festín todas las provisiones de la «cabaña,» y, en cambio, recibían presentes de todos los asistentes <sup>2</sup>.

Esta admirable fuerza de carácter, que eclipsa grandemente la de los héroes, frecuentemente legendario, de la antigüedad greco-latina, era adquirida, artificial, debida solamente á una extrema tensión de la voluntad; por único factor tenía la educación, una educación individual y ancestral; su sostén era el punto de honor. Es este uno de los más admirables prodigios que hayan podido realizar en ningún tiempo la educación, el ejemplo y el impulso.

Las mujeres pieles rojas, menos cuidadosas del heroísmo y del decoro que los hombres, mostraban sin vergüenza el afecto por sus hijos y parientes.

---

1 Charlevoix, *loc. cit.*, t. V, p 358, y *Lettres*, t. XVI, pp. 364-365.

2 *Ibid.*, t. VI, pp. 105-106.

A veces los hombres mismos se despojaban de su frialdad convencional; pero entonces usaban previamente, por la forma al menos y moderadamente, de bebidas embriagadoras, porque su opinión pública admitía que después de haber bebido agua de fuego no se podrían observar ya las conveniencias. Refiere un viajero, á este propósito, que un mensajero indio vino un día, en nombre de su tribu, á pedirle un poco de ron, merced al cual, decía, podía llorar libremente un compañero que acababa de perder <sup>1</sup>. En el clan piel roja importaba mucho ganar la estima general, de que dependen el crédito, la influencia, las dignidades, la gloria, y esto no era posible sino mostrándose siempre y en todas partes superior á los acontecimientos <sup>2</sup>.

En el resto del continente americano no se encuentra ya, al menos en su pureza primitiva, el tipo del clan igualitario, conservado por los pieles rojas; casi en todas partes le ha sucedido el régimen de la tribu monárquica, en que el jefe gobierna por elección ó por derecho de nacimiento. Ya he dicho en otro lugar <sup>3</sup>, que la práctica perpetua de las guerras ha acabado, casi en toda la tierra, por crear jefes monárquicos, nobles, etc., y como consecuencia ha alterado profundamente las costumbres y la moralidad de los primitivos. Sin embargo, muchas tribus indias de la América del Sud, aunque en régimen monárquico, habían conservado entre los miembros del mismo clan la urbanidad,

---

1 Mackensie. *Travels*, etc., p. 150.

2 Charlevoix.

3 Letourneau, *L'Evolution politique*.

la sociabilidad y la honradez antiguas. Los caribes, son entre sí de tan rigurosa probidad, que si desaparece un objeto cualquiera dicen con toda naturalidad: «Por aquí habrá pasado un cristiano<sup>1</sup>». Según dice Charlevoix, los indios de las tribus canibales del Brasil, entre las cuales pasó un año, vivían juntos sin querellas y se socorrían mutuamente con una generosidad sin límites. Su carácter, como el de los pieles rojas, hubiera sido admirable, si las relaciones entre las diversas tribus no hubieran sido muy diferentes de las establecidas entre compañeros del mismo clan y tribu<sup>2</sup>. Wallace dice lo mismo de los indios de la América del Sud y aun de las poblaciones salvajes de Oriente: «He vivido, dice, en la América meridional y en Oriente en medio de grupos comunitarios, en que la opinión pública del pueblo hace las veces de leyes y de tribunales. Cada hombre respeta allí escrupulosamente los derechos de sus compañeros, y no se producen sino pocas ó ninguna infracción de esos derechos. En esas sociedades comunitarias reina una igualdad casi perfecta: no hay desproporción entre la instrucción y la ignorancia, la riqueza y la pobreza, el amo y el servidor, como existe en nuestra civilización; no se ve allí tampoco esa extrema división del trabajo, que, sin duda, produce la riqueza, pero también conflictos de intereses; ni hay tampoco esa áspera competencia para la

---

1 Tylor, *Civilisation primitive*, p. 34.

2 Charlevoix, *loc. cit.*, V. p. 391, VI, pp. 11-12.—Lafitau, I, pp. 102-106, 455.

existencia y la fortuna, que provoca inevitablemente la densidad de nuestras poblaciones civilizadas. Nada impulsa, pues, á los grandes crímenes, y los pequeños delitos son reprimidos en parte por la opinión pública, pero sobre todo prevenidos por ese natural sentimiento de justicia y también del derecho del vecino, que parece en cierto modo natural á todas las razas humanas»<sup>1</sup>.

Wallace se equivoca sobre este último punto; el sentimiento de lo justo no es innato en el hombre sino después de una larga educación social, y precisamente el régimen del clan primitivo es el que más ó menos profundamente le ha implantado en la mentalidad humana.

Algunos otros ejemplos de clanes familiares, igualitarios y comunitarios han sido además observados en otras razas mongólicas. Ya los encontraremos entre los esquimales de la Groenlandia, de que hablaré pronto; en este momento me limito á mencionar de paso algunos rasgos propios para poner bien de relieve la sociabilidad que reinaba en esas pequeñas sociedades groenlandesas, en que el derecho de propiedad era reducido al *mínimum* y todos los intereses particulares estaban subordinados al interés del clan. Jamás se oían palabras injuriosas ni querellas; la opinión pública las prohibía rigurosamente; hasta no se respondía, no se debía replicar á una interpelación demasiado destemplada<sup>2</sup>. Egède había ya observado que entre los esquimales no llegaban jamás á cambiarse

---

1 Wallace, *Malay Archipiélago*, t. II, p. 282.

2 Rink, *Tales and traditions of the Eskimos*.

palabras ofensivas, y mucho menos golpes. En esos clanes esquimales se había dulcificado singularmente la rudeza del nombre primitivo, y hasta esa mejora se había convertido en carácter hereditario. Por eso, en las escuelas fundadas por los esquimales del Alaska, llamó notablemente la atención del personal enseñante la docilidad de los niños. La obediencia de los pequeños esquimales es sorprendente; entre ellos se atienden mutuamente y los mayores protegen á los pequeños. No hay necesidad jamás de castigar á los escolares, quienes, por otra parte son singularmente resistentes al dolor. Añadamos que la costumbre de la adopción por pura benevolencia es general entre los esquimales <sup>1</sup>.

No hay duda que es diverso el temperamento original de las razas. La continuidad del régimen del clan no ha logrado siempre apaciguar completamente la animalidad primitiva; pero en ese sentido se ha manifestado generalmente su influencia en tanto que ha tenido el carácter de una gran familia comunitaria.

#### IV. — EL CLAN PRIMITIVO Y LA CIVILIZACIÓN

¿Dónde comienza y dónde acaba el hombre primitivo? He ahí una pregunta difícil de responder. Por lejos que podamos llevar los diversos procedimientos de investigación en el pasado del género humano, no nos ponen jamás en presencia de un

---

<sup>1</sup> *Smithson Instit. Report ethnol.*, 1887-1888.

tipo humano bajo el cual no haya sitio más que para el animal. Hace ya algunos años que poseemos restos óseos que han pertenecido á un primate intermediario, que no era ya un mono sin ser todavía un hombre, al *Pithecanthropus erectus* del Dr. Dubois, pero del género de vida, de la mentalidad de ese antepasado probable de nuestra especie, no sabemos absolutamente nada. Por su parte la prehistoria nos conduce bien al origen de la industria humana; pero sobre la psicología y la sociología del hombre de la edad de la piedra tallada, permanece muda, y para evocar ante nosotros el estado mental y social de los más remotos obreros de la prehistoria, apenas nos queda otro recurso que identificarlos con los más atrasados de nuestros prehistóricos contemporáneos. Eso es lo que frecuentemente he hecho en otras obras; eso es lo que me veo obligado á hacer en esta.

Esta vez, queriendo someter á mi investigación sobre todo la psicología comparada de las razas humanas, y más especialmente las relaciones entre el estado social y el estado mental, he debido ante todo ocuparme de tipos humanos que no han pasado aún el primer estadio social bien organizado, es decir, el régimen del clan comunitario y familiar; pero esta edad del clan ha tenido seguramente una duración enorme, cíclica, desigual, por lo demás, para las diversas razas. Que ha unido los orígenes de la humanidad á la historia, lo vemos, puesto que los australianos no lo han pasado aún, y que, por otra parte, los helenos protohistóricos se desprendían de él apenas. De donde podemos concluir

que, tan sencilla como sea en apariencia la organización del clan, contiene en el fondo grandes diferencias; sin esto, no hubieran podido acomodarse á él razas tan desemejantes.

En la actualidad, se observan aún esparcidas por toda la tierra supervivencias reales ó tradicionales del clan, sin hablar de aquellas que señalan la leyenda y la historia; pero las sociedades que han conservado prácticamente el régimen del clan son raras y no tardarán en desaparecer. Especialmente entre los melanesios de Australia y los pieles rojas de América, se ha podido estudiar *de visu* en nuestros días el clan; pero, como hemos visto, la organización del clan australiano era mucho más primitiva que la del clan piel roja, lo que no impide poner los dos en parangón, porque en el uno y en el otro la solidaridad era siempre muy estrecha, y esta solidaridad que habían creado y consolidado miles de años en ambas razas, había tenido por efecto modelar de cierta manera el cerebro de los indios pieles rojas y el de los melanesios de Australia, implantando en ellos inclinaciones altruistas y una moralidad, estrecha sin duda, pero sólida, imperativa é instructiva.

Éstos sentimientos, estos instintos sociales, que no siempre se encuentran tan vivos en los estadíos intelectualmente superiores de la civilización, no se sentían ni se ejercían en América y en Australia, sino entre y hacia los miembros de un mismo clan, ó, á lo más, de un clan aliado; contra el extranjero, contra los clanes rivales é incómodos, todo era objeto de buena guerra, y no había otra obligación

moral que la de exterminar esos concurrentes. Hasta en el seno mismo del clan era grande la grosería de las costumbres. Sin embargo y compensado todo, fuerza es reconocer que la vida del clan, con sus múltiples deberes, había elevado singularmente el sentido moral de los primitivos, y hasta creado en los pieles rojas un heroísmo especial que jamás ha sido sobrepujado.

Ahora bien, se está autorizado para creer que ese estado del clan ha sido universal; que ha tenido una duración inmensa; que atravesándola es como los primeros antropopitecas, de quienes descendemos, se han hecho verdaderos hombres; que, independientemente de los progresos morales y sociales, han realizado preciosas creaciones ó adquisiciones intelectuales é industriales que han separado verdaderamente el hombre de la bestia. Es indudable que durante el estadio del clan el hombre en general ha reemplazado el lenguaje animal de los gritos, de las onomatopeyas y de los ademanes y gestos por un lenguaje articulado, sencillísimo sin duda, ya que ese idioma primitivo correspondía á una mentalidad infantil, pero no dejando por eso de ser un paso de un alcance incalculable. En el clan primitivo fué también donde nuestro grosero antepasado, el primo hermano del *pithecanthropus*, se inició en la especulación intelectual, haciéndolo á la manera de un niño que era, y creándose sobre todo ilusiones anímicas sobre las cuales se edificaron después las grandes religiones; imaginando además esas numeraciones primitivas, cuya pobreza y candidez nos hacen sonreír, han puesto el fun-

damento indispensable para las ciencias matemáticas. Por último, y muy principalmente, comenzando á violentar la naturaleza por medio de una industria rudimentaria, y excitando las innovaciones, base de todas las civilizaciones futuras, ha hecho la invención del fuego; la fabricación de las primeras armas, de los primeros útiles de pesca ó de caza, los primeros abrigos y habitaciones, las primeras embarcaciones, etc., etc.; todas esas creaciones primitivas, sin las cuales la especie humana no se hubiera elevado jamás sobre los monos antropoides; todo eso, en el curso de largos períodos milenarios, ha salido del clan, primer laboratorio social é intelectual.

Es evidente que en toda creación al inventor, al iniciador, corresponde el principal mérito. Ser grande por hallarse encaramado sobre los hombros de sus antepasados es relativamente cómodo. Nuestras sociedades, aun las más civilizadas, deben, pues, gratitud á los pobres clanes primitivos, que comenzaron á dominar los medios físicos, en vez de sufrirlos á la manera de las bestias, que implantaron también en el cerebro humano gérmenes morales é intelectuales, destinados á desenvolverse luego con tanta esplendidez. Continuando nuestra investigación á través del género humano, veremos cómo las razas convertidas en superiores han desarrollado unas veces y atrofiado otras, todos esos principios de la humanidad primitiva.

## CAPITULO IV

### La mentalidad de los indios de América

(Continuación)

SUMARIO. — I. *Recapitulación.* — II. *Los esquimales:* voracidad extrema de los esquimales; los convites entre los esquimales; la liberalidad de los esquimales; el altruismo comunitario; solidaridad y ayuda mutua; sacrificios utilitarios; ingeniosidad industrial; artes gráficas y plásticas; sentido musical; cartografía de los esquimales; aberraciones animicas; literatura; numeración; cronometría rudimentaria; educación escolar; el carácter de los esquimales.

A. EL ANTIGUO MÉJICO. — I. *Los orígenes:* aztecas y pieles rojas; la gran monarquía. — II. *El carácter de los aztecas:* canibalismo religioso y ferocidad vital; animismo primitivo; debilidad moral. — III. *Las artes y la vida sensitiva:* coreografía religiosa; escultura imitativa; desarrollo agrícola é industrial; progreso automático de las artes y oficios. — IV. *Las obras intelectuales:* pictografía y su evolución; ingeniosa notación aritmética; año solar; astronomía animica.

B. EL ANTIGUO PERÚ. — I. *La leyenda de los orígenes:* salvajismo de los indígenas y su domesticación; monarquía teocrática y comunismo de Estado; danzas corales y rituales; Perú y Paraguay. — II. *Los conocimientos intelectuales:* escuelas aristocráticas y cronistas; procedimientos mnemónicos; la pictografía, aritmética y *quipos*; cartografía; astronomía animica; año lunar perfeccionado; la industria y sus procedimientos; el humanitarismo de los quichuas y la ferocidad azteca.

#### I. — RECAPITULACIÓN

He emprendido la comparación y clasificación de las diversas razas humanas, según su valor y sus particularidades mentales, yendo de las más infe-

riores á las más desarrolladas, y en los capítulos anteriores he estudiado, des de este punto de vista, las principales variedades de la raza negra y he comenzado el examen de las razas amarillas ó mongólicas, examinando primeramente los mongoloides de la Polinesia, después los indios salvajes de las dos Américas, desde el fuegiano hasta el piel roja.

Réstame aún, antes de salir del Nuevo Mundo, hablar de una raza primitiva que, teniendo representantes en América, no es especialmente americana; de una raza ártica, la de los esquimales ó *innuits*, cuyos pequeños clanes vagan aún alrededor del casquete polar, no sólo en América, sino en Asia y hasta en Europa. Sabemos que esta curiosa raza ha tenido en otro tiempo una habitación más meridional, que se relaciona quizá con nuestras poblaciones prehistóricas de la edad del reno y que los antiguos navegantes escandinavos, los de los *sagas*, la encontraron antiguamente en la latitud de Nueva-York. Esta raza tiene, pues, para la antropología, un particular interés.

Por ella comenzaré este capítulo, cuyo resto dedicaré á los grandes imperios de la antigua América central, á sus curiosas y enigmáticas civilizaciones. que encontró y destruyó la invasión española: á los aztecas de Méjico y á los quichuas del Perú. De ese modo habremos terminado con las razas mongoloides de la América, y pasaremos en seguida á estudiar la raza mongólica en su residencia más importante, en el continente asiático, su centro probable de creación.

## II. — LOS ESQUIMALES

¿Cuál es la patria de origen de los esquimales y de los lapones, sus congéneres? Esos primitivos mongoloides representan la descendencia, ó, por el contrario, son los antiquísimos antepasados de nuestro europeo de la edad del reno?

He ahí uno de los numerosos problemas que nos plantea la génesis de las razas, y cuya solución será esperada aún tal vez por largo tiempo. Como quiera que sea, y á pesar de la paradoxal dolicocefalia de los esquimales, éstos constituyen en el día la más inferior de las razas amarillas, sintiéndose inclinación á ver en ellos el prototipo de todas las otras.

En cuanto á nosotros, sólo hemos de examinar en este momento los diversos aspectos de su mentalidad y examinar los principales resortes de su actividad. Lo que llama la atención en primer lugar entre los esquimales, es que sus necesidades nutritivas son de una energía extremada, y que la satisfacen con tan repugnante grosería, que los viajeros europeos han quedado más de una vez sorprendidos.

Ante todo maravilla la capacidad y la potencia del estómago hiperbóreo: un joven esquimal comió en veinticuatro horas ocho libras y media de carne de foca, en parte cruda y helada, y el resto cocida, y además una libra y dos onzas de pan, á lo que añadió pinta y media de una sopa muy espesa,

tres vasos de ginebra, un gran vaso de *grog* y cinco pintas de agua <sup>1</sup>.

En otra ocasión unos esquimales ingurgitaron cada uno, en una especie de merienda <sup>2</sup>, catorce libras de salmón crudo. El capitán Ross refiere otro hecho del mismo género. Un día, habiendo abandonado á un corto grupo de esquimales un toro almizclado muerto por los ingleses, pudo asistir á una verdadera orgía estomacal, pues los indígenas cortaron la carne de toda la mitad anterior del animal en largas tiras que consumieron todos, empleando en esa tarea un día entero. Las tiras de carne pasaban de un convidado á otro acertándose rápidamente. Cada uno de los comensales metía en la boca uno de los extremos llenándola todo lo posible, después cortaba la tira á la altura de su nariz, aspirando en cierto modo la preciosa vianda. De tiempo en tiempo, y no pudiendo ya más, aquellos esquimales tomaban aliento, dejándose caer sobre el lecho de su *iglou*, lamentándose de no poder comer más; después, cuando habían reposado un poco, comenzaban á deglutir nuevamente; porque habían tenido cuidado, durante su corto desfallecimiento, de no soltar el bocado ni el cuchillo <sup>3</sup>.

Dispuestos á devorar siempre una substancia nutritiva cualquiera, los esquimales encontrados por el capitán Passy comían con delicia la grasa cruda de los bueyes marinos y chupaban el aceite que

---

1 *Revue britannique*, enero 1877.

2 Ross, *Hist. univ. voy.*, vol. XL, p. 162.

3 *Ibid.*, p. 127.

quedaba en las pieles arrancadas por los ingleses <sup>1</sup>. Unos niños de tres años se atracaban ya de pescado crudo y bebían aceite con tanto gusto como los adultos <sup>2</sup>.

Con razón compara el capitán Ross al esquimal con un animal de presa, cuyo principal goce es comer y siempre comer <sup>3</sup>. Como veremos, no es este el único placer del esquimal, sino que seguramente es el más vivo, lo cual no puede dudarse después de leer la descripción de una comida de esquimal, frecuentemente citada, y que debemos al capitán Lyon: « Koulittuck me hizo conocer un nuevo género de orgía de los esquimales. Había comido hasta la embriaguez, y á cada momento se dormía, teniendo el rostro enrojecido y ardiente y la boca abierta. A su lado estaba sentado Arnaloua, que vigilaba á su esposo para introducirle en la boca tanto como podía con ayuda de su dedo índice, un enorme trozo de carne medio cocida. Cuando la boca estaba llena cortaba lo que excedía de los labios. Por su parte el comedor masticaba lentamente, y en cuanto se producía el más pequeño hueco, era rellenado por un trozo de grasa cruda. Durante esta operación, el hombre dichoso permanecía inmóvil, no moviendo más que las mandíbulas y sin abrir los ojos siquiera, aunque manifestando á intervalos su satisfacción por un gruñido expresivo cada vez que el alimento dejaba el paso libre al sonido. La grasa de aquella sabrosa comida chorreaba

---

1 Parry, *ibid.*, p. 379 (segundo viaje).

2 Meares, *Hist. univ. voy.*, vol. XIII, p. 349.

3 Ross, *Hist. univ. voy.*, vol. XL, p. 162.

en abundancia por la cara y el cuello, en tal abundancia, que pude convencerme que un hombre se acerca más al bruto comiendo demasiado que bebiendo con exceso»<sup>1</sup>.

El esquimal de Asia se parece mucho á su hermano de América. En el paralelo 180, los tchoutches de la provincia algo rusificada del Anadyr son tan voraces como los esquimales de América. Se ha visto entre aquéllos una familia de ocho personas, de las cuales dos eran niños, tragarse en un almuerzo un *poud* (16 kilogramos) de pescado, bebiendo té, del cual un anciano bebió catorce vasos<sup>2</sup>. Los convidados, tendidos boca abajo en la *iourta*, tomaban los trozos con sus manos horriblemente sucias y los metían en la boca sin quitar las espinas, que escapían en el plato. Así comían con gran estrépito durante más de dos horas. Después de la comida, una mujer lavó su hijo de ocho meses en orines descompuestos é infectos, porque los tchoutches se lavan siempre con orines, cuando se lavan.

Estos esquimales no sólo son voraces, sino que son también ávidos de bebidas embriagadoras. Parece que no conocen el *agaricus muscarius*, con el cual sus congéneres más meridionales del Kamtchatka saben fabricar una maceración que produce delirio y convulsiones<sup>3</sup>; pero están siempre dispuestos á dar todo lo que poseen á cambio de alcohol<sup>4</sup>. Habi-

---

1 *Voy. de Lyon*, p. 181.

2 A. Silnitzky, *La province d'Anadyr*, etc. (*Revue scientifique* del 1.º de Abril de 1899).

3 Beniouski, *Hist. univ. voy.*, vol. XXI, p. 415.

4 A. Silnitzky, *loc. cit.*

tando una región relativamente menos inclemente, los kamtchadales, que por tantos rasgos se parecen á los tchoutches, son, sin embargo, algo menos primitivos. No se limitan á cazar el reno, sino que le han domesticado; pero no son menos glotones que los tchoutches del Anadyr: sus festines suministran una prueba evidente.

Para el habitante de las regiones árticas, los dos grandes males de la existencia son el frío y el hambre. Por eso la urbanidad kamtchadala exige que, si se invita á alguien á una comida, la abundancia sea excesiva y la temperatura del *ostrog* bastante elevada para hacerse insoportable. En tales ocasiones, el anfitrión no come nada y espera pacientemente que su convidado bien hartado pida gracia. Desde el principio de la sesión gastronómica, invitado é invitante se ponen completamente desnudos; es esta una costumbre de interior general á todos los esquimales. El invitado se atraca tanto como puede, y chorrea de sudor, pero no se declara vencido hasta la última extremidad, y entonces, antes de retirarse, el uso exige que haga á su huésped un regalo conveniente.

Si son varios los convidados á quienes se ha de obsequiar á la vez, se exagera un poco menos la temperatura, pero sin disminuir la glotonería, hándoseles de grasa de buey marino ó de ballena en forma de gruesa longaniza cortada en grandes tajadas. El huésped se arrodilla delante de sus convidados y él mismo les introduce en la boca el extremo del embuchado en la mayor cantidad posible, y después corta con su cuchillo lo que sobresale

de los labios <sup>1</sup>. Exactamente, según hemos visto, lo mismo que las mujeres de los esquimales americanos ceban á sus hombres: prueba pequeña, pero demostrativa, de la unidad de la raza.

Estas costumbres nos parecen muy groseras, muy animales; y, no obstante, indican sentimientos de liberalidad, de generosidad, costumbre de dar, de ayudarse mutuamente, que se manifiesta en toda ocasión, ó, por mejor decir, que se manifestaba antes; porque, al contacto con los europeos, esas viejas costumbres se han modificado mucho. Cuando los viajes de Ross y de Parry aún estaban intactas, y así, el capitán Ross refiere que los esquimales le traían constantemente pescado y también grasa de buey marino para conservar el fuego, con el mayor desinterés <sup>2</sup>. Se invitaba á los ingleses á frecuentes festines en las tiendas indígenas, y durante las comidas no cesaban los esquimales de dar gracias á sus convidados por el placer que les proporcionaban <sup>3</sup>. Por su parte Parry cita hechos análogos, añadiendo que los esquimales no manifestaban ninguna gratitud por la hospitalidad que se les da <sup>4</sup>. Como conclusión, añade el capitán Ross: «Estas gentes tienen una ley moral bastante desarrollada escrita en el corazón: no puedo dudarle, y muchos rasgos lo prueban» <sup>5</sup>. Esta ley es evidentemente la *ley no escrita* de que nos hablan los griegos; pero

---

1 Steller, *Histoire du Kamtchatka*, II, pp. 18 - 187.

2 Ross, *Hist. univ. voy.*, vol. XL, p. 156.

3 *Ibid.*, p. 157.

4 Parry, *Ibid.*, p. 412.

5 *Ibid.*, p. 182.

esas leyes resultan siempre de la organización social, y, según una regla casi invariable, el altruismo está tanto más desarrollado cuanto más cerca se está del régimen ó, por mejor decir, de la edad comunitaria; y el hecho es que ese régimen existía siempre casi intacto entre los esquimales y especialmente entre los menos civilizados de la raza. Un observador muy bien informado describió, aun hace pocos años, la organización de los pequeños clanes esquimales de la Groenlandia <sup>1</sup>; de esas sociedades minúsculas en que el interés particular estaba absolutamente subordinado al interés general, y donde era un deber riguroso para todos los hombres válidos pescar focas y ballenas tanto como la edad y la salud se lo permitía, á falta de hijos capaces de reemplazarles <sup>2</sup>: la ayuda mutua era, pues, la gran regla social, y, por consecuencia, dar era una costumbre. El bien de la comunidad era anterior á todo, y así se veía á aquellos esquimales, voraces como lobos, no tocar á sus alimentos antes que los niños hubiesen recibido su ración <sup>3</sup>; pero al mismo tiempo, esa misma preocupación del interés social inspiraba á los esquimales actos criminales á nuestros ojos, como el sacrificio de los hijos raquíuticos ó deformes, el abandono y hasta el asesinato de los ancianos <sup>4</sup>. Estas costumbres, atroces para nosotros, son habituales en las sociedades primitivas de todas las razas y bajo todas las latitudes, im-

---

1 Bink, *Tales and traditions of the Eskimos*.

2 Véase mi *Evolution de la propriété*.

3 Parry, *Hist. univ. voy.*, vol. XL, p. 412.

4 Kotzebue, *Hist. univ. voy.*, vol. XVII, p. 892.

puestas por la necesidad: durante esas primeras edades se es demasiado pobre para conservar bocas inútiles; y al contrario, para los miembros activos de la comunidad se reserva toda la solicitud. Los lapones hacen á la mujer personalmente responsable de la vida de su marido, hasta tal punto, que si éste pereciera ahogado, su viuda debía pagar á su suegro una multa de seis renos <sup>1</sup>.

Los esquimales son primitivos, no puede esperarse de ellos una inteligencia muy desarrollada; sin embargo, el régimen comunitario de los pequeños clanes esquimales no ha impedido el desarrollo relativo de su industria. Con pieles de buey marino, colmillos de mono, madera, etc., etc.; es decir, con los escasos materiales que la desolación de las regiones árticas pone á su disposición, los esquimales han hecho prodigios. Sus barcos de pieles cosidas, sobre todo el pequeño *kayak*, que forma cuerpo con el hombre que le monta; sus vestidos; sus ingeniosos harpones; sus arcos, sobre todo, formados de colmillos de reno ó de madera, eran de construcción ingeniosísima. Los arcos, hechos de piececillas encajadas, reforzadas y reunidas por ligaduras que consolidan el conjunto son, á su manera, obras maestras <sup>2</sup>. En sus chozas de hielo, donde habitan durante la larga noche ártica, los esquimales habían resuelto de la manera más sencilla la cuestión capital del alumbrado y de la calefacción por medio de sus lámparas-hogares, formadas por

---

<sup>1</sup> H. Murray, *Character of nations*.

<sup>2</sup> John Murdoch, *A study of the Eskimo bows (Report of the Smithsonian Institut)*, parte II, pp. 307-316.

grandes piedras excavadas en el centro, en que una mecha de musgo seco quemaba aceite de buey marino <sup>1</sup>.

Sabido es también que, aunque primitivos, los esquimales eran distinguidos escultores en marfil y hábiles dibujantes <sup>2</sup>, pero dibujaban al rasgo; por eso cuando se les enseñó retratos de taitianos publicados en la relación del viaje de Cook, se admiraron mucho, y sin vacilar tomaron las imágenes por seres vivientes y trataron de cogerlos <sup>3</sup>.

A excepción del tamboril, cuyo uso ni siquiera era general entre ellos, los esquimales no tenían instrumentos de música; pero les gustaba mucho el canto; sus mujeres solían cantar con dulzura y precisión <sup>4</sup>. La música instrumental de los europeos les impresionaba mucho <sup>5</sup>. Para las artes gráficas estaban mejor dotados que para la música: sobre todo para un género de dibujo que casi tiene carácter científico, para el dibujo geográfico, la aptitud de los esquimales era extraordinaria. No sólo comprendían los mapas europeos de su país, sino que los dibujaban ellos mismos, sea con lápiz, si se les facilitaba, sea sobre la arena; pero en este caso con relieves de arena ó de piedras para figurar las montañas. Las distancias las indicaban por puntos ó divisiones correspondientes á los reposos nocturnos,

---

1 Cook, *loc. cit.*, vol. XI (tercer viaje), p. 113.

2 Lubbock, *Orig. civil.*, p. 36.

3 Ross, *loc. cit.*, p. 13.

4 Parry, *loc. cit.*, pp. 410-411.

5 *Ibid.*, p. 459.

á los sueños <sup>1</sup>. Hasta las mujeres trazaban de esos mapas primitivos <sup>2</sup>.

Desde el punto de vista del animismo, los esquimales no diferían esencialmente de los primitivos de toda raza; sin embargo, sus concepciones míticas eran más precisas, casi sistemáticas. Todos los seres, los hombres, los animales, los objetos materiales, tenían, según ellos, un doble sutil, «un poseedor», que podía desprenderse de él. El doble del hombre, ó uno de sus dobles, cuando existía un par de ellos, podía dejar el cuerpo durante el sueño <sup>3</sup>. Esa alma noctámbula, era la sombra, la sombra real, que, lo mismo que los animales y los niños, no pudieron comprender los hombres primitivos. Impotencia intelectual común á todas las razas, de la cual apenas salió Lucrecio:

¿La sombra es un fantasma, un ser en movimiento  
O bien, como se ha dicho, el eclipse de un momento?

(*Nat. de las cosas*, lib. IV; de la trad. de A. Lefevre.)

La brujería tenía considerable importancia en los clanes esquimales. Tenían amuletos que daban á los brujos el poder de revestir la forma de un animal, ó bien, por una práctica análoga á la hechicería, recortando la imagen de un animal feroz, de un oso, por ejemplo, en una piel de oso, podía un

---

1 Ross, *loc. cit.*, pp. 92, 268.

2 *Ibid.*, p. 93.

3 Crantz, *History of Greenland*. — H. Spencer, *Sociologie*, t. I, p. 195.

brujo crear una sombra de oso, que, por su orden, iría á matar tal ó cual persona <sup>1</sup>.

Estas aberraciones, aunque infantiles, atestiguan cierta imaginación; y los esquimales las empleaban mucho en sus cuentos y leyendas, en sus poesías satíricas, en sus duelos satíricos, que he de limitarme á recordar aquí <sup>2</sup>.

A semejanza de todos los primitivos, la numeración de los esquimales era digital, y apenas podían contar los dedos de una sola mano <sup>3</sup>. Steller afirma que tienen sólo tres nombres de números; pero saben juntar las manos para decir «diez»; después, operando de la misma manera con los dedos de los pies, llegan hasta el número «veinte». Pasado este número, la mayor parte de ellos declaran agotada su fuerza aritmética, exclamando: «¿de dónde tomaría el resto?» <sup>4</sup> Algunos llegan á añadir «un hombre» á «un hombre», y así sucesivamente hasta cinco hombres. En resumen, ocurre la duda de si los kamtchadals y los groenlandeses, los más civilizados de la raza, percibían claramente otra cosa que el número colectivo quinario representado por los cinco dedos de la mano ó del pie.

Por otra parte, es seguro que no saben su edad, y que, como medida del tiempo, sólo tienen una vaga idea de las lunaciones. Para ellos el verano es «el tiempo del día largo»; ignoran cuantos días

---

1 Rink, *Tales and traditions*.

2 Véase mi *Evolution littéraire*.

3 Crantz, *History of Greenland*, p. 286.

4 Steller, *loc. cit.*, t. II, p. 102.

contiene el mes lunar, sin duda porque son incapaces de contarlos, y también porque las estaciones árticas se prestan mal á la distinción de los meses. Tal ó cual circunstancia regular ó fortuita sirve á los esquimales para marcar los diversos períodos del año, como «mes del pescado rojo, ó del pescado blanco, ó de la caída de las hojas», ó también «mes en que crían los castores», etc. <sup>1</sup>.

En las escuelas americanas del Alaska, donde se da hoy á niños esquimales una instrucción primaria é industrial á la europea, se les ha encontrado inteligentes, sobre todo á las niñas, y de un natural bondadoso y honrado; sin embargo, se ha observado que son poco susceptibles de reconocimiento, debido á que el régimen comunitario del clan no predispone apenas á los sentimientos de gratitud.

Se les reprocha también ser tercos; no obstante, no son rebeldes á la civilización blanca, porque envían voluntariamente sus hijos á la escuela <sup>2</sup>. Se conviene en decir que son diestros y muy pacientes desde la primera infancia, y se observa, por último, que tienen generalmente una tendencia á amar á los niños <sup>3</sup>.

Si se ha de tener en cuenta el clima ártico y las condiciones particularmente inclementes en que ha tenido que luchar el esquimal para mantener su existencia, ha de concedérsele una categoría muy

---

1 Steller, *loc. cit.*, t. II, pp. 103-104.

2 *Indian affairs* (Report 1886, *Alaska*, p. 79.)

3 *Alaska*, Census, 1890, p. 152.

honrosa entre los primitivos en general, pero haciendo constar que posee ya los caracteres morales de la raza mongólica, á saber: un temperamento plácido y más bien pasivo que activo; menos impresionabilidad y movilidad refleja que las otras razas; más aptitud para las industrias útiles que para las obras de imaginación; en resumen: un temperamento tranquilo y más inclinado á la prosa que á la poesía.

Y ahora que hemos acabado con las poblaciones todavía primitivas del continente americano, podemos dirigir nuestra investigación sobre las civilizaciones, bárbaras sin duda pero relativamente desarrolladas, que encontraron los europeos en las altas mesetas de la América central.

### A. — *El antiguo Méjico*

#### I. — LOS ORÍGENES

El antiguo Méjico, por donde va á empezar mi investigación psicológica sobre los pueblos semicivilizados de la América precolombiana, había visto pasar y fijarse sobre su suelo, desde remota antigüedad, varias oleadas sucesivas de inmigrantes. ¿De dónde procedían esas poblaciones errantes y conquistadoras? Respecto de las más antiguas sólo podemos conjeturarlo; pero tratándose de los últimos ocupantes, de los aztecas, no es dudoso que procedieran de las regiones septentrionales, ya que las tradiciones, los documentos pictográficos y di-

versas analogías concuerdan sobre este punto. Por la raza, por las costumbres y por ciertos rasgos comunes de su lengua, los aztecas, sometidos por Hernán Cortés, estaban emparentados con los pieles rojas y ocupaban las mesetas del Anahuac no hacía muchos siglos, habiendo encontrado una vieja civilización con la cual habían tenido que acomodarse, de lo cual resultó la mezcla singular de costumbres refinadas y de prácticas feroces que caracteriza al pueblo azteca.

Conviene también recordar que al norte del imperio azteca existía una zona limítrofe, ocupada por poblaciones salidas del salvajismo primitivo; de esas poblaciones, unas, como sus sobrevivientes los pueblos indios actuales, estaban aún en el régimen de la tribu y del clan republicanos; otras, como los natchez, vivían bajo el régimen de la pequeña monarquía muy despótica. Y considerando que la tradición indígena y la verosimilitud indican que las bandas aztecas emplearon muy largo espacio de tiempo en ganar el Anahuac; que debieron de llegar allá notablemente reducidas y modificadas por sus lentas peregrinaciones, se comprende que se convirtieran en los bárbaros semicivilizados que nos han descrito los cronistas españoles<sup>1</sup>. Por lo demás, los aztecas no modificaron su concepción de la familia; puesto que la familia maternal, el matrimonio exogámico y el clan totémico preexistían en Méjico y se conservaron. Al contrario, en política, su idea monárquica se fortificó más, y el mo-

---

1 Bancroft, *Native races*, t. II, pp. 665-666.

narca mejicano, antes simplemente electivo, llegó á ser un personaje casi divino, al cual, en el momento de su coronación se le imponía el juramento de obligar al sol á seguir regularmente su curso, á resolverse en lluvia las nubes y á madurar los frutos <sup>1</sup>. De hecho, la gran monarquía de tipo absoluto, rodeada de una aristocracia feudal, de un clero poderoso, venerando y educador, pudo desarrollarse en Méjico en todo su tiránico esplendor <sup>2</sup>. Y este régimen político y social no podría durar siglos sin influir considerablemente sobre la mentalidad de las poblaciones que á él se hallan sometidas.

## II. — EL CARÁCTER DE LOS AZTECAS

En la monarquía azteca se había mantenido y aun desarrollado el espíritu guerrero; los reyes y el clero le habían fomentado y se habían servido de él; los primeros para extender sin cesar las fronteras del imperio; los segundos para proveerse de víctimas humanas indispensables á su culto sanguinario.

Entre los pieles rojas que han conocido los europeos modernos, apenas existía el canibalismo en estado de supervivencia; pero había de hallarse muy floreciente aún entre los aztecas, conquistadores del Anahuac, puesto que la religión del reino lo había santificado. Sin embargo, otras causas

---

1 Bancroft, *Native races*, t. III, p. 295.

2 Véase mi *Evolution politique*.

más fisiológicas habían podido y aún debido contribuir á acentuar más esas feroces costumbres. En general, y cualquiera que sea la raza, el canibalismo habitual de toda una población coincide con la carencia de grandes animales domésticos, es decir, con la escasez relativa de los alimentos azoados, y ya hemos visto que, en este caso, la cinofagia suele coexistir con la antropofagia, pues así sucedía en Méjico, donde se criaban perritos comestibles. Una tribu salvaje, que viva holgadamente en extenso territorio á la orilla de ríos abundantes en pesca ó en bosques poblados de caza, puede pasar sin la carne de matadero; pero no pasará tan fácilmente una población semicivilizada, relativamente densa y amontonada en grandes ciudades, como ocurría en la nación mejicana. En este caso se procura satisfacer como se puede la necesidad animal; que no puede dominarse, aunque sea disfrazándole con pretextos honorables, y se inventa el canibalismo jurídico, el canibalismo religioso, etc. Este último es el que florecía en el Méjico azteca, donde se practicaba con un fervor atroz. En otro lugar he descrito extensamente el ritual de estos sacrificios: los corazones arrancados, las danzas piadosas en que los danzantes se adornaban con la piel de las víctimas, el simulacro de ofrenda de los cadáveres á los dioses y, en último término el suntuoso festín de antropófagos que terminaba y motivaba la fiesta<sup>1</sup>. Los cronistas españoles nos han hecho saber también que, en cam-

---

1 Véase mi *Evolution religieuse* y también *La Guerre*.

pañá, los guerreros aztecas suprimían sin dificultad las ceremonias religiosas para practicar más sencillamente el canibalismo culinario. Bajo exteriores cultos la raza había, pues, conservado instintos de bestias feroces.

Permanecía primitiva la raza considerada aun bajo otros aspectos, sobre todo por su animismo, que poblaba de divinidades toda la naturaleza y que en un principio le hizo ver «dioses blancos», en los invasores españoles. Si se juzga por el emperador Moctezuma, los aztecas eran además muy impresionables. En sus relaciones, para él tan desagradables, con Hernán Cortés, el monarca se porta con la debilidad de un niño malicioso, que miente y no obra, que llora cuando se le ponen grillos en los pies y abraza á su tirano cuando se los quita<sup>1</sup>. Con credulidad infantil, reconoce los españoles por los descendientes de antepasados mencionados en una vieja tradición azteca, y lo que aun es más grave, sugestionados por el *conquistador*, el rey y sus cortesanos reniegan de su religión y derriban las imágenes de sus dioses y las reemplazan por las imágenes católicas, «con aire de satisfacción», si hemos de creer á Hernán Cortés<sup>2</sup>. Es posible que esa alegría sea fingida, y que el celo iconoclasta del emperador y de su corte sea sencillamente una cobardía, pero no puede presentarse prueba más patente de debilidad mental. Considero la súbita desbandada del ejército

---

1 Cartas de Hernán Cortés.

2 *Ibid.*, carta II.

mejicano<sup>1</sup>, que tocaba ya la victoria, cuando vió su estandarte derribado por Cortés: semejante pánico por tal causa, acusa en la masa del pueblo azteca ó una falta extremada de fuerza moral, ó, lo que es equivalente, una fe monárquica que confina en la ceguera é identifica toda la nación, no sólo con la persona del soberano, sino con el estandarte que le representa. Como consecuencia de tal aberración, los aztecas simbolizaban y encarnaban el alma del imperio en un emblema sagrado, cuya caída debía forzosamente arrastrar consigo la de toda la comunidad política, concebida como una simple dependencia del semidiós que la gobernaba.

Tales pruebas de debilidad moral no permiten asignar á los aztecas un lugar muy elevado en la jerarquía psicológica de las razas; pero surge la idea de si ese pueblo se eleva desde el punto de vista estético de la autoridad intelectual.

### III. — LAS ARTES Y LA VIDA SENSITIVA

El canibalismo de los mejicanos, aún teniendo en cuenta su disfraz religioso, los rebaja al nivel de los más groseros salvajes; sus gustos estéticos tampoco tenían un carácter muy delicado; sin embargo, la danza y el canto tenían en su vida social un lugar muy considerable. Todo mejicano bien educado debía de ser buen danzante y buen cantante. Para los aztecas, como para los pieles rojas,

---

1 Cartas de Hernán Cortés.

la danza, más que una diversión, era una ocupación social importante. Frecuentemente estas danzas, siempre corales, tomaban carácter religioso, y miles de hombres formaban piadosamente grandes rondas dándose la mano; la orquesta instrumental que acompañaba esta coreografía, era pobrísima, se componía solamente de dos instrumentos de percusión, tambores ó tam-tam, uno de ellos provisto de un diafragma, pero que ambos se encuentran entre salvajes de diversas razas. Los aztecas cantaban con precisión, y el clero español supo aprovechar pronto sus aptitudes coreográficas y melódicas, cantando y danzando bajo su dirección por la virgen de Guadalupe, como antes lo habían hecho en honor de sus dioses Tlaloc, Huitzilopochtli, etc. <sup>1</sup>

Las artes gráficas y plásticas de los aztecas habían quedado muy atrasadas, conservando un carácter más utilitario que artístico. Las imágenes de sus divinidades eran casi todas grotescas y horribles, pero así eran rituales y canónicas. Como los artistas chinos, los artistas aztecas preferían copiar á crear, y el emperador Moctezuma poseía una colección de reproducciones en oro, plata, pedrerías y plumas de las plantas y animales que le habían interesado <sup>2</sup>. Según decía Hernán Cortés, esas imitaciones eran perfectamente exactas, de una exactitud que puede llamarse china ó mejor mongólica; porque esa aptitud para reproducir fielmente un modelo es común á todos los pue-

---

1 B. Sahagún, *Hist. gén. de la Nouvelle Espagne*, trad. Jourdanet, p. 867 (note).

2 Hernán Cortés, carta II.

blos de raza amarilla, ordinariamente mejor dotados de paciencia que de invención creadora. Así como los curas españoles adiestraron fácilmente á los aztecas para entonar cánticos, Hernán Cortés hizo que los fundidores y joyeros mejicanos ejecutaran crucifijos, medallas, alhajas y collares á la europea <sup>1</sup>, lo que hicieron á su completa satisfacción.

Si las artes estéticas estaban aún en la infancia en Méjico, no era lo mismo respecto de las artes industriales, debido á que los progresos de estas artes útiles son siempre notables en las grandes aglomeraciones humanas, donde necesidades apremiantes y variadas invitan á buscar incesantemente recursos indispensables. Bajo este aguijón, las industrias primordiales no tardan en alcanzar cierto grado de perfección práctica, en la que suelen dormirse después por mucho tiempo, porque sus procedimientos se convierten en tradicionales y así quedan.

En el panteón de los aztecas figuraban divinidades agrícolas; la irrigación de los campos estaba ya muy extendida; la destrucción de los bosques hallábase reglamentada, y el trabajo estaba honrado <sup>2</sup>. A excepción de los grandes y de los soldados, todo el mundo trabajaba en los campos, y, hecho raro que honra á los aztecas, las mujeres, sobre las que, por ejemplo, entre los pieles rojas modernos pesaban todos los trabajos penosos, no concurrían á los trabajos agrícolas de Méjico sino

---

1 Hernan Cortés, loc. cit.

2 Prescott, *Méjique*, c. V.

para las tareas menos pesadas<sup>1</sup>. Sobre este punto el Méjico de los aztecas había, pues, realizado grandes progresos morales y sociales.

No había quedado rezagado tampoco en la industria de los primitivos, es decir, reducido á la fabricación individual de las armas y de los utensilios absolutamente indispensables. El país había salido de la edad de piedra para entrar en la del bronce, aunque una substancia mineral de origen volcánico, la obsidiana, suministrase todavía instrumentos y armas de un carácter muy primitivo; los tejidos habían reemplazado en el vestido las pieles de animales en uso entre los pieles rojas; la alfarería, perfeccionada en la forma y en la ornamentación, era de uso general, y ciertos vasos alcanzaban una relativa belleza; hábiles joyeros formaban una corporación estimada; otros artistas de lujo sabían fabricar con plumas obras cuyo ingenio maravilló á los españoles; verdaderos artistas esculpían bajos relieves bien combinados y agradablemente trabajados, en que personajes y objetos diversos se ofrecían á veces con un elegante realismo, como sucede en la famosa Cruz de Palenque. Por último, una arquitectura grosera aún bajo varios aspectos, pero maciza é imponente, había reemplazado hacía mucho tiempo á las cabañas ó casas de madera de los indios. En resumen, la inteligencia de los pueblos que se habían sucedido en la meseta de Anahuac, había logrado perfeccionar la primitiva industria y aún crear una

---

1 Prescott, *loc. cit.*

nueva. ¿Puede deducirse de esto que había aumentado mucho la potencia mental de esas razas mongoloides? Quizá sea el resultado global de la estabilidad de instituciones harto bárbaras aún, pero suficientes para garantizar á unas aglomeraciones sociales relativamente considerables la seguridad del mañana, siendo como un curso regular de la existencia que permite realizar una multitud de pequeñas mejoras sucesivas. Totalizando después estos progresos industriales, acaban por crear una civilización material, á la cual no pueden llegar los nómadas que viven sobre todo de la caza. Procurando más ó menos á sus pueblos esos preciosos bienes, los fundadores de las grandes monarquías bárbaras han solido contribuir sin quererlo á los progresos de la civilización industrial, artística y material de sus Estados, y compensado en parte las calamidades que ordinariamente se complacian en desencadenar sobre la porción de género humano sometido á sus caprichos.

#### IV. — LAS OBRAS INTELECTUALES

La prueba de que los aztecas no habían encontrado el Anahuac ocupado por una población muy densa, está en que habían conservado mucho de su lenguaje original, pariente del que hablan aún los pieles rojas noutka-colombianos <sup>1</sup>. Así mismo ha-

---

<sup>1</sup> Prescott, *Conquest of Mexico* (appendix *Orig. civil., mexic.*).

bían guardado tradicionalmente su muy primitiva escritura, la pictografía realista y simplista, universal en su principio, puesto que responde únicamente á la necesidad de fijar, exteriorizándolas, ciertas imágenes mentales, juzgadas especialmente interesantes, y satisface una necesidad que existe lo mismo en los niños que en los salvajes más inferiores. Pero en Méjico, los aztecas habían hecho de la pictografía un arte que confinaba con la verdadera escritura y era capaz de figurar y trazar acontecimientos complejos y de expresar series de ideas. Hasta habían sobrepujado la fase completamente primitiva de la escritura, porque no se limitaban ya al solo croquis realista, y daban á muchos de sus dibujos un valor simbólico con el fin de expresar ideas directamente inexpresables por imágenes. Así una lengua significaba «palabra»; la huella de un pie, «viaje»; un hombre sentado en el suelo quería decir, «temblor de tierra». Gracias á ese procedimiento simbólico, podían pictografiarse ideas abstractas como los meses, los años, las estaciones, ó aspectos de la naturaleza difíciles de expresar por el dibujo sólo, como el cielo, etc. En fin, los aztecas habían ido todavía más lejos; habían entrado en la vía de la verdadera escritura, dando á algunos de sus caracteres valor fonético, cuando se trataba de designar nombres de lugares y de personas. Para todo esto había sido necesario adoptar figuras convenidas para siempre y coloreadas de determinados matices, es decir, crear un arte, que se enseñaba en las escuelas como una

especie de estenografía <sup>1</sup>. Se trata, pues, de un verdadero progreso intelectual; puesto que se había sabido sacar un lenguaje figurado de una práctica en el fondo muy rudimentaria.

Puede juntarse á la pictografía azteca un principio de cartografía geográfica, familiar también á los artistas mejicanos, puesto que Moctezuma pudo dar á Hernán Cortés una carta de todo el litoral de su imperio, que sus calígrafos habían pintado sobre una tela, indudablemente de algodón <sup>2</sup>.

Después de la conquista española, los mejicanos, seguramente por sugestión de los curas católicos, aplicaron su talento pictográfico á expresar las prácticas y las ideas de la nueva religión; hasta tradujeron á su lenguaje las oraciones: para decir « me confieso », pintaron un indio arrodillado delante de un religioso; para decir « Dios todopoderoso, » dibujaban la Trinidad, ó sea tres cabezas ceñidas de coronas. San Pedro y san Pablo eran dos cabezas también coronadas, pero con accesorios emblemáticos diferentes: Pedro, dos llaves; Pablo, una espada <sup>3</sup>.

Se había recurrido también á la pictografía para completar la notación aritmética, relativamente adelantada, de los indígenas; porque los aztecas eran un pueblo de mercaderes; pero su numeración decimal había sido en un principio digital, como todas las demás, puesto que 6 se decía  $5 + 1$ , y  $7, 5 + 2$ , etc. La pictografía servía para los nú-

---

1 Véase mi *Evolution de l'Education*.

2 Hernán Cortés, carta II.

3 Scherer, *Recherches sur le Nouveau Monde* (1777).

meros grandes: el número 20 se representaba por una *bandera*, mientras que desde 1 hasta 19 se empleaban puntos. El cuadrado de 20, ó sea 400, se representaba por una *pluma*, sin duda á causa de la multiplicidad de las barbas de la pluma. Una bolsa ó un saco significaba 8,000, porque en los mercados se podía pagar con sacos que contenían cada uno 8,000 granos de cacao<sup>1</sup>. Para escribir fracciones de esos grandes números se dibujaba una mitad, un cuarto, una fracción alícuota de bandera, de pluma ó de saco. Claro que esos procedimientos no tienen que ver con las matemáticas superiores; pero son los más sabios que hemos encontrado hasta aquí.

El año mejicano era solar, compuesto de 365 días, y dejando acumular las diferencias anuales de seis horas, los aztecas habían podido determinar un ciclo de 52 años, que los calígrafos figuraban por un *haz*.

La adopción de un año solar supone necesariamente algunos conocimientos astronómicos, y, en efecto, el conocido descubrimiento hecho en Méjico de una gran piedra circular de basalto, en que había grabado un calendario, ha permitido afirmar que los aztecas sabían determinar con precisión suficiente las horas del día, la fecha de los solsticios y de los equinoccios, y por último las del paso del sol por el zénit de Méjico<sup>2</sup>. Pero la astronomía de los bárbaros es en todas partes una ciencia habi-

---

1 Bancroft, *loc. cit.*, t. II, p. 330.— Prescott, *Conquest of Méjico*, *loc. cit.*, pp. 109-110.

2 Prescott, *loc. cit.*, t. I, p. 97.

tualmente mezclada de astrología, y, efectivamente, tenía una gran participación en las preocupaciones de los aztecas <sup>1</sup>. Es esta una ilusión anímica, común á todas las razas, la que consiste en vivificar todos los cuerpos celestes, y suponer que son animales ú hombres, que siguen con vivo interés nuestras pequeñas aventuras terrestres, de los cuales han de temerse daños ó esperar beneficios. Sin esas quiméricas preocupaciones, que inclinaron pronto á los primitivos á seguir con especial cuidado las revoluciones regulares de los astros, la ciencia del cielo hubiera tardado mucho más en aparecer. Esta ilusión grosera ha sido, pues, de alguna utilidad. Bajo este aspecto, el antiguo Perú, como veremos á continuación, no fué más inteligente que el reino de los aztecas.

## B. — *El Perú*

### I. — LA LEYENDA DE LOS ORÍGENES

Entre el imperio de los aztecas y el Perú de los incas, las semejanzas no son más que exteriores.

En efecto, en los dos países las condiciones del medio y del clima son análogas; los dos pueblos se relacionan con la gran raza mongólica y habían alcanzado sensiblemente un grado equivalente de civilización material, industrial y hasta intelectual. Ambas naciones vivían bajo el régimen de la gran

---

1 Prescott, *loc. cit.*

monarquía absoluta y teocrática, pero ahí se detiene la semejanza; porque entre el feudalismo de Méjico, y el comunismo de Estado, el comunismo centralizado del Perú, hay diferencia esencial. No he de describir hoy la organización política y social de los antiguos quichuas, tantas veces indicados á grandes rasgos en diferente lugar. Tratábase de la realización del comunismo de Estado, pero de un comunismo laborioso y administrativo, de un inmenso taller de más de quinientas leguas de extensión y regido con mansedumbre, previsión y despotismo por un monarca, el Inca, directamente salido del Dios-Sol que delegaba sus poderes á su numerosísima familia y á un ejército de funcionarios. Desde el punto de vista de la ciencia sociológica, no hay nada más curioso que ese grandioso experimento y su éxito durante más de cuatro siglos. Le recuerdo sin detenerme en él: añadiré solamente que había sido emprendido y conducido con un fin moralizador y civilizador; que, para los incas, la guerra era una necesidad sensible, y la hacían sin crueldad, esforzándose siempre por sustituir la persuasión á la fuerza brutal. No querían conquistar para robar y dominar, sino para arrancar poblaciones primitivas al salvajismo, inculcarles la moralidad que ellos llamaban del Sol y hacer de ellas pueblos de agricultores é industriales. La descripción que nos da Garcilaso sobre los indios antes de la misión civilizadora emprendida por Manco-Capac, el primer inca, y su hermana-esposa, concuerda bien con lo que sabemos del salvajismo primitivo en todas las razas. Esos indígenas eran

fetichistas; sacrificaban á sus dioses sus prisioneros de guerra y hasta sus propios hijos, exactamente lo mismo que habían continuado haciendo los aztecas; también como éstos comían sus víctimas humanas después de haberlas inmolado; violentos, brutales, ladrones, no sabiendo construirse habitaciones, erraban en estado de desnudez casi completa, cubriéndose únicamente con pieles de bestias cuando habitaban en las montañas; vivían en promiscuidad y las mujeres practicaban el amor más libre. Hasta practicaban el vicio contra natura. Creían en la ciencia de los adivinos y en el poder de los brujos; por último, sus pequeños grupos, clanes ó tribus, tenían cada uno su lengua, ininteligible para los otros <sup>1</sup>. ¿Bajo qué forma de sociedad vivían aquellos salvajes? Sin duda en régimen de clan; porque el mismo cronista, hablándonos de los indios chirihuanas, que mucho después, bajo Yupangui, décimo inca, estaban aún en estado primitivo, nos dice que habitaban «en cobertizos divididos en pequeñas cabañas, y que cada cobertizo era como un pueblo <sup>2</sup>»; pues esta descripción sucinta se aplica muy bien á las *casas largas* que, entre los iroqueses, cobijaban cada una un clan familiar.

Hasta es infinitamente probable que los incas civilizadores no hubieran logrado sujetar á vida comunitaria á los indios de la América meridional, si éstos no hubieran estado preparados para ella

---

1 Garcilaso de la Vega, *Histoire des Incas*, t. I, pp. 13, 15, 17, etc., (in-8.º, 1744).

2 *Ibid.*, p. 255.

desde hacía mucho tiempo por el régimen del clan familiar. Pero lo que hemos de exponer aquí son los rasgos propios para informarnos sobre la mentalidad de los quichuas domesticados por los incas.

Tal como nos los representan los cronistas, son muy diferentes de los indios salvajes, aun de aquellos que habían permanecido tales, en una fecha reciente, en la América del Sud. Completamente amansados, los quichuas no tenían ya nada de la bestia feroz, y obedecían con extrema docilidad á sus vigilantes ó *curacas*. Se les daba un lote de tierra y le cultivaban; se les asignaba una tarea industrial y la ejecutaban, siempre bajo la orden administrativa; sus mujeres hilaban ó tejían la lana ó el algodón del Estado, sin interrumpir casi nunca su labor. Aquellos á quienes se había enseñado un oficio especial cumplían las obligaciones impuestas administrativamente. Los grandes trabajos públicos, la explotación de las minas, la construcción de los caminos, el esquileo de las llamas se ejecutaban por requerimientos y sin provocar la menor resistencia. Si era necesaria la guerra, los ejércitos se reclutaban del mismo modo, etc., etc. Cada uno ejercía el oficio de su padre; todo se hacía por mandamiento, hasta los regocijos tenían fecha fija; ninguna iniciativa se permitía á los individuos, pero nadie se veía oprimido ni abandonado. Esta civilización mecánica y automática es por excelencia el tipo de la domesticación aplicada al hombre. Es el triunfo de esa domesticación, y, una vez domadas ó dominadas, las poblaciones salvajes

se sometían más fácilmente que las razas mentalmente más desarrolladas.

Pero los instintos brutales habían sido radicalmente amortiguados entre los quichuas: ya no se entregaban á aquellas orgías tan comunes entre los primitivos; había desaparecido toda huella de canibalismo; los indígenas, que antes eran niños grandes salvajes, se han convertido en niños grandes dóciles y obedientes, que cumplen exactamente sus deberes y se divierten cuando se les permite. Para esta diversión se concedían al pueblo tres días cada mes.

La danza había quedado como gran diversión nacional: las danzas variaban de forma según el distrito, quizá porque databan de tiempos remotos en que las tribus eran todavía independientes; pero siempre eran grandes danzas corales, rituales, análogas á las de los indios pieles rojas. También apreciaban mucho el canto los quichuas; lo que después aprovecharon los españoles para hacer cantar con gran precisión los himnos y cánticos cristianos á los peruanos cristianizados<sup>1</sup>. Los quichuas del Perú eran grandes niños, muy poco capaces de raciocinar: lo mismo y con igual alegría cantaban y danzaban por el Cristo y su clero, que lo hacían antes por el sol y el inca, cuando los soberanos del Perú les conquistaban por persuasión y sobre todo asegurándoles la provisión diaria.

Mucho más cerca de nuestro tiempo, al final del siglo XVIII, los jesuitas comenzaron en pequeña

---

1 Garcilaso de la Vega, *loc. cit.*, t. II, p. 61.

escala, pero con el mismo buen éxito, el experimento que los incas habían realizado con mucha mayor extensión. Es indudable que el ejemplo de los civilizadores antiguos y desconocidos que antes habían amansado los salvajes del Perú, inspiró á los jesuitas del Paraguay, civilizadores pacíficos, que supieron atraerse los indios por el atractivo del canto y de la música, retenerlos después por la satisfacción de sus más apremiantes necesidades, y adiestrarlos, por fin, á un trabajo agrícola é industrial suficiente para el mantenimiento de la colonia, constantemente alegrado por las fiestas y ceremonias de un catolicismo muy heterodoxo. En todo lo demás, los padres copiaron exactamente el antiguo Perú; en los dos países era el mismo el régimen comunitario y era también necesaria la vigilancia incesante <sup>1</sup>.

Si los jesuitas civilizadores no hubiesen cometido la falta capital de dar á su obra un objeto comercial; sobre todo, si hubiesen podido continuarla sin atraerse la atención de Europa y excitar ambiciones, hubieran seguramente llegado á crear un segundo Perú con un catolicismo superficial en sustitución del culto del Sol. A pesar de todo, su obra no ha desaparecido por completo, porque sus súbditos no han vuelto del todo á su salvajismo anterior. Pues eso mismo sucedió en el antiguo Perú: todas las tribus indias reunidas por los incas guardaron la huella de la larga domesticación á que habían sido sometidas. Todas estaban discipli-

---

1 Charlevoix, *Histoire du Paraguay*, t. II, lib. V (*passim*).

nadas, habituadas á la obediencia y se dejaron cristianizar por los españoles, y hace medio siglo que pudo hacerse constar que en la rama peruana de los indios de la América del Sud ya no existían salvajes <sup>1</sup>.

Pero la antigua civilización del Perú, ni era obra de los indígenas domesticados por los incas, ni la organización y la industria de las misiones paraguayas era imputable á los indios reclutados, casi inconscientemente, bajo la bandera del Cristo.

Antes de terminar esta exposición, hemos de preguntarnos de dónde provenían los fundadores del reino de los incas, debiendo antes echar una rápida mirada sobre la civilización intelectual del Perú, la importada por los incas y de la cual, solos con su enorme familia, tenían el usufructo.

## II.—LOS CONOCIMIENTOS INTELECTUALES DE LOS INCAS

En efecto, en el Perú había escuelas, mas parecen destinadas exclusivamente al uso de la familia de los incas. Al fundar esas escuelas, el inca Roca y sobre todo el inca Tupac Yupangui declararon que el saber sólo convenía á los grandes; que en el popular cada uno debía limitarse á aprender el oficio paternal <sup>2</sup>. En las escuelas aristocráticas había literatos oficiales que ponían en tragedias igualmente oficiales los altos hechos de los reyes.

---

1 A. d'Orbigny, *L'homme américain*, t. I, p. 253.

2 Garcilaso, *loc. cit.*, t. I, págs. 39, 127.

Esos literatos, los *amautas*, hacían representar delante del inca reinante sus composiciones dramáticas <sup>1</sup>; enseñaban también á los escolares las crónicas del imperio, tradicionalmente conservadas, pero por medio de procedimientos mnemónicos <sup>2</sup>. ¿Qué procedimientos serían esos? Sin duda piedrecitas ó granos diversamente coloreados de que usaron luego los indios para aprender de memoria los himnos católicos <sup>3</sup>; quizá serían los *quipos*, esos cordeles anudados de diferentes colores, por medio de los cuales los incas llevaban al día la estadística del imperio. Otros literatos de corte, los *haraveques*, referían bajo una forma lírica, en baladas ó canciones, los hechos particularmente memorables <sup>4</sup>, y las enseñaban también á la juventud noble.

Se ha creído durante mucho tiempo que los peruanos habían permanecido extraños al arte pictográfico, de que los mejicanos habían sabido hacer una escritura. Es un error. Como lo había pensado el cronista Acosta <sup>5</sup>, la clase directora del antiguo Perú se servía de una pictografía, de que nos han quedado pocos monumentos, pero que no parece inferior á la de los aztecas. Se ha encontrado y hasta ha sido traducida, una biografía peruana enteramente escrita en símbolos pictográficos <sup>6</sup>.

Respecto de la ciencia de los números, los perua-

---

1 Garcilaso. *loc. cit.*, t. I, p. 55.

2 *Ibid.*, p. 123.

3 *Ibid.*, t. II, p. 64.

4 Prescott, *Conquête du Perou*, t. I, p. 131.

5 D'Orbigny, *loc. cit.*, t. I, p. 190.

6 Garrick Mollery, *Picture writing of the Amer. Indians*. (Smiths. Inst. ethnol. report, 1888-1889).

nos no estaban tampoco en los groseros ensayos de los salvajes; sus expresiones numéricas no recordaban ya la mano ni los dedos; esta numeración era muy completa, pero decimal; debía de haber comenzado como todas las demás <sup>1</sup>. Los calculadores oficiales hacían operaciones de aritmética con piedrecitas ó granos de maíz de diversos colores, registrando los resultados, sobre todo los que se referían al movimiento de la población, con su sistema de cordeles nudosos ó *quipos*. Se ha visto á un descendiente de los antiguos peruanos hacer cálculos aritméticos con cordeles de color, cada uno de los cuales figuraba una columna decimal <sup>2</sup>. El sistema comunitario de concesión de tierras usado en el Perú había ya inspirado algunos procedimientos geométricos para determinar los lotes y levantar los planos. Se había formado también en relieve el plano de Cuzco y de sus alrededores <sup>3</sup>, y se poseían también mapas en relieve de todo el imperio <sup>4</sup>.

En cuanto á la ciencia del cielo, los quichuas parecen haber quedado notablemente inferiores á los aztecas: apenas conocían algunas constelaciones y su explicación de los eclipses era de una grosería salvaje. Creían que el sol, el astro-dios, estaba enfadado con ellos <sup>5</sup>, y que la luna sufría una enfermedad <sup>6</sup>.

---

1 D'Orbigny, *loc. cit.*, t. I, pp. 151, 274, 321.

2 Garrick Mollery, *loc. cit.*, p. 225.

3 Garcilaso, *loc. cit.*, t. II, p. 32.

4 Prescott, *loc. cit.*, t. I, p. 132.

5 Garcilaso, *loc. cit.*, t. II, p. 44.

6 *Ibid.*

Su año y sus meses eran lunares, pero rectificaban el año teniendo en cuenta los solsticios y los equinoccios, que sabían determinar empíricamente <sup>1</sup> por medio de columnas gnomónicas.

Si los peruanos han llegado á ejecutar trabajos cuya grandeza nos admira, han sido hechos á fuerza de brazos y de paciencia, porque no tenían grúas ni máquinas de ninguna clase. Sus obreros disponían generalmente de muy pocos instrumentos: con piedras duras que hacían oficio de martillos tallaban las piedras de construcción; sus carpinteros se servían de hachas y azuelas de cobre, pero no conocían la sierra ni las tijeras. Para fundir el metal soplaban sencillamente el fuego con tubos de cobre más ó menos numerosos á boca llena y á veces durante diez ó doce días, logrando así obtener un bronce por una aligación del estaño y del cobre, de que hacían sus herramientas <sup>2</sup>.

Conviene añadir que todos estos procedimientos, tan rudimentarios, eran tradicionales y casi invariables; se transmitían de padres á hijos, porque, como dice Garcilaso, «los indios eran poco inventivos». En cambio imitaban con tanta perfección, que sus obras valían tanto y aún más que los modelos suministrados por los españoles <sup>3</sup>.

En resumen, el nivel intelectual de los quichuas peruanos no excedía el de los aztecas de Méjico. También, co no estos últimos, mostraron escaso vigor de carácter en su resistencia á los conquista-

1 Garcilaso, t. II, p. 38.

2 *Ibid.*, pp. 61-63.

3 *Ibid.*, p. 63.

dores españoles; hasta fueron más débiles aún. Desde el punto de vista moral, por el contrario, la superioridad peruana es grande, puesto que la población entera había renunciado enteramente á los sacrificios humanos y al canibalismo religioso, y el Perú no hacía la guerra sino forzado y siempre con intenciones moralizadoras; en tanto que, por el contrario, el Méjico azteca soñaba carnicería, saqueos y festines antropofágicos. En fin, este último Estado asociaba la guerra y el comercio y estaba siempre en acecho de buenos negocios y de fructíferos ataques, mientras que puede decirse que no existía el comercio en el Perú.

¿De dónde procede esa radical diferencia de los caracteres étnicos? Sin duda de los iniciadores extranjeros que fundaron los dos imperios. Sin entrar aquí en la discusión de estos orígenes, me limitaré á decir que la civilización peruana puede ser originaria del Asia mongólica y hasta de una China antiquísima, al paso que puede atribuirse la civilización inicial del Anahuac mejicano á inmigrantes venidos del circuito de aquellas mismas tierras, en fecha desconocida. No obstante, algunas luces comienzan á aclarar esos interesantes problemas, y en el día es posible esperar su solución.

---

## CAPITULO V

### Los perichinos

SUMARIO. — I. *La raza mongólica y sus primitivos*: residencia de la raza; diversos estadios de su desarrollo. — II. *Del esquimal al chino*: un clan de mongoles salvajes; honestidad y urbanidad; glotonería extrema; delicadeza moral; aptitud cartográfica; supervivencias comunitarias entre los mongoles nómadas; costumbres igualitarias; humor flemático; pasividad de la raza mongola; estética mongola; cronometría luni-solar y ciclo. — III. *Los malayos*: pitecantropo y autoctonía; primitivos de Borneo; ingenio industrial de los malayos; el trabajo de los clanes; supervivencias salvajes; evolución del canibalismo. — IV. *Los indo-chinos*: el carácter malayo; impasibilidad aparente; el ensayo del sable y el *muck*; gusto musical y poético; cronometría imperfecta; numeración primitiva; teoría anímica de los eclipses; música siamesa; cosmografía infantil; zodiaco caldeo-chino, etc., su edad, un problema; carácter indo-chino. — V. *La evolución mental del mongol*: pasividad y utilitarismo limitado.

#### I. — LA RAZA MONGÓLICA Y SUS PRIMITIVOS

En el precedente capítulo, tratando de conocer los indios de la antigua América central, los aztecas y los quichuas, hemos terminado el examen del valor mental de las razas mongoloides del Nuevo Mundo. Por mezcladas que sean, esas razas se refieren sobre todo al gran tipo del hombre amarillo; pero el principal centro de habitación y quizá de creación del hombre amarillo, del hombre altaico, está situado en el continente asiático, cuyas tres

cuartas partes ocupan aún los mongoles, á saber: todo el litoral ártico, las inmensas llanuras de la Mongolia y de la Tartaria, y, por último, el gran imperio chino y todas las naciones y comarcas mongólicas que han reconocido y adaptado la civilización: el Thibet, la Indo-China, el Japón y la Malasia. Ahora téngase en cuenta que la población de esta área tan extensa comprende muchos millones de individuos, lo menos la tercera parte de la humanidad viviente.

Pero el hombre amarillo de Asia se presenta á nuestra observación en fases muy diferentes de su desarrollo sociológico y mental. Examinando rápidamente los principales grupos y tipos étnicos, los unos confinan aún con el estado primitivo; los otros, comprendiendo la China y los Estados que han gravitado en su órbita, han evolucionado ampliamente; han fundado ó aceptado viejas civilizaciones, que han sido, que son aún focos de cultura, poco brillantes sin duda hoy á nuestros ojos de occidentales, pero que han arrancado al salvajismo animal una notable porción del género humano. Sin embargo, bajo esta consideración, el éxito de la China y de los Estados congéneres no ha sido en Asia tan completo como el de los blancos en Europa, y nuestros exploradores modernos han podido observar en nuestros días, en la inmensa residencia de las razas amarillas asiáticas, diversos grupos muy próximos todavía del estado primitivo.

Entre esos grupos, mencionaré sin detenerme en él, el mongloide ártico, el esquimal, particularmente el kamtchadal, que no difiere mucho de su her-

mano de Groenlandia ; hemos estudiado ambos anteriormente, pero quiero describir con brevedad un grupo mongólico, visitado en otro tiempo por La Pérouse sobre el litoral tártaro, al norte del Japón, y que parece ser un tipo rezagado del Mongol primitivo. Según la memoria del viajero francés, esos indígenas poseían las características mentales del hombre amarillo, es decir, la tranquilidad de humor, la pasividad, pero al mismo tiempo la dulzura, la urbanidad, la sociabilidad; en resumen, virtudes sociales que florecen habitualmente bajo el régimen del clan, aunque con menor brillo.

## II. — DEL ESQUIMAL AL CHINO

Se trata de una pequeña agrupación anárquica, al menos en apariencia, sin jefe ni gobierno, en que los ancianos eran respetados y los niños cuidados cariñosamente, reinando entre todos los miembros del grupo afecto mutuo. Las mujeres no eran allí oprimidas, y no se concluía un mercado con los europeos sin su consentimiento expreso <sup>1</sup>; por su parte ellas eran activas y trabajaban en la preparación y conserva del pescado, el salmón, que los hombres pescaban con dardo ó con red <sup>2</sup>. La agrupación constaba de cuatro grupos muy unidos, cada uno de los cuales habitaba en una cabaña construída con troncos de abeto, en cuyo re-

---

1 La Pérouse, *Hist. univ. voy.*, vol. XII, pp. 402-404.

2 *Ibid.* p. 398.

dedor y en su interior había una banqueta que evidentemente servía de lecho; como en las habitaciones de los esquimales. Cuando los habitantes de una cabaña, que indudablemente formaban un pequeño clan, se ausentaban para un viaje de algunos días, se limitaban á cerrar sus puertas con tablas para impedir que penetrasen los perros. La probidad de esos tártaros era extremada, y los franceses podían dejar sin inconveniente en medio de ellos sus utensilios y mercancías <sup>1</sup>.

La ocupación de las mujeres del campamento consistía en desenterrar las cebollas de lirios amarillos y en preparar los salmones pescados por los hombres, y en el curso de este último trabajo mostraban una glotonería repugnante, una grosería nutritiva que contrastaba con la amabilidad ordinaria y con la dulzura de las costumbres de la agrupación. Despojando el pescado, las mujeres comían ávidamente el hocico, las agallas, los huesecillos y á veces la piel entera de los salmones, y cuando la pesca era particularmente abundante, devoraban las partes mucilaginosas de los pescados. Como consecuencia, la suciedad y la hediondez de aquellas mujeres era repugnante, y sobre este punto los hombres no eran mucho más delicados. En resumen, el grupo entero no había salido aún del período nutritivo <sup>2</sup>.

Pero la evolución moral era relativamente avanzada y contrastaba con sus costumbres groseras. No

---

1 La Pérouse, *Hist. univ. voy.*, vol. XII, p. 397.

2 *Ibid.*, p. 402.

se podía conseguir que aceptasen regalos esos primitivos sino obrando con delicadeza, por ejemplo, ofreciéndolos á los niños, á los que había que acariciar previamente. Un día, después que se hubo regalado así á dos niños una pieza de nanquín, su padre insistió para que se recibiese en cambio el más hermoso de sus perros, de los destinados al arrastre de los trineos, y para vencer la negativa de los franceses, discurrió poner las manitas de los niños sobre el animal ofrecido <sup>1</sup>, mímica expresiva que significaba: «No lo rechacéis: son ellos quienes os lo ofrecen». La relación de La Perouse concluye diciendo: «En ninguna parte del mundo puede encontrarse una agrupación de hombres mejores» <sup>2</sup>.

Pues esos mongoles, á la vez tan sencillos, tan amables y tan groseros, participan del esquimal, del tártaro de las estepas y del chino; su género de vida, su industria, sus habitaciones, sus trineos eran los de los kamtchadales; también, como éstos, tenían habitaciones *iourtes*, subterráneas para el invierno <sup>3</sup>. Como los tártaros tenían fetiches; como los chinos eran ceremoniosos y plácidos, veneraban sus muertos y, en vez de abandonarlos á la manera de los nómadas tártaros, les construían casas funerarias que contenían cada una de tres á cinco ataúdes bien trabajados y adornados con telas chinas; además, en el interior de aquellas casas colgaban arcos, flechas, redes, etc., objetos que les

---

1 La Pérouse, *Hist. univ. voy.*, vol. XII. . 406.

2 *Ibid.*, pp. 395-396.

3 *Ibid.*, p. 399.

habían pertenecido en vida ó que les habían sido ofrecidos después de muertos para armarlos y prevenirlos en el más allá. Como los esquimales, tenían esos mongoles el instinto de la cartografía, y su industria no era mucho más adelantada que la del hombre ártico; pero sus costumbres eran mucho más pacíficas, sin duda porque vivían en un medio menos inclemente.

Los restringidos límites de este libro me obligan á pasar rápidamente sobre las agrupaciones mongólicas nómadas que vagan por la inmensa estepa septentrional entre el mar de Okhotsk, al Este; el océano Artico, al Norte; el Ural y el mar Caspio, al Oeste, y el gran macizo himalayo, al Sud. Por otra parte, en obras precedentes he estudiado cuidadosamente esas agrupaciones bajo sus principales aspectos sociológicos, por lo que al presente sólo me ocuparé de su carácter y de su mentalidad, señalando sobre todo las causas que han determinado esos caracteres psíquicos. Entre estas causas hay una que tardará mucho en ser descubierta, tanto como tarde en descubrirse la génesis de las razas humanas; porque durante esa infinitamente larga noche de los orígenes, cada tipo humano recibió su primera impresión física y moral, la que después pudo modificar, atenuar ó exagerar la evolución sociológica, pero no abolir.

Sin embargo, la persistente educación dada á los hombres primitivos en el laboratorio sociológico del clan, ha inculcado á todo el género humano tendencias comunes, las cuales, hasta en los pueblos más civilizados de nuestros días constituyen

todavía el fondo más sólido de la moralidad y del carácter. Si esta impresión mental uniforme se ha conservado particularmente en los pueblos de raza amarilla, débese á que la mayor parte de ellos han permanecido fieles durante mucho tiempo al régimen del clan comunitario, y á que, á través de las vicisitudes de su evolución política y económica, han conservado muchas supervivencias procedentes del clan original; siendo especialmente los mongoles nómadas aquellos entre quienes más supervivencias visibles han quedado y entre quienes se encuentran numerosas huellas de una organización antigua de clanes exógamos. En la actualidad y hace ya mucho tiempo los mongoles nómadas han entrado pleramente en la fase de la tribu monárquica: tienen príncipes hereditarios con derecho de primogenitura, castas y subcastas nobiliarias y, por último, una casta servil, sometida al capricho de los nobles <sup>1</sup>. Estos nobles de las estepas ejercen sobre sus siervos un poder ilimitado que llega hasta el derecho de vida y muerte. Además en Mongolia, como en todas partes, la desigualdad política cubre la desigualdad económica; está instituída la propiedad individual, pero proporcionada al rango social de cada uno, y únicamente por complacencia del noble posee el siervo mongol su parte pequeña de ganado, aunque reservándose el amo el derecho de confiscarle cuando se le antoje <sup>2</sup>. Sin embargo, encuéntranse todavía

---

1 Préjévalsky, *Mongolia*, t. I, p. 74.

2 *Ibid.*—Huc, *Voy. en Tartarie*, t. I, p. 271.

en Mongolia la supervivencia de antiguas costumbres comunitarias; por lo que, aunque los rebaños, en su conjunto, sean poseídos por grandes propietarios, todo individuo que pertenezca á uno de esos grupos, restos de los antiguos clanes, por humilde que sea, está interesado hasta cierto límite en los beneficios de la explotación y se le concede una parte mínima fijada por la naturaleza misma de sus necesidades <sup>1</sup>.

El sentimiento de solidaridad se manifiesta también en diversas costumbres mongolas: por ejemplo, los habitantes de un grupo quedan obligados á ir en busca de los animales perdidos por los viajeros que han acampado en su vecindad, y, si no los encuentran, han de reemplazarlos por otros de su propiedad <sup>2</sup>. Del mismo modo, se considera responsable á todo individuo que, aun sin saberlo, ha comunicado á otro una enfermedad contagiosa, y se le impone una multa. Finalmente, en las costumbres, en el trato social, continúa subsistiendo la igualdad de los tiempos pasados: el noble omnipotente y el siervo que ha de sufrirlo todo, fuman juntos en la misma tienda y conversan en un tono muy familiar. Los privilegiados mongoles se arrojan de hecho todos los derechos sobre el vulgo; pero no han llegado á creerse de una esencia superior á la de sus humildes compañeros.

Los nobles de Tartaria formaron en otro tiempo los cuadros de los ejércitos devastadores de Gengis

---

<sup>1</sup> Le Play, *Les Ouvriers européens*, pp. 18, 19, 45, 50.

<sup>2</sup> Huc, *loc. cit.*, t. I, p. 99.

y de Timour; la multitud de sus siervos les siguió por obediencia pasiva, y, bajo su dirección, arrasó por mandato una parte del viejo continente; pero de esto no puede deducirse que la raza se complazca en la matanza. Esta raza mongola no es impresionable ni sensible; no es tampoco feroz por temperamento, sino que, flemáticamente pasiva, es capaz de cometer atrocidades, siendo además lo menos nerviosa que se puede ser. Ordinariamente y cuando nada ocurre que pueda hacer que salgan los mongoles de su natural placidez, se les encuentra generalmente dulces, benévolos, sencillos y perfectamente acomodados al retrato que nos dejó de ellos en pocas líneas un antiguo viajero <sup>1</sup>: «Los mongoles, dice, cuya religión lamaica ha dulcificado las costumbres, son generalmente hospitalarios, afables, serviciales, buenos y sinceros; apenas conocen el robo... La autoridad de los padres y la obediencia de los hijos son ejemplares en esos pueblos. Los hijos, aun después de su matrimonio, suelen permanecer en el mismo distrito que sus padres, al menos en tanto que lo permiten la abundancia de los pastos <sup>2</sup>.» En seguida trataré de la influencia atribuída en este pasaje á la religión, aunque antes citaré algunos rasgos salientes de las costumbres mongolas, por ejemplo, la costumbre de hacer que precedan las caravanas las mujeres cuando han de atravesar algún poblado enemigo. Con esta precaución no ha de temerse nada

---

1 Timkouski, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIII, p. 325.

2 *Ibid.* p. 329.

jamás: «Unos hombres, decía un mongol, que tuvieran la cobardía de atacar á unas mujeres y quitarles los animales confiados á su guarda, serían despreciados de todo el mundo: tales son los usos de esas comarcas <sup>1</sup>.» En la actualidad, los bardos errantes de la Mongolia, muy semejantes á los *griots* del Africa tropical, cantan todavía la gloria y las hazañas de Timour; pero como simple asunto poético, porque en la actualidad ya no hay huella de espíritu militar, no sólo entre los mongoles de las *bannieres* chinas, sino tampoco entre los clanes y tribus que han conservado su independencia <sup>2</sup>.

Del mismo modo, entre los mongoles sedentarios del Thibet, el espíritu batallador y pendencioso sólo se ha conservado en los *zinkabs*, que son una especie de nobles rurales, sobre los cuales el gobierno lamaico se descarga de todo lo concerniente á la guerra, siendo el resto de la población, por el contrario, notable por su dulzura y su humanitarismo <sup>3</sup>. Atribúyese la dulce pasividad del carácter mongol al budismo lamaico; pero en tiempo de las terribles incursiones de Gengis-Kan y de Timour-Lengh, la Mongolia era lamaica hacía ya muchos siglos: las religiones no transforman tan profundamente el carácter de los pueblos como suele decirse; siendo lo más frecuente que para implantarse y durar han de plegarse al temperamento original de las razas y á las exigencias del medio social.

1 Huc, *loc. cit.*, t. II, p. 482.

2 Prévévalsky, *Mongolia*, t. I, p. 61.

3 Turner, *Ambassade au Thibet*, t. I, pp. 312-313.

Si la mayor parte de los pueblos de raza mongólica han adoptado la religión de Budha, adulterándola profundamente, débese á que los principios de moral humanitaria y animalitaria de esta religión, la glorificación de la resignación pasiva, etc., se adaptaban á su constitución mental, cuyas raíces y causas son mucho más profundas. Uno de los más poderosos de estos orígenes ha sido ciertamente la influencia del clan, del que conservan aún muchas huellas las costumbres de los nómadas, no solamente en Mongolia y en Tartaria, sino en China y más aún en el Thibet, donde sólo esas tradiciones morales pueden dar razón de esa poliandria que ha sorprendido ó escandalizado á todos los viajeros y á la cual he de dedicar un corto paréntesis.

En teoría, esta costumbre del matrimonio poliándrico puede tener diversas causas determinantes, especialmente la escasez relativa de mujeres en las comarcas en que se abusa del infanticidio de las niñas, las cuales son numerosas; ó lo que es más excepcional, cuando el número de nacimientos masculinos es muy superior al de los femeninos; pero en ese caso la elección de los maridos múltiples se hubiera dejado á la conveniencia de las familias. Pues en el Thibet la poliandria es de un género especial: el hermano mayor escoge una esposa común para él y para sus hermanos; esta poliandria es fraternal, y no puede ser sino un resto de un matrimonio colectivo más completo y más antiguo, una supervivencia de un tiempo en que existían uniones colectivas y exogámicas entre

todos los hombres de un clan y todas las mujeres de otro, como sucede aún en el día en Australia. En resumen, la poliandria fraternal del Thibet debe corresponder, en sentido inverso, al matrimonio polinesio y sobre todo havayano, esas uniones conyugales en que un hombre tomaba por mujeres todo un lote de hermanas, y puede relacionarse con otro matrimonio poliándrico, el de los nairs del Malabar, entre quienes resulta claramente de un matrimonio por grupos y por clanes, análogo al de los australianos <sup>1</sup>. En un caso, en Havai, la proporción relativamente grande de mujeres obligaría á casarlas por grupos de hermanas; en otro, al contrario, á causa de su escasez, se ha conservado el matrimonio poliándrico y fraternal, que necesitaba la proporción relativa de los sexos en la población.

Desde el punto de vista sociológico, lo que nos es preciso sobre todo tener en cuenta de todos estos hechos, es la larga supervivencia de las costumbres y prácticas del clan en Mongolia.

En efecto, á esa supervivencia ha de atribuirse principalmente el carácter tranquilo, sociable y benévolo que han conservado los tártaros y mongoles, á despecho de las vicisitudes políticas é históricas, sin despojarse de cierta dignidad, hasta bajo el régimen teocrático y despótico del Thibet lamaico <sup>2</sup>.

La estética y la ciencia rudimentaria de esos nómadas nos dan á conocer, por otra parte, su grado

---

<sup>1</sup> Giraud-Teulon, *Origines du mariage et de la famille*, páginas 153-156.

<sup>2</sup> Turner, *loc. cit.*

de desarrollo intelectual, que no pasa de mediano. La vida nómada les ha acostumbrado al movimiento perpetuo, que se ha convertido en una necesidad para ellos; hasta el punto de que, aparte de sus emigraciones, tienen siempre sus caballos ensillados sin más objeto que dar de vez en cuando una corrida por la estepa. Visítanse constantemente de una tienda ó de un grupo de tiendas al otro, lo que satisface al mismo tiempo su necesidad de movimiento y de sociabilidad. Su estética y su literatura son muy groseras aún. Su estimación hacia el caballo va hasta la admiración; usan un vocabulario especial para designar los diversos colores de su ropa, sus edades, sus cualidades y hasta sus movimientos <sup>1</sup>; para ellos el caballo es el tipo perfecto de la belleza de las formas, y piensan que si la raza mongólica es incontestablemente la más bella de las razas humanas, es debido á que, por el relieve óseo del rostro, se aproxima más al caballo, la obra maestra de la creación <sup>2</sup>.

Su estética poética está aún mal separada de la mímica: los tibetanos continúan representando pantomimas danzadas con acompañamiento de címbalos <sup>3</sup>; en resumen, óperas-bailes primitivos. Los tibetanos y tártaros nómadas tienen también bardos ó trovadores errantes, que pasean de tienda en tienda ó de pueblo en pueblo sus poesías, que recitan ó cantan con acompañamiento de groseros instru-

---

1 Huc, *loc. cit.*, t. I, p. 160.

2 A. Vambery, *Voy. d'un fauw derviche dans l'Asie centrale*, p. 333.

3 Dubeux, *Tartarie*, p. 272.—Huc, *loc. cit.*, t. II, p. 379.

mentos de cuerda y sobre todo con ademanes y expresión animada <sup>1</sup>, exclamaciones, imitación de canto de animales, es decir, con un lenguaje interjeccional. Los cuentos ó leyendas de esos artistas ambulantes están llenos de prodigios, de encantamientos, de combates singulares, de asesinatos, etc., haciéndose en ellos un derroche de imaginación de calidad inferior <sup>2</sup>.

En las especulaciones intelectuales no pasan los mongoles de una pobre medianía: sin describir en detalle la cronometría mongólica, recordaré que es luni-solar, compuesta de meses de veintinueve ó de treinta días, con un mes suplementario cada cuatro años <sup>3</sup>.

A causa de su analogía con el ciclo mejicano, el ciclo de los mongoles tiene para nosotros más interés que su año. Este ciclo es sexagesimal y se divide en cinco indicciones de doce años, á veces en seis indicciones decenales. El primer tipo es probablemente el más antiguo. Adicionando los ciclos, los mongoles han sacado un período más largo de 252 años, que se descompone de este modo:  $12 + 60$  (72)  $+ 72 + 60$  (132)  $+ 132 + 60$  (192)  $+ 192 + 60$  (252) <sup>4</sup>. Con la adopción de ese ciclo sexagesimal se querría combinar indudablemente el número 12, que dan los doce meses anuales, con el número 5, número primordial, el de los dedos de la mano; pero en esta concepción no hay nada que sea muy

---

1 Huc, *loc. cit.*, t. I, p. 80.

2 Dubeux, *loc. cit.*, p. 140.

3 Prévévalsky. *Mongolia*, t. I, p. 65.

4 Huc, *loc. cit.*, t. II, p. 372.

profundo, y pone de manifiesto que las especulaciones intelectuales de gran alcance no son cosa corriente entre la raza amarilla, ni aun en su gran foco de cultura, la China. Mas antes de abordar el estudio mental de los celestes, hemos de examinar unas poblaciones que, aunque más distantes que los nómadas asiáticos de la raza mongólica y del Imperio del Medio, han adoptado, sin embargo, de grado ó por fuerza, la cultura china. Estas poblaciones, que están muy mezcladas, forman tres grupos principales: el de los malayos, el de los indochinos y el de los japoneses. Trataremos de determinar sus caracteres psíquicos.

### III. — LOS MALAYOS

Los malayos se ofrecen primeramente á nuestro examen, porque son á la vez los más mezclados desde el punto de vista de la raza, y sobre todo los más desigualmente desarrollados á causa de su residencia insular ó peninsular. Esparcidos por todas partes se encuentran en Malasia restos de poblaciones primitivas que pueden descender de los primeros ocupantes, aun de los autóctonos, conservando á esta denominación su sentido helénico, toda vez que la existencia de un primitivo malayo ha quedado fuera de duda por el bello descubrimiento del *Pithecanthropus erectus*.

A este origen primero podría referirse, más directamente que las otras variedades humanas de la Malasia, el hombre semibestial encontrado en el interior de Borneo, donde vagaba como una fiera, sin

habitación ni agricultura. Estos indígenas tan salvajes de Borneo pasaban la noche bajo un árbol de ramas muy bajas, á las cuales suspendían sus hijos y encendían en las inmediaciones un gran fuego para alejar á los animales feroces. Sin formar jamás sociedades duraderas, se acoplaban en los bosques á la manera de las bestias, y en cuanto los hijos eran capaces de encontrar por sí solos su alimento, los padres los abandonaban á sí mismos y se separaban <sup>1</sup>. Entre esos pobres bimanos de faz humana y los verdaderos malayos, pueden colocarse los groseros mintiras ó mantras de la península de Malaca, que, como los australianos, creen que la luna y el sol son mujeres; que las estrellas son los hijos de la luna, y que antes el sol engendró por sí mismo una posteridad estelar tan numerosa como la de la luna; que el cielo es un gran puchero boca abajo, suspendido por una cuerda sobre el plano terrestre, y que si por desgracia un día llega á romperse la cuerda de suspensión aplastará al mundo con su caída <sup>2</sup>. Los mantras tienen cabellos rizados, labios gruesos, nariz aplastada y un color moreno obscuro que tira á negro. Se consideran como los primeros habitantes del país, y deben de ser referidos á la raza papu <sup>3</sup>.

Descendiendo un grado más, encontramos malayos aun más groseros, aunque muy superiores á los mintiras. Los unos, que Finlayson ha podido ver

---

1 J. Lubbock, *Orig. civ.*, p. 9.

2 E. B. Tylor, *Civil. prim.*, p. 408.

3 L. de Backer, *Archipel indien*, p. 40.

y describir aún, eran ictiófagos: no teniendo habitaciones en tierra, vivían en sus barcas. Alrededor de Singapore, que no era todavía el emporio civilizado de la actualidad, vagaban por la costa en busca de pescado, del cual cedían una parte á los habitantes de tierra firme á cambio de un poco de arroz, de sagú, de betel ó de tela; eran los *orang laut*, «los hombres del mar.» Otros malayos más industriosos tienen en tierra viviendas fijas y cultivan en pequeños cercados planten, yam, betel, algunas veces arroz ú otros cereales <sup>1</sup>.

Pero en general la población malaya, que los chinos, los indus y los árabes han contribuído mucho á civilizar, posee una industria mucho más completa. Bien conocidas son las embarcaciones malayas, esas *pros* tan bien construídas y propias para largas navegaciones, que pueden compararse, por el ingenio y la sencillez de la construcción, á la casa malaya, construída sobre pilotes, con su techo en forma de barca vuelta. Entre los dayaks de Borneo, algunas de esas casas de techo aéreo de bambú tienen doscientos ó trescientos pies de largo sobre cuarenta ó cincuenta de ancho <sup>2</sup>, dimensiones que caracterizan seguramente habitaciones comunes para los clanes. Los puentes de bambú, que los mismos dayaks construyen atrevidamente sobre los torrentes y los precipicios, son una maravilla de solidez y de ligereza <sup>3</sup>.

Lo que admira en Java es la relativa perfección

---

1 Finlayson, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIV, p. 79.

2 Wallace, *Malay Archipelago*, I, p. 77.

3 *Ibid.*, I, p. 78.

de la agricultura y los terraplenes escalonados, que cubren la vertiente de las colinas y dan alta idea de la industria de los habitantes como de la antigüedad de su civilización. Un hecho importante que ha de anotarse para la sociología, es que esos considerables trabajos son el resultado de la labor colectiva de las villas, de las *dessas* javanesas, es decir, de verdaderos clanes republicanos <sup>1</sup>. Pero esta industria agrícola relativamente adelantada puede ser una importación de la China ó de la India, y puede provenir también de la utilización de los búfalos para el cultivo de los campos. Sin embargo, en la misma Celebes se halla el uso del arado, pero es este un instrumento grosero de madera, cuya reja está provista de una punta dura de palmera. Uno ó dos búfalos tiran del aparato; pero la siembra se hace arrojando al vuelo las semillas, aplanando luego la superficie sembrada con un rastillo de los más rudimentarios <sup>2</sup>.

Cito algunos hechos á título de ejemplos, porque no podría describir en este momento todas las ramas de la industria malaya, relativamente muy desarrollada; pero en las islas y hasta en las regiones donde la influencia de las grandes y antiguas civilizaciones asiáticas no ha sofocado ó amansado el salvajismo primero, se encuentra aún más de una supervivencia primitiva. Se puede citar como demostración la caza de las cabezas entre los *dayaks* de Borneo, y sobre todo el canibalismo de los

---

1 Wallace, *Malay Archipelago*, I, p. 112.

2 *Ibid.*, I, p. 225.

battaks de Sumatra, que bajo una forma jurídica persistía hasta hace pocos años y que no ha desaparecido aún completamente. Sobre este asunto necesito abrir un paréntesis relativamente al canibalismo en general.

La antropofagia debe ser considerada como una especie de pecado original que mancha el origen de todas las razas y civilizaciones, y esa costumbre bestial no desaparece sino muy lentamente y tomando fisonomías diversas, evolucionando. En primer término se halla el canibalismo por necesidad, que, de todas las formas es la más excusable; después viene el canibalismo por glotonería, como el de los vicianos, que engordaban sus prisioneros de guerra para comerlos; á continuación se halla el canibalismo por furor ó por odio guerrero, aquel de que los taitianos se hacen aún excepcionalmente culpables. Esta forma sólo era ya simbólica entre los antiguos pieles rojas, cuando abrían el pecho del enemigo vencido para extraerle el corazón y darle una sola dentellada. Los aztecas, esos pieles rojas mal civilizados, habían conservado por supervivencia el manual operatorio de ese canibalismo salvaje, pero habían hecho de él una práctica religiosa. Sabido es que devoraban á miles los cuerpos de sus prisioneros de guerra, pero devotamente y después de haber ofrecido á sus divinidades el corazón palpitante de sus víctimas. De hecho el canibalismo religioso no es en todas partes sino una forma disfrazada é hipócrita de la antropofagia. Una última forma más disfrazada aún es la que habían adoptado los battaks de Sumatra: el

canibalismo jurídico. Entre ellos, ser comido era el castigo supremo, dictado contra los crímenes juzgados inexpiables, á saber: 1.º el adulterio; 2.º el robo nocturno; el matrimonio entre personas del mismo clan; 4.º el ataque por sorpresa á un pueblo, á una casa, á una persona. Pero ese canibalismo jurídico era la supervivencia y el último resto del canibalismo puramente bestial que persistía y reaparecía de tiempo en tiempo. Así, según las ocasiones, se comían los prisioneros de guerra y á veces hasta los padres demasiado viejos y achacosos.

Sin embargo, esos battaks no son ya primitivos; viven agrupados en familias ó más bien en clanes exogámicos, que tienden á convertirse en simples asociaciones en que ya no es necesaria la consanguinidad <sup>1</sup>; y esos clanes están confederados en tribus agrícolas y son bastante civilizados, como que tienen una literatura y hasta una escritura alfabética <sup>2</sup>. Esa cultura relativamente avanzada ha dado lugar á que se ponga en duda el canibalismo jurídico de los battaks; pero la verdad es que no hay en ello incompatibilidad <sup>3</sup>. Bajo las diversas formas disfrazadas que puede revestir el canibalismo, se acomoda muy bien á cierta cultura general: así, por ejemplo, mucho más extensa y repugnante era la antropofagia religiosa de los aztecas, que la jurídica de los battaks.

---

1 L. de Backer. *Archipel indien*, p. 470.

2 *Ibid.*, p. 171.

3 W. Marsden, *Hist. de Sumatra*, t. II, p. 195 (nota).

Consideraban los battaks como una gran ignominia ser comido, y por este motivo infligían esta penalidad á los suyos que reputaban como grandes criminales, ó á los enemigos, á los prisioneros de guerra, aunque aceptando sin dificultad el rescate de los unos y de los otros. El criminal battak, debidamente condenado y no rescatado, era atado á un poste; los hombres de su tribu (preferentemente de su clan) le asaeteaban con sus lanzas arrojadas hasta que le consideraban mortalmente herido; después le despedazaban con sus cuchillos, disputándose entre todos los trozos del supliciado, que eran ligeramente asados en un fuego preparado de antemano, y los comían con entusiasmo mojándolos en un plato lleno de jugo de limón y sal <sup>1</sup>. Terminada la comida, la justicia quedaba satisfecha.

Si la ejecución antropofágica había sido motivada por crimen de adulterio, se concedía al marido ofendido el derecho de elección y de cortar el primer trozo del culpable antes de ser despedazado.

A nuestros ojos de europeos, esas costumbres son atroces. Nosotros no somos ya crueles de manera tan grosera; pero separando la cuestión de forma, ¿somos menos crueles en realidad?

Esa ferocidad fría y razonada se conforma bien con el carácter moral que se ha convenido en atribuir á los malayos, y que puede caracterizarse diciendo que es un ordinario estado de apatía, turbado de vez en cuando por explosiones de violencia. En su estado de calma, el mongoloide malayo es

---

1 W. Marsden, *Hist. de Sumatra*, t. II, pp. 196-197.

tranquilo, de apariencia impassible y muy poco demostrativo; oculta sus emociones, calcula sus actos y sus palabras, no aborda jamás francamente un asunto <sup>1</sup>. Los malayos de las clases elevadas son corteses en extremo; su plácida tranquilidad no es inferior en nada á la de los europeos bien educados. Bajo este aspecto, el malayo parece aproximarse al chino, aunque le es inferior en todo lo referente á la industria, al comercio, sobresaliendo sobre el celeste por la energía y sobre todo por el valor militar. La raza malaya es ante todo una raza de intrépidos marinos; ocupa todas las costas de su archipiélago, y sus dos ocupaciones principales son la pesca y la navegación <sup>2</sup>.

Algunas costumbres nacionales de los malayos dan la medida de la escasa estima en que tienen la vida humana. Un antiguo viajero, Nicola Conti, que escribía en 1430, refiere cómo ensayaban los nobles malayos el temple de un sable nuevo: « No hay pueblo, dice, que iguale en crueldad á los habitantes de Java y de Sumatra: matar un hombre es para ellos una simple bagatela, y no se impone castigo por tan poca cosa. Si uno de ellos compra un sable nuevo y quiere probarle, atraviesa el pecho de la primera persona que se le ofrece al paso: los transeuntes examinan curiosamente la herida y alaban la destreza del asesino si el golpe ha sido bien dado <sup>3</sup>. »

La prueba del sable nuevo da idea de la fría fe-

---

1 Wallace, *loc. cit.*, II, p. 272.

2 Finlayson, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIV.

3 Wallace, *loc. cit.*, p. 273.

rocidad de las clases directoras en Malasia; mas la famosa costumbre del *muck* suministra un dato del mismo orden, aunque sólo respecto de las clases inferiores y hasta serviles. La carrera del *muck* combina el suicidio con el homicidio, porque el corredor muere matando; he aquí cómo: un hombre desesperado, sea á causa de alguna irritante injusticia, sea por cualquier género de desgracia, decide matarse: para realizar su idea comienza ordinariamente por embriagarse con opio; después, con el *criss* en la mano, se lanza contra las personas de quienes cree tener motivo de queja; las acuchilla y termina corriendo por la ciudad matando ó hiriendo á cuantos pretenden detenerle. De ese modo puede cometer una quincena de asesinatos antes de ser capturado <sup>1</sup>, lo que le da certidumbre de no presentarse solo en el otro mundo, y la satisfacción de no dejar esta vida sin haber lavado en sangre un ultraje recibido. La costumbre y el razonamiento son salvajes, pero denotan un raro vigor de la voluntad.

Para juzgar de las aptitudes estéticas é intelectuales de los malayos la dificultad no es escasa. En efecto, ¿cómo determinar lo que es obra de la raza malaya entre las numerosas importaciones de los chinos, de los indus y de los árabes?

Por ejemplo, es cierto que los malayos son apasionadamente aficionados á la música; pero todos sus instrumentos son de origen extranjero. Lo que

---

<sup>1</sup> Marsden, *loc. cit.*, II, pp. 79-81.—Cook, *Hist. univ. voy.*, volumen VII, p. 92 (primer viaje).

se está en derecho de afirmar, y lo que al mismo tiempo diferencia claramente la mentalidad malaya de la de los chinos, es el color poético de la imaginación malaya: sus poesías indígenas son brillantes, fogosas y naturales, y bajo este aspecto se distinguen ventajosamente de la trivial y senil literatura china. En la mayor parte de sus fiestas los malayos se recrean recitando y aun improvisando estancias alternadas, llamadas *pantoum*, que son poemitas morales ó eróticos declamados por dos personas, en que el sentido de cada estrofa ha de ser continuado en la estrofa siguiente <sup>1</sup>, viniendo á ser una especie de justa literaria que requiere una imaginación viva, una inteligencia rápida y un oído preciso, cualidades todas bastante raras en las razas mongólicas y que por sí solas bastarían para atestiguar el origen mezclado de la raza malaya.

En el terreno especialmente científico, los malayos, por sí mismos, han hecho escasos adelantos: no han sabido determinar el año solar, ni la semana, ni aun las horas; á estas últimas suplen indicando con el dedo el sitio en que estaba el sol cuando ocurrió tal ó cual suceso. No notando más que escasas constelaciones y el planeta Venus, pero le creen un astro nuevo en cada uno de sus períodos <sup>2</sup>. Su edad les es ordinariamente desconocida, y cuentan los años por las cosechas, por lo que su cronología es de muy corta duración, y se ven comunmente reducidos á conjeturar la fecha de un acontecimiento

---

1 L. de Backer, *loc. cit.*, p. 131.

2 Marsden, *loc. cit.*, t. I, p. 293.

refiriéndole á cualquier otra circunstancia conocida <sup>1</sup>.

El nombre de número más elevado, usado en malayo, es *laxa* (10.000), que es de origen indostano. Para contar los malayos proceden como los primitivos; primeramente separan cada decena, luego cada centena; frecuentemente, para ayudar á la memoria, hacen nudos en un cordón <sup>2</sup>, práctica que es el embrión del *quipo* peruano, aunque mucho más inferior.

Sus concepciones cosmográficas han quedado muy infantiles, no elevándose más allá de las de los mantras; pues para los malayos, un eclipse es causado siempre por el ataque de un monstruo que se lanza contra la luna. Después de haber examinado y admirado grandemente un péndulo europeo un malayo de Sumatra, sacó la conclusión que el sol debía de ser una máquina del mismo género, á la que Allah se tomaba la molestia de dar cuerda con sus divinas manos <sup>3</sup>.

#### IV. — LOS INDO-CHINOS

Más aún que la Malasia, la Indo-China ha sufrido profundamente la influencia de las grandes civilizaciones asiáticas; pero esta influencia no se ha hecho sentir igualmente en todas partes. Así,

---

1 Marsden, *loc. cit.*, I, p. 98.

2 *Ibid.*, 290.

3 *Ibid.*, 313.

mientras que Birmania ha tomado principalmente de la India, los otros Estados indo-chinos dependen principalmente de la cultura china. Sin embargo, todos esos reinos de la Indo-China, sean modelados principalmente sobre uno ú otro de esos grandes focos civilizadores del Asia, han tomado mucho del imperio de los celestes; todos tienen, pues, una misma fisonomía general, y podemos señalar en los unos y en los otros los rasgos que caracterizan toda la Indo-China.

Examinando primeramente el modo de alimentación, vemos que acusa ciertos gustos, depravados á nuestro ojos, pero que se han conservado igualmente en China, y cuyo origen debe de remontarse á las edades más primitivas. Así los siameses, que tienen trigo, arroz en abundancia, y además carne de búfalo, de buey, de cerdo, volatería, caza, pesca, etc., etc., no desdeñan, como alimentos suplementarios, las ranas, los gusanos de seda, los murciélagos, las ratas, los cocodrilos, las serpientes boa, los huevos ó las larvas de hormiga y, por último, el pescado medio podrido es para ellos una golosina <sup>1</sup>. Pues gustos análogos existen en China, donde no se aprecian los huevos frescos, y también en Conchinchina, donde los huevos putrefactos cuestan en los mercados un 30 % más caros que los otros, y donde son muy buscados los empollados cuando los pollos tienen ya pluma <sup>2</sup>.

Lo mismo que los malayos del litoral, los indo-

---

1 Pallegoix, *Royaume thaï*, pp. 213-214.

2 Finlayson, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIV, p. 431.

chinos, al menos los que habitan en las costas ó valles de los grandes ríos, son una raza anfibia para quien el mar, ó por mejor decir el agua, es su gran despesa. Cerca de Bangkok, la masa popular siamesa se amontona sobre la orilla del río y hasta vive en gran parte sobre balsas de bambú ó en habitaciones edificadas sobre estacas, como la casa malaya, elevadas sobre el agua <sup>1</sup>.

También en Conchinchina, al menos en la antigua Cochinchina independiente, muchos miles de familias no tenían más industria que la pesca, y cada una de ellas tenía por única habitación una barca económica y rápidamente construída; porque el fondo era sencillamente de mimbre entretejido bañado de pez, y algunos palos de sostén y unas tablas completaban la construcción, que tenía en el centro una pequeña choza de juncos. El aparejo no valía más que el cuerpo de la barca: los mástiles eran de bambú; las velas, de estera; las cuerdas, de corteza <sup>2</sup>. Toda esa industria náutica tan sencilla puede remontarse á una fecha en que la influencia china no se había impuesto aún á la península, y su origen es probablemente contemporáneo de la del vestido, completamente primitivo, que llevaban recientemente aún los cochinchinos pobres, hecho de hojas de palmera cosidas <sup>3</sup>.

Al mismo tiempo que esa industria tan rudimentaria y tan práctica, los antiguos antepasados de

---

1 Finlayson, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIV, p. 226.

2 *Ibid.*, p. 354.

3 *Ibid.*, p. 423.

las poblaciones indo-chinas les transmitieron gustos estéticos que en manera alguna podían proceder de los chinos. Los siameses son apasionados por las alhajas de oro y de plata y van cargados de ellas <sup>1</sup>, y además son locos por la música, como todos los demás indo-chinos. Todas esas poblaciones conocen los instrumentos de cuerda y son muy aficionados á ellos, pudiéndose considerar esos instrumentos como aristocráticos y siendo verosímelmente los últimos inventados; pues no se hallará un batelero birmán que carezca de instrumento de música para recreo de sus ocios <sup>2</sup>, y, en el reino de Siam, todos los príncipes y mandarines distinguidos tiene su compañía de músicos lo mismo que cada villa tiene su orquesta <sup>3</sup>. Sin embargo, ese gusto tan vivo por la música no se ha perfeccionado ni ha producido ninguna obra maestra de melodía ni de composición: la música siamesa, según lo que de ella se refiere, se aproxima mucho á nuestras melodías populares, y una vez hallada la frase melódica se repite hasta la saciedad <sup>4</sup>. Débese esto á que la lengua musical de una raza está siempre en correlación íntima con la amplitud y la profundidad de su impresionabilidad moral, y bajo esta relación el alma indo-china está poco desarrollada aún.

Lo mismo sucede con la inteligencia, y á este respecto sobre todo los indo-chinos están todavía

---

1 Pallegoix, *loc. cit.*, t. I, p. 202.

2 Cox, *Hist. univ. voy.*, vol. XXXIV, p. 456.

3 Pallegoix, *loc. cit.*, t. I, p. 202.

4 *Ibid.*, p. 347.

en la mentalidad de los primitivos, pues que, lo mismo que los salvajes, los siameses temen á los dobles de los muertos, á quienes atribuyen malas intenciones, por lo que tienen buen cuidado de hacer pasar los ataúdes por un agujero practicado en la pared de la habitación, y después, para mayor seguridad, dan tres vueltas corriendo al muerto alrededor de la casa para desorientarle é impedirle que vuelva luego á atormentar á los vivos <sup>1</sup>.

En Indo-China no parece existir ciencia indígena, y la precaución tomada por los tribunales siameses de no aceptar la deposición de un testigo si no es capaz de contar y cifrar hasta diez <sup>2</sup>, denota la débil aptitud matemática de la raza. Las ideas cosmográficas populares son las corrientes en China, país de donde la Indo-China ha tomado tanto: concíbese la tierra como un gran disco de piedra, sin la menor fisura y rodeado de una cintura de elevadas montañas, gracias á las cuales puede flotar sobre las aguas como una marmita vacía <sup>3</sup>. Los eclipses son causados por un monstruo celeste, que se precipita sobre la luna ó sobre el sol para devorarlos, y se admira mucho la ciencia de los astrónomos extranjeros, que, no solamente conocen de antemano la hora de las comidas de ese monstruo siderófago, sino que saben además si tiene poca ó mucha hambre, y por consiguiente las dimensiones del trozo de astro capaz de hartarle <sup>4</sup>.

---

1 Pallegoix, *loc. cit.*, t. I, p. 215.

2 E. B. Tylor, *Civilisation primitive*, p. 279.

3 Pallegoix, *loc. cit.*, p. 435.

4 E. B. Tylor, *loc. cit.*, p. 381.

La cronometría de Siam y de Cochinchina es tomada de la China: los meses son de veintinueve ó de treinta días alternativamente, con un mes suplementario cada tres años. El ciclo sexagesimal, subdividido en pequeños ciclos de doce años, es decir, combinando las numeraciones quinary y duodenaria, se usa también en China <sup>1</sup>, no siendo seguro, sin embargo, que sea una invención china; porque la China, la Indo-China, el Thibet, la India, la Grecia desde el siglo II antes de nuestra era, el Egipto desde la conquista romana y, por último, la Caldea han tenido el mismo zodiaco. La semana siamesa es la semana sanscrita y los días tienen exactamente los mismos nombres que los nuestros: días del Sol, de la Luna, de Marte, de Mercurio, de Júpiter, de Venus y de Saturno <sup>2</sup>. El país de origen, ó sea el que ha transmitido un mismo zodiaco á los indios, á los chinos, á los indo-chinos, etc., nos es desconocido. Los signos de ese zodiaco tan esparcido son los mismos en todos los países: en todas partes está dividido en doce partes de 30 grados, subdivididos en 60 minutos, y ese zodiaco luni-solar lleva exactamente los nombres de los signos usados en Caldea, en Grecia, en Roma, en Egipto y en las Indias <sup>3</sup>.

Pero ese zodiaco, común á los asiáticos y á nuestra antigüedad clásica, indica por sí mismo la fecha de su invención: se remonta á una época en que el

---

1 Pallegoix, *loc. cit.*, p. 235.—Jancigny, *Indo-China*, p. 582.

2 Pallegoix, *loc. cit.*, p. 253.

3 Adhemar Lecler, *Revue scientifique* (16 Octubre 1897): *Le Zodiaque cambodgien*.

sol se hallaba en el equinoccio primaveral en el signo del Toro. Después, el cambio regular de lugar debido á la precesión de los equinoccios (50", 2 por año) acabó por necesitar una corrección, cuando el sol pasó al signo Aries. Pues esta rectificación está también marcada en el zodiaco de Cambodge, en el cual el signo del Toro lleva siempre el número 1, pero haciendo sufrir al zodiaco entero un movimiento de rotación que ha transportado al sol al signo de Aries. Todo eso es muy sencillo, y la duración necesaria á ese cambio se ha evaluado fácilmente por la astronomía, lo que permite afirmar que este zodiaco cuenta lo menos seis mil años <sup>1</sup>. Para nosotros, pobres humanos, un espacio de tiempo de seis mil años es enorme; pero la invención del zodiaco sólo es posible en una civilización muy antigua. ¿Dónde se colocaría, pues, en el tiempo y en el espacio, esa civilización madre de todas las otras?

La Caldea no es bastante antigua; el Egipto parece haber recibido y no dado ese zodiaco universal, y el autor á quien el estudio del zodiaco cambodgiano ha inspirado esas reflexiones <sup>2</sup>, se pregunta si habrá existido en un pasado extremadamente lejano una civilización anterior á todas las que han dejado huellas históricas ó monumentales, cuestión que la sociología y la prehistoria han llegado á plantear por otras razones.

---

1 Adhemar Lecler, *Revue scientifique* (16 Octubre 1897): *Le Zodiaque cambodgien*.

2 *Ibid.*

Es seguro que entre el hombre de las edades de piedra y las más antiguas civilizaciones históricas y protohistóricas, existe una laguna, un sitio para una edad intermediaria, cuya duración ha podido ser enorme; y ese vacío nos induce á no desear desdeñosamente, como se ha hecho hasta aquí, la vieja tradición de alguna desaparecida Atlántida ó, en su defecto, de alguna antiquísima civilización anterior á toda historia, que, no habiendo dejado huellas ni restos que se le puedan atribuir con seguridad, primeramente por carecer aún de escritura, quizá también porque muchos monumentos que le pertenecieran hayan sido atribuídos á civilizaciones mucho menos antiguas, haya sido la verdadera iniciadora.

Antes de dejar la Indo-China necesito decir algunas palabras acerca de su carácter. La palabra «carácter», que todo el mundo comprende en el sentido práctico, es difícil de definir teórica y psicológicamente. Designa en cierto modo la fisonomía general del sistema nervioso, el tono de la impresionabilidad, la manera con que el individuo ó la raza reaccionan en sus contactos con el mundo exterior, el cristal tan diversamente coloreado á través del cual miran los hombres la vida, y al mismo tiempo el temple de su voluntad. El carácter resulta directamente de la íntima estructura de los centros nerviosos; cada raza tiene el suyo y la distingue tanto como el color de la piel y la forma del cráneo.

Tenemos, pues, el deber de manifestar los rasgos principales del carácter indo-chino; pero á este

propósito conviene recordar que las poblaciones de la Indo-China son de raza muy mezclada y que su carácter se modifica donde domina un elemento extranjero. Por ejemplo, el humor batallador de ciertos malayos y su impulsividad deben ser atribuidos á una mezcla de los mongoles con los primeros habitantes de la Malasia. En Indo-China, donde la raza amarilla ha dominado mucho en el cruzamiento, el resultado ha sido muy diferente, y de la Birmania á Siam la población tiene sobre todo el temperamento plácido y pasivo de los verdaderos mongoles y de los tibetanos.

Los indo-chinos y los mongoles son muy capaces de cometer grandes crueldades, y en otro tiempo las bandas de Gengis-Khan y de Timour aterrizaron el mundo con sus atrocidades; pero lo hicieron menos por gusto é impulso natural que por obedecer á sus jefes, y sobre todo porque, según sus ideas de primitivos, era lo más sencillo exterminar al enemigo. Así, en Birmania, los indígenas trataban al enemigo vencido con extremado salvajismo; pero en su país, y entre ellos, eran y son dulces y benévolos, se les ve ayudar á los ancianos y enfermos, socorrer á los mendigos, etc. <sup>1</sup>.

Los mismos rasgos de costumbres se observan en Siam, en el reino *thai*. Se es allí también de un carácter dulce, á la vez tímido y alegre; se es perezoso y enemigo de disputas; benévolo con el extranjero; compasivo, no sólo con los hombres sino

---

1 Finlayson, *Embassy to the Kingdom of Ava*, t. II. p. 389.

también con los animales <sup>1</sup>, y no se atribuiría con razón esa urbanidad á la religión búdica, que, en efecto, la recomienda, sino más bien á que el budismo se ha encontrado perfectamente adaptado al carácter de la mayoría de los mongoles, y por eso le han abrazado, aunque modificándole y desfigurándole; porque las religiones se hacen siempre á la medida del espíritu y del corazón de quienes las profesan. Los indus, por el contrario, han rechazado el budismo, á pesar de haber nacido en su país, porque, si les convenía por su metafísica, le rechazaban por su moral. En Siam, como en el antiguo Egipto, la vida del rey estaba reglamentada: pues en ese reglamento, un artículo supone el caso en que el rey se encolerizase contra uno de sus mandarines, y pidiera su espada al paje guardián de la puerta, y el artículo en cuestión prohíbe al paje obedecer, bajo pena de muerte <sup>2</sup>.

Jamás se permitirá el código de Manu obstruir así la voluntad de su rey. Para la India monárquica y teocrática un monarca es un personaje divino, cuya voluntad hace ley y se antepone á todo escrúpulo de humanidad. Pues en Siam no es así, á pesar de que la servil sumisión de sus vasallos alcanza los más extremos límites de la abyección.

#### V. — LA EVOLUCIÓN MENTAL DEL MONGOL

El examen que acabamos de hacer de los perichinos, es decir, de todas las poblaciones mongolas ó

1 Pallegoix, *loc. cit.*, t. I, pp. 203-205.

2 *Ibid.*, t. I, p. 270.

mongoloides del continente asiático, nos permite notar en cierto modo las etapas de la evolución mental en toda la raza amarilla. El esquimal ártico nos muestra el mongol primitivo luchando por la vida en las más inhospitalarias regiones de nuestro globo: es un primitivo, pero un primitivo cuyo salvajismo difiere grandemente del del negro de Africa ó del australiano; sus necesidades nutritivas son de una rara energía y el cuidado de satisfacerlas absorbe todas sus fuerzas vivas, pero es paciente y pacífico, muy duro al mal, muy industrioso para un salvaje, y cuando su ruda existencia le permite una tregua sabe crearse una cierta literatura; parece dotado en grado notable del sentido de la orientación, de la memoria de los lugares y ha imaginado una cartografía rudimentaria. En resumen, es muy civilizable.

Los mongoles primitivos de la bahía de Castries, visitados por la Perouse, tienen las cualidades morales del esquimal, pero más acentuadas aún: como él son de una glotonería extrema, y aun más que él, son de humor pacífico y bonachón, con una cortesía que recuerda la de los chinos y además son benévolo y delicados. También como el esquimal, están organizados en clanes.

Los mongoles nómadas han conservado del régimen del clan todo lo que ha podido tolerar la organización feudal y monárquica. Han conservado el temperamento flemático y esencialmente pacífico de su raza, sin hacer grandes progresos intelectuales, y han sabido plegarse á su manera de sentir y de obrar la gran religión búdica.

En Malasia y en Indo-China se ha modificado el carácter nativo del mongol, adulterado por cruzamientos y mezclas lo mismo que por la influencia pacífica ó guerrera de pueblos más avanzados en civilización. Sobre todo en Malasia, la primitiva y flemática mansedumbre del mongol no es más que un barniz que encubre un carácter susceptible de las más extremadas violencias y un humor batallador raro en el hombre amarillo de pura raza; pero al mismo tiempo han surgido cualidades nuevas de una frescura y de una vivacidad de imaginación desconocida en el mongol.

El indo-chino se ha separado menos del tipo ordinario de las razas amarillas y, merced á su humor pasivo, se ha plegado sin esfuerzo á la monarquía absoluta, llamada asiática, adoptando, pero sin crearla, la civilización importada del uno ó del otro de los grandes pueblos del continente: de la India y sobre todo de la China.

En todas estas variedades del hombre amarillo se encuentra, pues, la existencia de un fondo común, caracterizado por la apatía, del llano buen sentido, una gran pasividad, gusto y aptitud para el trabajo útil, una imaginación escasa y mediana inteligencia; pero hemos de estudiar aún la gran aglomeración China, es decir, el foco civilizado más brillante y civilizador de la raza mongólica, el medio en que esta raza se ha desarrollado en todos los géneros todo lo que era susceptible de producir.

---

# INDICE

## CAPÍTULO PRIMERO

### De la mentalidad en los papus

	<u>PÁGS.</u>
De la Papuasía . . . . .	5
De la vida nutritiva en Papuasía . . . . .	6
Vida sensitiva . . . . .	8
El matrimonio, la familia, la sociabilidad . . . . .	44

## CAPÍTULO II

### De la mentalidad en los polinesios

Su carácter infantil y sensitivo . . . . .	24
La familia en Polinesia . . . . .	24
De la inteligencia polinesia . . . . .	27
La vida afectiva . . . . .	29
Las obras intelectuales . . . . .	34
La industria . . . . .	33
La evolución mental de los primitivos . . . . .	34

## CAPÍTULO III

### La mentalidad de los indios de América

Los Fuegianos . . . . .	37
Los indios de la América del Sud . . . . .	45
La educación moral por el clan en los pieles rojas . . . . .	51
El clan primitivo y la civilización . . . . .	52

## CAPÍTULO IV

### La mentalidad de los indios de América (Continuación)

	<u>PÁGS.</u>
Recapitulación . . . . .	67
Los esquimales . . . . .	69
A.— <i>El antiguo Méjico.</i> —Los orígenes . . . . .	81
El carácter de los aztecas . . . . .	83
Las artes y la vida sensitiva . . . . .	86
Las obras intelectuales . . . . .	90
B.— <i>El Perú.</i> —La leyenda de los orígenes. . . . .	94
Los conocimientos intelectuales de los incas . . . . .	400

## CAPÍTULO V

### Los perichinos

La raza mongólica y sus primitivos . . . . .	405
Del esquimal al chino . . . . .	407
Los malayos. . . . .	449
Los indo-chinos . . . . .	429
La evolución mental del mongol. . . . .	438

---



## PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

---

La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

Atendiendo á esta importantísima consideración, la **Escuela Moderna**, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para lo cual ha publicado ya las obras siguientes:

### OBRAS PUBLICADAS

---

**Cartilla.** Primer libro de lectura.

**Aventuras de Nono.** Segundo libro de lectura.

**Patriotismo y Colonización.** Tercer libro de lectura.

**Cuaderno Manuscrito.** Pensamientos humanitarios.

**Origen del Cristianismo.** Cuarto libro de lectura.

**Epítome de Gramática Española,** por Fabián Palasí.

**Resumen de Historia de España,** por Nicolás Estévez.

**Compendio de Historia Universal,** por Clemencia Jacquinet.

Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.

Tomo II. Edad Media y Tiempos Modernos.



Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días.

**Nociones de Idioma Francés,** por Leopoldina Bonnard.

**La Substancia Universal,** por A. Bloch y Paraf-Javal.

**Geografía Física,** por el Dr. De Buen. Prefacio de Eliseo Reclús.

**León Martín,** por C. Malato.



*Cantos de la Escuela Moderna*

Los Juguetes. Letra de N. Estévez. Música de A. Codina.

¡Empecemos! Letra de F. Salvochea.

La Vida. Letra de Jaime Bausá. Música de Pedro Enrique de Ferrán.

*Próximas á publicarse*

Botiquín escolar, por el Dr. Martínez Vargas.

Nociones sobre las primeras edades de la humanidad, por J. Engerrand.

Psicología Etnica, por Ch. Letourneau, tomos III, y IV.

*En preparación*

Aritmética, Geometría y otras.

---

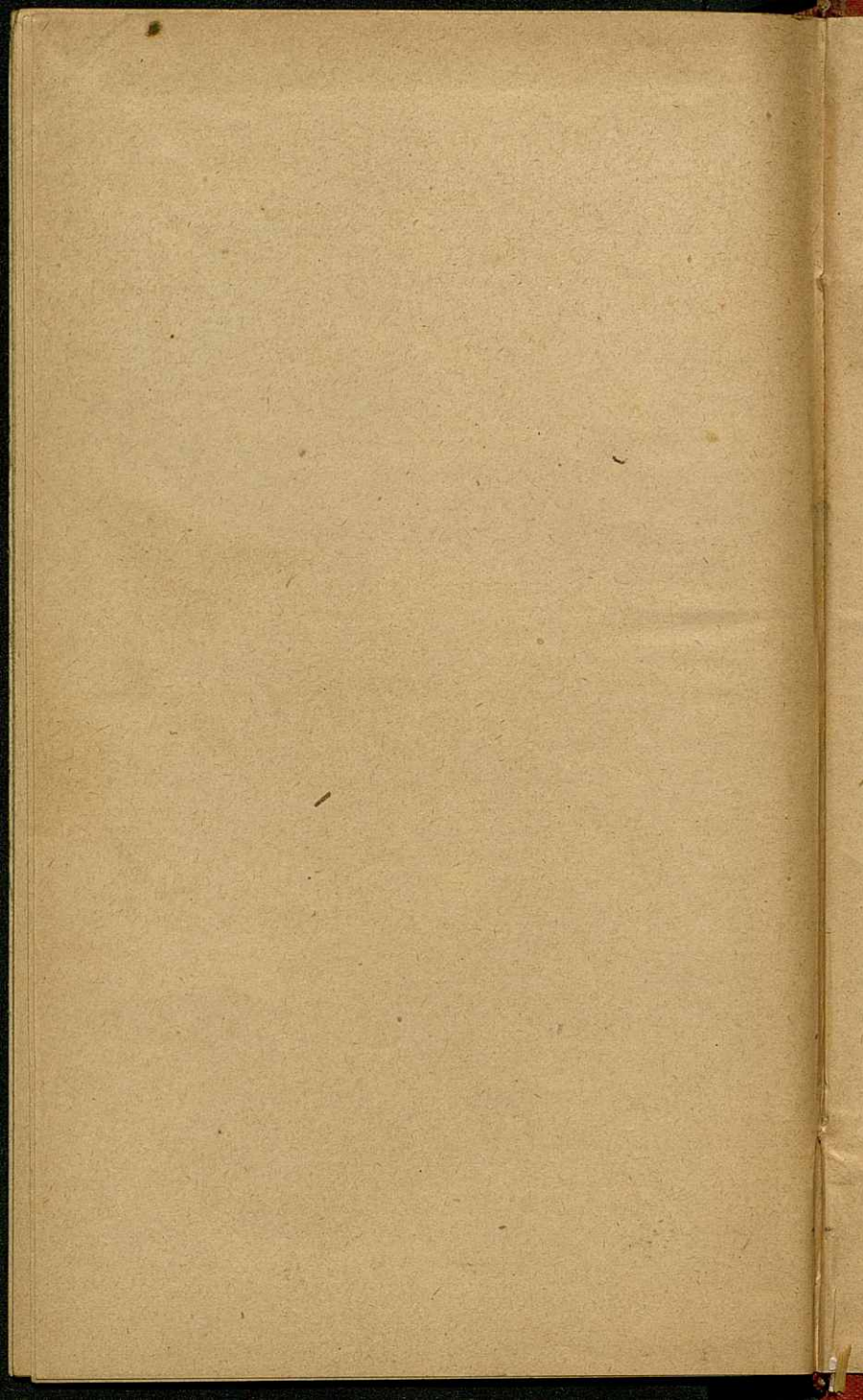
Para cada volumen 2 pesetas. Cartilla y Cantos 1 peseta. A los señores corresponsales 25 % descuento. A los envíos del exterior se carga el franqueo. A las escuelas descuento especial.

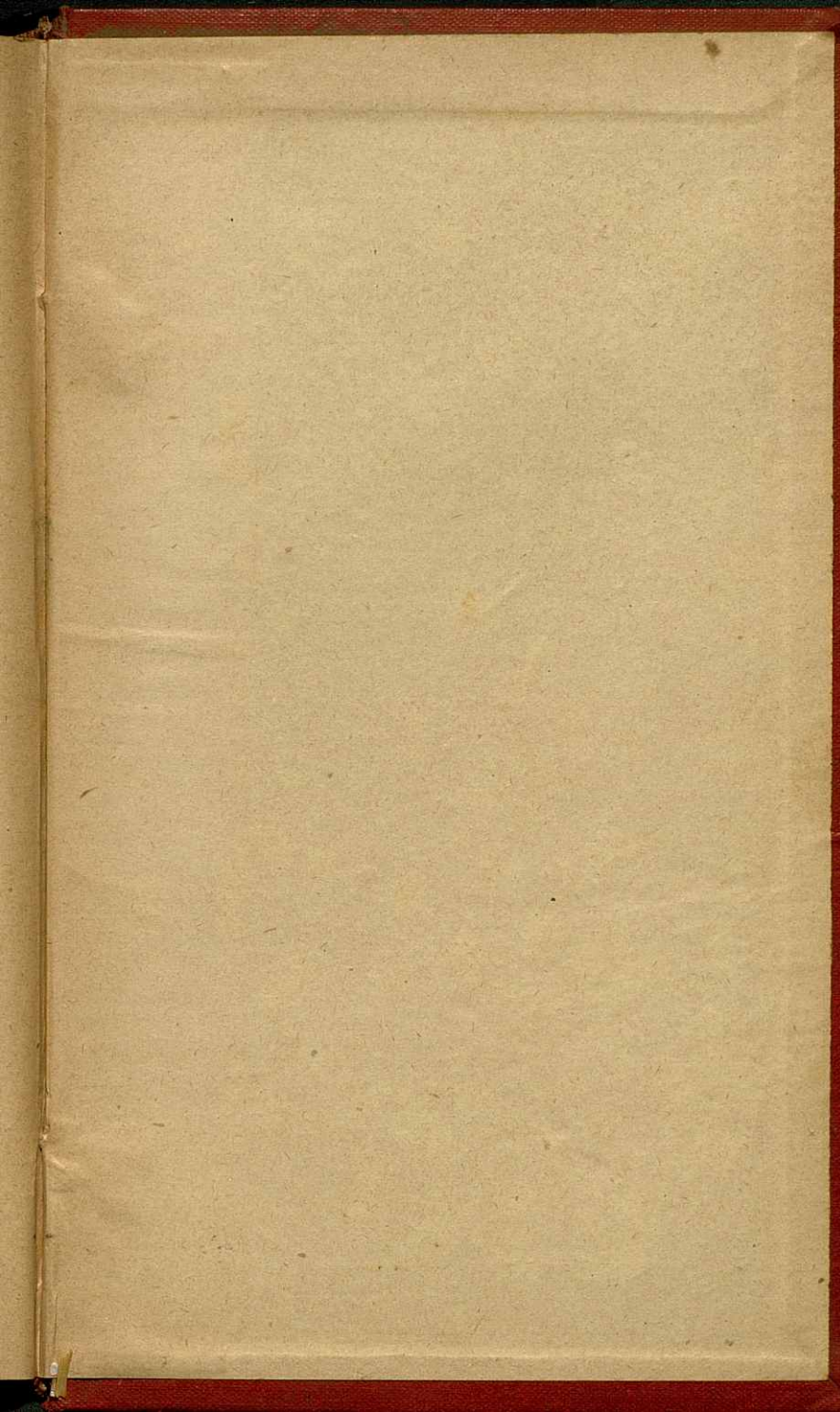
---

**BOLETIN DE LA ESCUELA MODERNA.** —  
Publicación mensual, á excepción de Julio y Agosto, dedicada á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.

Precio: 2 pesetas anuales; exterior, 2'50 pesetas







ESCUELA MODERNA  
BARCELONA

